

Sin esta precedencia y este precoz cultivo del *lenguaje rústico* en Francia, sería inexplicable la maravillosa unidad, esto es, la afinidad esencial que, al salir de las tinieblas de la Edad-media, se advierte en las modificaciones gramaticales, en la forma y en el sentido de las dicciones, y hasta en el nuevo imperio del acento prosódico de los seis idiomas neolatinos (1).

Todo ello era ya corrupción, ya desvío del latín. Pero si en este movimiento de nueva civilización lingüística no hubiese existido una nación que se adelantase á las demás, sirviendo como de guía y modelo en la fijación del idioma, ¿cómo era posible, por grande que fuese la afinidad de las respectivas evoluciones lingüísticas, que asomase en aquellos idiomas tanta semejanza, tan profundo sello de sistemática transformación?

Sin esta espontánea é impensada concordia de los dialectos, los pueblos de origen latino habrían tomado, sin duda, como base del habla nueva, el idioma de la antigua Roma, que por doquiera imponían la tradición, la Iglesia y la cultura; pero cada uno de ellos (por grande que fuese la fecunda unidad del principio creador de las hablas vulgares), dejándose llevar de sus influencias locales é históricas y de las tendencias de su peculiar desarrollo, habría corrompido ó alterado el latín á su manera, dando por verosímil resultado esta elaboración filológica, aislada y privativa, la formación de cinco ó seis lenguas heterogéneas, que en sintaxis, flexiones, espíritu y cadencia careciesen del lazo común que aun hoy, después de la madurez literaria que ha dado á cada

(1) Francés, provenzal, catalán, italiano, castellano, portugués. Hoy podríamos añadir el valaco y el moldavo.

una un carácter más distintivo, las une y las hermana.

Esta homogeneidad de alteración latina era aún más visible en los siglos XIII y XIV.

Todos conocen la célebre hipótesis de Raynouard, de un idioma uniformemente nacido del latín rústico en todas las naciones neolatinas, especialmente en Provenza, y propagado, merced á la unidad política establecida por Carlomagno; lengua transitoria, universal en el Occidente, intermedia entre el latín de la antigua Roma y los modernos idiomas románicos de Europa. El conde Perticari fué el único sabio lingüista que adoptó esta inadmisibile teoría para aplicarla á los orígenes de la lengua italiana. La han combatido victoriosamente Ampère, Diez, Fauriel y otros filólogos insignes (1).

Alucinamiento era sin duda la creencia de Raynouard; pero disculpa merece al considerar la facilidad con que á fines del siglo XI se aunaron, si bien en tosca amalgama, los corrompidos dialectos neolatinos de las varias naciones que siguieron á Tierra Santa la bandera de Godofredo de Bouillon, formando la *lengua franca*, esto es, el idioma de las Cruzadas, cuya base principal era el bárbaro lenguaje francés de aquella época, en el cual entonaban todos la bronca canción guerrera:

*Ultre eja, ultre eja,
Ultre mare, Deo lo volt.*

La arbitraria hipótesis de Raynouard habría sido imposible en tan profundo y perspicaz romanista si no re-

(1) Uno de los primeros que combatieron la aventurada hipótesis fué el famoso escritor alemán A. W. de Schlegel, sincero admirador de Raynouard. (*Essais littéraires et historiques. — Observations sur la langue et la littérature provençales.* Bonn, 1842.)

saltase por tan visible y singular manera cuando se estudian las lenguas de la gran familia latina, designada por los alemanes con el nombre genérico de *idiomas románicos* (*Romanischen Sprachen*), los estrechos lazos que las unen, y que tanto las aparta al propio tiempo de los idiomas germánicos.

La mejor prueba que puede ofrecerse de la hermandad, en los tiempos de su formación, de los idiomas neolatinos, es el copioso parangón que hace Raynouard de un sinnúmero de palabras á ellos pertenecientes (1).

(1) He aquí una muestra:

PROVENZAL.	CATALÁN.	CASTELLANO.	PORTUGUÉS.	ITALIANO.	FRANCÉS.
Albergar.....	Albergar.....	Albergar.....	Albergar.....	Albergare.....	Alberger.
Loja.....	Llotja.....	Loja.....	Loja.....	Loggia.....	Loge.
Cabana.....	Cabanya.....	Cabana.....	Cabana.....	Cappana.....	Cabane.
Sala.....	Sala.....	Sala.....	Sala.....	Sala.....	Sale.
Balcón.....	Balcó.....	Balcón.....	Balcão.....	Balcone.....	Balcon.
Vitualha.....	Vitualla.....	Vitualla.....	Vitualha.....	Vittuaglia.....	Vietuaille.
Biscuit.....	Bescuyt.....	Bizcocho.....	Biscouto.....	Biscotto.....	Biscuit.
Safran.....	Sifrá.....	Azafrán.....	Açafrão.....	Zafferano.....	Safran.
Vinagre.....	Vinagre.....	Vinagre.....	Vinagre.....	Vinagro.....	Vinai gre.
Tonel.....	Tonell.....	Tonel.....	Tonel.....	Tinello.....	Tonnel.
Culher.....	Culler.....	Cuchara.....	Colher.....	Cucchiajo.....	Cuiller.
Caudiera.....	Caldera.....	Caldera.....	Caldeira.....	Caldaja.....	Chaudière.
Aurpel.....	Oripell.....	Oropel.....	Ouropel.....	Orpello.....	Oripel.
Seda.....	Seda.....	Seda.....	Seda.....	Seta.....	Soie.
Hermin.....	Arminyó.....	Armino.....	Arminho.....	Ermellino.....	Hermine.
Descaussar.....	Descalsar.....	Descalzar.....	Descalçar.....	Discalzare.....	Déchausser.
Saborar.....	Saborar.....	Saborear.....	Saborear.....	Saporare.....	Sauvouer.
Embasmar.....	Embalsamar.....	Embalsamar.....	Embalsamar.....	Imbalsamare.....	Embaumer.
Bruit.....	Brugit.....	Ruido.....	Ruido.....	Bruito.....	Bruit.
Nevar.....	Nevar.....	Nevar.....	Nevar.....	Nezare.....	Neiger.
Azur.....	Azul.....	Azul.....	Azul.....	Azzurro.....	Azur.
Jornada.....	Jornada.....	Jornada.....	Jornada.....	Giornada.....	Journée.
Abissar.....	Abisar.....	Abismar.....	Abismar.....	Abissare.....	Abismer.
Limitar.....	Limitar.....	Limitar.....	Limitar.....	Limitare.....	Limitier.
Carga.....	Carrega.....	Carga.....	Carga.....	Carica.....	Charge.
Laborador.....	Laurador.....	Labrador.....	Lavrador.....	Lavoratore.....	Laboureur.
Palafre.....	Palafre.....	Palafre.....	Palafre.....	Palafreno.....	Palefroi.
Salvatge.....	Salvatge.....	Salvaje.....	Salvagem.....	Salvaggio.....	Sauvage.
Roci.....	Roci.....	Rocin.....	Rocim.....	Ronzino.....	Roncín.
Raisinar.....	Refinar.....	Refinar.....	Refinar.....	Raffinare.....	Raffiner.
Afan.....	Afany.....	Afan.....	Affano.....	Affanno.....	Ahan.
Baisar.....	Besar.....	Besar.....	Beijar.....	Bacciare.....	Baiser.
Linhage.....	Linhage.....	Linaje.....	Linhagem.....	Lignaggio.....	Lignage.
Abrassar.....	Abrassar.....	Abrazar.....	Abraçar.....	Abbiacciare.....	Embrasser.
Socors.....	Socors.....	Socorro.....	Socorro.....	Soccorso.....	Secours.
Bastard.....	Bastard.....	Bastardo.....	Bastardo.....	Bastardo.....	Bastard.
Gentileza.....	Gentilesa.....	Gentileza.....	Gentileza.....	Gentilezza.....	Gentillesse.
Coardia.....	Cobardia.....	Cobardía.....	Cobardia.....	Codardia.....	Couardise.
Marinier.....	Mariner.....	Marinero.....	Marinheiro.....	Marinaro.....	Marinier.
Assalt.....	Assalt.....	Asalto.....	Assalto.....	Assalto.....	Assaut.
Etcétera, etc., etc.					

La transformación del latín había empezado á hacerse visible en el siglo v, en el cual irremisiblemente se derrumba el esplendoroso edificio de la cultura antigua. Hasta escritores llenos de vigor é ingenio cometen, sin advertirlo, barbarismos que habrían sido intolerables en el siglo de Augusto. Sidonio Apolinar, yerno de un emperador y después obispo cristiano, que á pesar de su estilo metafórico y sutil (gongorismo eterno de todas las grandes decadencias literarias) escribe en prosa y verso con talento y brío, ha sido, con razón, motejado de uno de los principales corruptores del noble idioma de Cicerón y de Virgilio. Su pecado filológico era hijo del tiempo en que vivía. Al paso que sublimaba el estilo y

Pero ¿á qué continuar este catálogo comparativo, que en la obra de Raynouard (*Lexique Roman*, t. II) ocupa 54 páginas y comprende cerca de 800 vocablos hábilmente clasificados, según las principales conveniencias del lenguaje humano?

Cierto que el abundante cuadro que, sólo como muestra, presenta Raynouard, no deja duda acerca de la extraordinaria homogeneidad de formación en las seis hablas neolatinas. Raynouard hace notar que la unidad de forma y de sentido existe, no sólo en las dicciones que emanan directamente del latín, sino en las que (como *albergador, sala, balcón, barra, brasa* y tantas otras) se derivan de diversas fuentes.

Esta unidad, que parece fenomenal en idiomas hablados en regiones extensas y bastante apartadas unas de otras, puede explicarse por la preponderancia y preponderancia de la cultura literaria de alguna de ellas; pero no puede dar fundamento á la hipótesis de un tipo primitivo, origen común de aquellos idiomas, ilusión tenaz del gran filólogo francés.

De los primeros vagidos, por decirlo así, de las lenguas románicas, cuando sin regularidad ni principios gramaticales se hallaban en la barbarie de su infancia, quedan muy escasos vestigios; entre ellos la letanía publicada por Mabillon (*Analecta vetera*), en la cual, en vez de *Ora pro nobis*, repetían *Tu lo juva* (ayúdale). Pero los más auténticos y más antiguos textos-

alambicaba los pensamientos, quería que todos le entendiesen, y se acercaba, como era natural y corriente, al idioma vulgar. Había llegado su última hora al idioma latino aristocrático, puro y elegante.

De notar es que muchas de las voces que empezaron

oficiales que se conservan son los famosos juramentos ó compromisos de Luis el Germánico y de los soldados de Carlos el Calvo, del año de 842. Por ser documentos tan curiosos pondremos aquí el primero de ellos, para que se forme idea de aquel mixto é informe lenguaje:

TEXTO.	TRADUCCIÓN CASTELLANA.	TRADUCCIÓN FRANCESA.
<p>Pro Deo amur, et pro christian poblo, et nostro commun salvament, d'ist dí en avant, in quant Deus savir et podir me dunat, si salvarai eo cist meon fradre Karlo et in adjudha et in cadlhuna cosa, si com om per dreit son frada salvar dist, in o quid il mi altresi fazet; et ab Ludher nul plaid nunquam prindrai, qui, meon vol, cist meon fradre Karle in damno sit.</p>	<p>Por el amor de Dios y por el pueblo cristiano y nuestra común salvación, de este día en adelante, en cuanto Dios me dé saber y poder, yo salvaré á este mi hermano Carlos, y en ayuda y en cada una (cualquiera) cosa así como <i>todo</i> hombre debe según justicia salvar á su hermano, en aquello que él también haría conmigo; y nunca haré con Lotario convenio alguno que, con mi voluntad, sea en daño de este mi hermano Carlos.</p>	<p>Pour l'amour de Dieu et pour le salut du peuple chrétien et notre commun salut, de ce jour en avant, autant que Dieu me donne savoir et pouvoir, je sauverai mon frère Charles, et en aide et en chaque chose (ainsi qu'on doit, selon la justice, sauver son frère), à condition qu'il en fasse autant pour moi, et je ne ferai avec Lothaire aucun accord qui, par ma volonté, porte préjudice à mon frère Charles ici présent.</p>

En este interesante documento se advierte ya con toda claridad la trabajosa lucha de la transformación. Mal parado queda en ella el latín (el bajo latín). La lengua nueva del pueblo, aunque todavía en la rusticidad y en la incertidumbre, anuncia ya, por la tendencia á la abreviación de las desinen-
cias y á la dulcificación de los sonidos, que encierra el germen de un habla vigorosa que pugna por abrirse espacio y volar con sus propias alas. Digno es de notarse, comparando las traducciones castellana y francesa, que la lengua española se acerca más, en la forma, al texto primitivo que la lengua francesa cosa singular tratándose de un documento francés escrito en Estrasburgo en la primera mitad del siglo IX.

á escribirse en Castilla y Portugal en el siglo XIII, habían sido ya literariamente usadas por trovadores y troveros dos, tres ó más siglos antes. Por ejemplo:

AFÁN, solicitud congojosa, pena.

«Ecvos, Boeci cadegut en *afan*.» (*Poème sur Boëce*, siglo X.)

También hallamos esta voz, de origen bretón, en el hermoso verso de *La Chanson de Roland* (siglo XI):

«Mult ad apris ki bien conoist *ahan*»

(Mucho ha aprendido quien conoce bien el dolor);

en este de Folquet de Marseille (siglo XII):

«Ay! quant gent vens et ab quant pauc *d'afan*»,

y en otros muchos de la lengua de *oc*.

OTROSÍ, además, también.—Es el *altresí* que se halla en el juramento de Luis el Germánico (siglo IX).

PLEITO, en la acepción antigua de pacto, convenio, ajuste.—Es el *plaid* del mismo juramento.

REALME, reino.—Este vocablo, usado por los poetas provenzales (como puede verse en el *Poème sur la mort de Robert, Roi de Naples*, publicado por Bartsch) pasó al antiguo idioma castellano, y al portugués y al italiano con una leve alteración, *reamo*.

ANTAÑO y HOGAÑO.—Ya encontramos estos vocablos en los versos del trovador Peyrol (siglo XII).

«Deus m'ajut e m valha,

qu'*antan*

aic d'amor ses falha

mas non ai *ogan*.....»

Estas y otras muchas dicciones, emanadas ó no del

latín, han entrado en las lenguas modernas pasando por las de *oc* y de *oiz*.

La precedencia de estos idiomas, singularmente del primero, hubo de parecer al docto profesor italiano Vincenzo Nannucci tan digna de tenerse en cuenta para el estudio de la historia y del genuino sentido de los vocablos neolatinos, que no considera posible formar juicio certero de los actuales idiomas romances sin conocer á fondo el de los Provenzales (1). Muy cuerda parece la opinión del aventajado romanista, pues no es dable

(1) El profesor Nannucci, con referencia al italiano, dice estas palabras, que pueden aplicarse á los demás idiomas neolatinos:

«La lingua provenzale e la lingua italiana, uscite da un medesimo ceppo, dal romano rustico, abbenchè non abbiano le stesse fattezze di volto, pure è tanta la conformità degli elementi che le compongono, la concordanza delle loro forme essenziali, l'analogia delle loro diverse combinazioni, e la loro somiglianza di voci e di locuzioni, che ad esse può accomodarsi precisamente ciò che Ovidio cantava delle fanciulle di Doride:

«..... facies non omnibus una,
nec diversa tamen, qualem decet esse sororum.»

(*Metam.*, lib. II, v. 13.)

»E dietro agli scrittori provenzali si tennero così stretti, si nella materia che nella forma, i padri del nostro volgare, che non troverai ne' loro dettati quasi parola, non frase, non costruzione, nelle quali non apparisca evidente il tipo primitivo e l'uniforme carattere di queste lingue..... La favella de' Trovatori fu la prima a coltiversi ed ingentilirsi..... E perciò sapientemente e con tutta ragione predicava il Monti, che lo studio delle parole nella vecchia lingua romanica non è studio d'indovinaglie, ma studio fondamentale della nostra. E chi nol farà, non s'accosti a spiegare i nostri Antichi, ne a far Vocabolari. Perchè i dottori, che ne saranno ignoranti, vedranno sempre la sola superficie del sermone italico, ma non vedranno mai il fondo di esso: non la ragione de' costrutti, non la originale significazione della più gran parte delle nostre voci, ne delle nostre dizioni.» (*Voci e locuzioni italiane derivate dalla lingua provenzale*. Firenze, 1840.)

dudar de la conveniencia de conocer el origen y las vicisitudes de los vocablos para determinar su verdadera índole y significación. La inmensa mayoría de ellos procede del infimo latín, desfigurado en todas partes; pero en innumerables vocablos la forma de la alteración no fué directa y local en Italia, España y Portugal. Vino de Francia, principalmente de Provenza, que en los siglos XI y XII fué la maestra lingüística de Europa.

Las lenguas modernas fueron evidentemente el final resultado de la transformación lenta y gradual del latín vulgar, producida principalmente por el instinto analítico de las razas indo-europeas.

Este latín vulgar no era sólo el que producía en las provincias romanas la desfiguración progresiva del habla latina que introducían en ella los comerciantes, los empleados, los colonos y los soldados de Roma. Toda esta gente iliterata usaba una lengua harto diferente de la de Lucrecio y Cicerón, y llena de barbarismos y de incorrecciones sintácticas. En la misma Roma había dos idiomas: el que empleaban las clases cultas y elevadas, y el que hablaban las clases inferiores y plebeyas, continuación del antiguo dialecto popular. En el teatro cómico de los romanos, como género literario destinado al pueblo, asoman las alteraciones gramaticales introducidas en el lenguaje vulgar, que más adelante llegaron á constituir leyes nuevas en la estructura gramatical de los idiomas neolatinos (1).

(1) «On a plus d'une fois démontré que les mots latins sont devenus des mots français (romans) par une série de transformations, qui ne commencent pas toutes avec la décadence des lettres latines, mais qui pour la plupart, au contraire, remontent aux plus anciens âges du latin classique.» (Egger: *L'hellénisme en France*, t. 1, 6^e leçon.)

La descomposición del *sermo plebeius* (no del latín clásico, *sermo patricius*, que no es la verdadera fuente de las lenguas romances) se efectuó simultáneamente, y según las mismas leyes interiores, en toda la Europa románica. Era ayudada por la *corrupción* la *evolución* que con incontrastable fuerza desarrollaba los gérmenes analíticos del naciente idioma que el pueblo creaba por sí solo.

Pero los idiomas de *oc* y de *oil* se adelantaron á los idiomas de *si*, según llama el Dante al habla italiana (1).

Claro es que las lenguas neolatinas, como emanadas de un mismo origen, no podían menos de tener entre sí grandes y esenciales analogías fonéticas y gramaticales. Es, sin embargo, singular y extraordinario que estos mismos idiomas, al paso que en su formación progresiva cedían á la influencia de las circunstancias locales que habían de darles su indole privativa, seguían uniformes el mismo rumbo en sus desviaciones del idioma del Lacio, al cual debían la vida.

No sólo tomaron las lenguas romances el gran caudal de sus vocablos de aquel dialecto, hermano bastardo del latín, como ingeniosamente lo llama un erudito filólogo (2), sino que se formaron además con la destrucción inevitable del mecanismo gramatical del idioma latino. La nueva sintaxis prescinde de los casos de la gramática

(1) «Del bel paese là doue il *si* suona.» (*Inferno*, canto xxxiii.)

El mismo Dante, en su tratado *De vulgari eloquio sive idiomate*, distingue así las lenguas por el adverbio de afirmación:

«Nam alii *oc*, alii *oil*, alii *si* afirmando loquuntur.» (Lib. I, cap. viii.)

El *teóatico* ó tudesco era llamado la lengua de *id*.

(2) El profesor A. Loiseau, premiado por sus estudios lingüísticos.

clásica. Las flexiones casuales se expresan con preposiciones para señalar la relación de unas palabras con otras y dar claridad á la expresión de las ideas. Con esto, con los artículos y con el cómodo empleo de verbos auxiliares, aquella sociedad, instintivamente innovadora, halló medio de reemplazar el sabio sistema de las declinaciones y de las conjugaciones antiguas (1). De esta manera, merced á las imprescindibles leyes de la analogía, aquellos destrozados vestigios del habla magnífica de Roma adquirieron diferente regularidad, llegando á constituir las modernas lenguas, llenas de hermosura y nobleza, si bien distantes de la admirable concisión y perfección sintética del idioma de Tácito y de Horacio.

Pero, según ya hemos indicado, la grande unidad que se advierte en la gramática y en la nueva estructura de las dicciones de las lenguas neolatinas, formadas en diversas naciones bajo influencias étnicas diferentes, sólo puede explicarse por la preponderancia, dentro de aquel sincronismo, de uno de los idiomas hermanos que del embrión latino-rústico habían salido.

La precedencia y superioridad del idioma francés, aunque todavía adolescente, es incontestable. Las de-

(1) Algunas de estas observaciones habian hecho ya los filólogos del siglo xvi.

«Salieron muy mal con la lengua latina estas gentes, más dadas á las armas que á las letras.....; siéndoles prolija la declinación de los nombres latinos y la variación de los verbos por sus tiempos, contentáronse con usar de los nombres latinos y dejaron la declinación, la cual tomaron de su lengua, en la cual los nombres son indeclinables, y los casos los distinguen por los artículos y preposiciones, como hoy se usa en las lenguas italiana y española.» (Aldrete: *Del origen y principio de la lengua castellana*. Roma, 1606.)

más lenguas romances, á excepción del provenzal (1); se iban formando con mayor fatiga y menor cultivo literario. Su influencia en las demás naciones hubo de ser muy poderosa, no sólo por su progreso relativo, sino además porque (principalmente después del florecimiento repentino de la poesía románica en Inglaterra, á poco de la conquista de los normandos — 1066) los cantos heroicos ó religiosos de aquellos poetas corrían por todas partes, y eran acogidos con entusiasmo en aquellas sociedades nacientes, que cifraban todo el ardor de su imaginación y de su vida en las grandezas ideales y reales del culto y de la guerra.

La lengua de *oïl*, esto es, la Francia septentrional, era en el occidente europeo la fuente universal de las creaciones literarias. Sus juglares corrían por todas las naciones embelesando á las gentes con sus poéticas narraciones de hazañas caballerescas, de imaginarios y conmovedores milagros y de fantásticos amores. Los prodigiosos héroes de las gestas francesas, *Roland, Olivier, Garín* y otros tantos del ciclo carolingio, y las aventuras novelescas de *Tristan et Iseult* y de *Flore et Blancheflor*, y otras innumerables del ciclo de Artús, penetraban más hondamente en el ánimo y en la memoria del pueblo que el lirismo sutil, satírico ó impío de la Provenza, del cual se pagaba principalmente la sociedad aristocrática ó erudita. El pueblo prefería los cuentos

(1) Cuando se leen el *Poème sur Boèce*, *La Passion de Jésus-Christ* y la *Vie de saint Léger*, á pesar de sus imperfecciones, se echa de ver que el habla provenzal existe literariamente en el siglo x; y es evidente que no puede haber idioma literario que no haya sido antes idioma común y popular.

guerreros, caballerescos y amorosos, y los reproducía con local vestidura en sencillos cantos populares. En el siglo xv se extinguió en la Península ibérica la musa artificial de la Provenza, y viven todavía en los inmortales romanceros de España y de Portugal las poéticas tradiciones de los tres ciclos épicos de Francia (el carolingio, el armoricano ó bretón, y el de los asuntos de la antigüedad).

No debe, en verdad, maravillar á nadie la supremacía del idioma francés en la Edad-media. Á la propagación universal de las obras populares de su pujante fantasía, hay que añadir la influencia dominante de las escuelas de París.

Aquellos poemas, escritos en lengua informe y escabrosa, buscados con afanosa diligencia y con fanáticos encomios ensalzados en los últimos tiempos por sabios investigadores literarios, franceses y alemanes, contienen nobles pensamientos, y denotan á veces genuina fantasía nacional y original ingenio; pero hubieron de morir aceleradamente, destronados por la literatura italiana, con vigoroso y juvenil impulso casi improvisada en el siglo xiv. Les faltaba lo que hace inmortales á las letras: idioma, arte, verdad humana.

Estos anticuarios de las letras han realizado la meritoria tarea de dar entusiasmados á la estampa, con críticas observaciones, muchos de los mencionados poemas. Son documentos útiles para el estudio histórico de la lingüística y de la filología comparada; pero en el concepto estético de las gentes, ni han vuelto á la vida, ni volverán jamás.

Llegó á tal punto la supremacía de los dos idiomas franceses, que los extranjeros los preferían al suyo pro-

pio. El italiano San Francisco de Asís, *il poverello di Christo*, andaba por calles y caminos recitando canciones francesas, de donde le vino el apodo popular *il Francesco* (que después fué su nombre); el viajero inglés Sir John Mandeville, precursor del famoso portugués Fernão Mendes Pinto, escribió en francés la *Relation de son voyage dans les contrées de l'Asie*, que logró gran celebridad, y fué dada á la estampa pocos años después de la invención de la imprenta (Lyon, 1480) (1). También escogió la lengua de *oïl* para ensalzar las glorias de Venecia el Maestro Martino da Canale (siglo XIII), y lo propio hizo el boloñés Giovanni da Casola para su extensa epopeya de Atila, dedicada á los Marqueses de Este, señores de Ferrara (2).

Estos libros, por su valor intrínseco, no merecen grande recordación literaria. Pero hay dos, tan curiosos como interesantes, que la posteridad no ha olvidado, ni olvidará jamás: *Li Livres dou Tresor*, de Brunetto Latini, la famosa obra que ha de hacer imperecedero su

(1) «Mandeville first secured the existence of his work in a language familiar to the whole European world; the French was addressed to the polite circles of society.» (I. d'Israeli: *Amenities of literature*, vol. 1.—Our first traveller.)

(2) De este poema francés hizo en tiempos muy posteriores una versión italiana Giovanni Maria Barbieri, autor de la obra *Dell'origine della poesia rimata*, publicada por Tiraboschi. Así lo explica el conde Galvani:

«Egli studiò ancora, non poco, nell'antico francese, e trasportò il poema MS. del Casola della guerra d'Atila, che allora era presso i Signori Duchi di Ferrara, ed ora colla loro discendenza è passato in Modena, e si conserva nella R. Biblioteca.» (*Osservazioni sulla poesia de' Trovatori*.)

Esta traducción fué dada á la estampa en Ferrara en 1568, con el siguiente título: *La Guerra d'Atila, Flagello di Dio*.

renombre, según el autor dice al Dante en el canto xv del *Inferno*, y que fué desde luego traducida al italiano por Bono Giamboni, contemporáneo de Brunetto; y *Le Livre de Marc Pol, citoyen de Florence*, que no sólo dió nuevo rumbo á las ideas que entonces reinaban acerca del orbe terrestre en aquella edad apartada, sino que (según puede conjeturarse) al través de las inauditas maravillas geográficas reveladas por el admirable viajero veneciano, hizo columbrar á otro aún más admirable, si no con la absoluta certidumbre de la ciencia, con la visión intuitiva del genio, la existencia del Nuevo Mundo.

Brunetto, que demostró en sus escritos, y singularmente en el *Tesoretto*, cuán dócil y expresivo era ya bajo su pluma el idioma naciente de Italia, escoge también para su enciclopedia la lengua de *oïl* como más corriente y halagüeña (1). El intrépido viajero veneciano Marco Polo ignora el francés; pero, subyugado por el favor universal con que era acogida esta lengua,

(1) Brunetto Latini da el más señalado testimonio de la importancia que la Europa concedía al idioma francés en estas expresivas frases:

«Et se aucuns demandoit por quoi cist livres est escriz en *romans*, selonc le langage des François, puisque nos somes Italiens, je diroie que ce est por ij. raisons: l'une, car nos somes en France; et l'autre porce que la parleure (el habla) est plus delitable et plus commune à toutes gens.» (*Li Livres' dou Tresor*, edición Chabaille. Paris, 1863.)

En la Historia de Venecia de Martino da Canale, autor del siglo XIII, cuyo manuscrito se conserva en Florencia, encontramos encomiada el habla francesa en términos muy análogos á los empleados por Brunetto. Dice que escoge aquel idioma:

«pour ce que la langue françoise cort parmi le monde, et est plus délicate à lire et à oïr que nulle autre.» (Véase François Génin: *Des Variations du langage français depuis le XII^e siècle*, Introduction.)

dicta en la cárcel de Génova sus peregrinas correrías por el misterioso oriente á su amigo Rusticiano de Pisa (1), el cual cultivaba asiduamente las letras en el rudo francés de aquel tiempo, y había escrito una compilación abreviada de las leyendas de la *Tabla redonda*, y algunos libros de caballería originales (2).

¡Cosa singular! El idioma empleado en las versiones italianas contemporáneas de ambos autores, no obstante su relativa rudeza, nos parece ahora (esto es, seis siglos después) más eufónico y más *delitable* que el áspero francés de Brunetto y de Rusticiano. Pero es incontestable que este imperfecto lenguaje era en aquellos tiempos el idioma vulgar más difundido y autorizado (3).

(1) Lo dice el prólogo del *Livre de Marc Pol*:

«Lequel livre, puis, demoran en la carserie (*cárcel*) de Jenes, fist retraire par ordre à Messire Rusta Pisan, en celle meisme prison estoit, au temps que il couroit de Crist MCCXCVIII ans de l'Incarnation.» (Edición Pauthier. Paris, 1865.)

De este libro se conocen 56 ediciones, todas raras hoy día: en idioma italiano, 23; en inglés, 9; en latín, 8; en alemán, 7; en francés, 4; en castellano, 3; en portugués, 1; en holandés, 1.

(2) *Gyron le Courtois*; *Meliadus de Leonnoys*. Estos libros de caballería fueron impresos en folio, gótico, á principios del siglo xvi. Las primeras ediciones se han hecho muy raras.

Según I. d'Israeli, Rusticiano de Pisa fué generosamente patrocinado por los monarcas de Inglaterra, señaladamente por Enrique III, á quien debió espléndidas mercedes. (*Amenities of Literature*, etc., t. 1.)

(3) «La France au Moyen-âge était le foyer d'où la lumière rayonnait sur l'Europe civilisée. De toutes les contrées on accourait aux leçons de la France. Thomas d'Aquin suit Albert le Grand, du collège de Naples au collège Saint-Jacques; Dante exilé vient s'asseoir sur les bancs de nos écoles de théologie, et soutient une thèse brillante devant notre université; Boccace, envoyé à Paris pour y apprendre le commerce, retourne à Florence la mémoire meublée de nos fabliaux dont il ornera plus tard son *Décamé-*

Hasta mediado el siglo XIII no decae el impulso creador de las letras francesas; y España é Italia, que habían ido antes á la zaga de aquéllas, desarrollan casi de repente su civilización intelectual, aventajan á su antigua maestra, produciendo en diferentes ramos obras que coloca en el más alto lugar la historia del pensamiento humano.

El código de las *Partidas*, como estudio de las necesidades morales de la humanidad, como libro razonador, como idioma flexible y seguro, como estilo claro y terminante, no tiene igual en la Francia de aquella época. En Italia es aún más acelerado y grande el vuelo de su civilización literaria. Á fines de aquel siglo y en el siguiente, con Dante, Petrarca, Bocaccio, Dino Compagni, Villani y otros egregios escritores, eclipsa á todas las naciones, y se levanta de repente á una altura que ningún otro país ni ella misma han sobrepujado en tiempo alguno.

Concretándonos ahora al idioma de las *Cantigas*, no puede menos de advertirse en sus nexos gramaticales, en la homogeneidad de sus etimológicas conexiones, y en la semejanza de su esencia sintáctica y fonética, que en los albores de su florecimiento (siglo XII) era (sin perjuicio de sus accidentes indígenas) uno de los idiomas románicos que mayor afinidad ofrecían con el fran-

ron. Le français était la langue universelle indispensable.» (Génin: *Des variations du langage français.*)

«La grandeur croissante de la France donna à son idiome la prépondérance. Nos Normands le portèrent dans l'Italie méridionale où il ne prévalut point, et en Angleterre, où il s'établit pour trois siècles; nos croisés partout.» (M. Duruy: *Histoire du Moyen-âge.*)

cés, y singularmente con el provenzal. La visible influencia de estas dos hablas no se explica suficientemente, como algunas veces se ha intentado, por los enlaces de los príncipes. Ciertamente que no escasearon estos enlaces.

Hijo del Conde de Borgoña fué el príncipe Enrique, padre del primer Rey de Portugal, al cual Príncipe dió Alfonso VI de León y I de Castilla el título de conde y la mano de su hija D.^a Teresa con la dote de toda la parte de la antigua Lusitania (entre Duero y Miño) hasta entonces conquistada de los moros (1095). Don Alfonso Enriques, primer Rey de Portugal, fundador de la dinastía borgoñona (1140), se casó con D.^a Mafalda, hija de Amadeo III, conde de Saboya. El sucesor de Alfonso Enriques, Sancho I, tomó por esposa á D.^a Aldonza, hija de Ramón, conde de Barcelona, y hermana de Alfonso II de Aragón. Alfonso III, antes de subir al trono, había pasado muchos años en Francia, donde contrajo matrimonio con Matilde, condesa de Bolonia.

Estos enlaces, y la educación y viajes en Francia de alguno de dichos Príncipes, hubieron de producir cierta comunicación intelectual y lingüística entre los países de los idiomas de *oc* y de *oïl* y las regiones de la Península ibérica, donde ya de antemano se hablaba la lengua galaico-portuguesa.

La transcendente acción de la palaciana cultura pudo en algo contribuir á la eficacia de la influencia extranjera; mas nunca habría sido bastante poderosa para hacer cundir rápidamente en las clases vulgares de todo un reino las formas y los giros de un habla exótica. Hay que buscar principalmente aquella influencia en anolo-

gías intelectuales, cultivadas y cimentadas por frecuente y literaria comunicación. Esta pudo venir, si no en todo en su mayor parte, de la gran cantidad de trovadores, troveros, y juglares de la Iglesia y del vulgo, que acudían á Galicia con motivo de la inmensa afluencia de príncipes, prelados, magnates é innumerables gentes, desde las más elevadas hasta las más ínfimas clases sociales (1).

Como quiera que sea, palpable aparece el sello francés en el lenguaje de las *Cantigas* y de los Cancioneros portugueses de Italia. Ocioso sería detenernos en una demostración que salta á la vista de los entendidos en estas materias filológicas (2).

(1) Ya en el siglo XVIII, D. Luis José Velázquez había anticipado esta razón histórica:

«Los cantares y canciones devotas de los peregrinos que iban en romería á visitar la iglesia de Compostela mantuvieron en Galicia el gusto de la poesía en tiempos bárbaros.» (*Orígenes de la poesía castellana*. Málaga, 1754.)

(2) Nos limitaremos á señalar algunos de los innumerables galicismos y próvenzalismos de vocablo y de frase:

«et começou de chouver.»

(Cant. CCCXI.)

«começaron de chorar.»

(Cant. CCCXVIII.)

«que o fez na adega,
beuer do vynn' assaz.»

(Cant. XLVII.)

«a torto» (sin razón.)

(Cant. CCXIII.)

El no haberse podido formar cabal concepto, por falta de conocimiento y estudio de los antiguos manuscritos, del asiento y desarrollo que había tomado la poesía portuguesa en la corte del Rey castellano, ha dado motivo á que, con raras excepciones, cuantos han

También dicen las *Cantigas* «a gran torto»: es el *a gran tort* provenzal.

«Juyão disse: Den-ti *do fêo.*» (Juliano dijo: Dente heno.)
(Cant. xv.)

«que lle desen caldo con *do agraz.*»
(Cant. ccxvi.)

«en terra *das mãos* foi ferir.»
(tocó la tierra con las manos.)
(Cant. cxiv.)

Locuciones y formas gramaticales francesas.

«e outrossí a teta que ouuiste *mamada.*»
(*Cantiga 10.^a das festas de Santa Maria.*)

«E confessou seus *peccados*
a un preste que achou,
et pois que ll'os ouu' *oydos.....*»

Declinar el participio es de sintaxis francesa.

La doble negación, al modo francés, es muy usada en el lenguaje de las *Cantigas*.

«mas por *ren* (nada) *non* ll' a podían tirar.»
(Cant. cxxvi.)

En, según Littré, del latín *inde*, tomó en los idiomas franceses el carácter de pronombre relativo, con las significaciones *de esto*, *de aquello*, *de allí*, etc. En las *Cantigas* está usado del propio modo:

«et pois fezeron *en* sermon.»

hablado de las *Cantigas* (que casi nadie conocía), así en antiguos como en modernos tiempos, hayan afirmado que el rey Alfonso las escribió en idioma *gallego* (1).

Ben, muy usado por los provenzales como voz expletiva de encarecimiento:

« a festa
da Virgen, que durou *ben* un mes.»

(Cant. xv.)

«que lle deu aquela noite
ben quanto mester auia.»

(Cant. cxciv.)

«de feyçon» (de forma).

(Cant. cccxci.)

Voces francesas y provenzales en las Cantigas.

Bruyar.

Tricharía (tricherie).

Tost.

Tombar.

Volonter.

Viaz.

Y tantas otras, como puede verse en el *Glosario* del Marqués de Valmar, publicado por la Academia en la edición monumental de las *Cantigas*.

Puede tenerse además por indicio de lo mucho que se asemejó el galaico-portugués al carácter del provenzal, la tendencia á sincopar que Friedrich Díez advirtió en este idioma.

(1) Santillana, Mariana, Sarmiento, Velázquez, Ticknor, Pidal, Ríos, etc., etc.

Entre los que han adoptado la opinión de que las *Cantigas de Santa María* están escritas en portugués podemos señalar al docto Pérez Bayer. Así dice:

«Alfonsi cognomento Sapientis liber inscriptus *Las Cantigas de Santa María*, Gallaico an potius *Lusitano* sermone incertum, versibus tamen alligato.» (Véase Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Vetus*.)

En el inventario de la biblioteca de la reina Isabel la Católica, procedente del Archivo de Simancas, se designa así uno de los códices de las *Cantigas*: «Otro libro de marca mayor, en pergamino, de lengua *portuguesa*.»

Es indudable que este idioma, origen y tronco del habla portuguesa, había sido cultivado con llaneza vulgar en el siglo XII, no sólo en cantos populares sino en sencillas narraciones. Rodríguez de Castro habla de una traducción manuscrita de una historia escrita por D. Servando, hecha en dialecto gallego por D. Pedro Seguino el año de 1150 (1). Ticknor, que otorga por lo común fe y autoridad á Castro como investigador de antiguos monumentos bibliográficos, duda en esta ocasión de la exactitud de la noticia, fundándose en que el laborioso autor de la *Biblioteca Española* no inserta muestra alguna de aquella versión. Rodríguez de Castro coincide enteramente con Nicolás Antonio en la noticia y en la duda (2). Ateniéndose á los racionios criticos del mismo Ticknor para probar el desarrollo y vigor que el gallego había adquirido en el siglo XII, nada tiene de inverosímil que un letrado de la mitad de aquel siglo, en que ya las gentes no entendían el idioma latino, tradujese una relación interesante en el dialecto vulgar de Galicia (3). Pero en el caso presente hay motivos para

(1) *Biblioteca Española*, t. II, págs. 404 y 405.

(2) «Liber qui extat non ille latinus est quem Servandus, composuisse dicitur, sed interpretatio eius vernacula, hoc est, proprio Galleciæ sermone, à Petro quodam Seguino eiusdem Auriensis Ecclesiæ natistite anno MCL facta..... De quo tamen quia librum non vidimus, indicium nostrum abstinemus. Nihilominus et ipsi eius propugnatores (Gándara: *Nobiliario de Galicia*) fatentur, fœdatum iam extare ac detur patum additionibus et commentis pluribus ineptis.» (Nicolás Antonio: *Bibliotheca Hispana Vetus*, lib. VI, cap. I.)

(3) Merecen citarse las palabras con que expresa Ticknor su opinión acerca de la prontitud con que pasó el gallego de la tosquedad de dialecto informe á la firmeza de habla escrita:

«Es preciso confesar que el gallego fué en su origen una lengua importante de la Península, en términos que hay épocas en que parece predo-

tener por imaginaria ó apócrifa (tal vez superchería de genealogistas) la historia que se atribuye al supuesto obispo auriense D. Servando. El P. Flórez resuelve de plano la cuestión, negando la existencia de D. Servando (1).

Ya entrado el siglo XIII, aquel habla flexible y dulce, cultivada con presunción erudita, siguiendo la escuela provenzal, por trovadores portugueses y castellanos, así de ínfima condición como de encumbrada jerarquía, era la lengua de la Monarquía portuguesa, y en tiempo de Alfonso III de Portugal, del Rey Sabio y de su nieto el rey D. Dionís tomó tan firme vuelo, que no pudo

mina exclusivamente, y se sobrepone á todos los dialectos que en ella se hablaban. Lo más probable es que fuese el primero que se desarrolló en el ángulo NO. de la Península..... Simultáneamente aparecieron dos distintos dialectos en dos diversos reinos. Es probable también que, de estos dos dialectos, el septentrional (gallego) fuese el más antiguo; pero el meridional (castellano) fué el más afortunado..... El dialecto gallego, en Portugal, con circunstancias menos favorables que la lengua castellana en España, adquirió al mismo tiempo el carácter de lengua escrita, y poseyó casi en igual época los materiales para formar una literatura independiente.» (Ticknor: *Historia de la literatura española*, primera época, cap. III. Traducción castellana de los Sres. Gayangos y Vedia.)

(1) «A este obispo, D. Pedro Seguin, atribuyen algunos que tradujo y añadió la Historia escrita por D. Servando, también Obispo de Orense; pero como no hubo tal escritor Servando, no pudo traducirle ni adicionarle don Pedro: y todo fué ficción de uno que quiso emparentar con otro de las primeras familias.» (Flórez: *España Sagrada*, t. XVI, págs. 48 y 92.)

Esta opinión del P. Flórez se hallaba ya indicada en la *Bibliotheca Hispanica*, etc., de G. E. de Franckenau (Juan Lucas Cortés), pág. 388.

Igual concepto formó Pérez Bayer:

«Nugæ prorsus ac meræ sunt præstigiæ quæ de Servandi Auriensis Latino escripto, deque eiusdem vernacula Petri Seguini versione circumferuntur, fascinandis nimirum illorum animis qui genus et proavas strepere amant.» (Notas á la *Bibliotheca Hispana Vetus* de Nicolás Antonio, t. I, pág. 438.)

ya dejar de constituir uno de los más bellos y expresivos idiomas neolatinos, que hacía presentir el brillante porvenir que le deparaba su gloriosa historia (1).

Velázquez, sin duda para explicar indirectamente la circunstancia (que á tantos ha extrañado) de que el Monarca de Castilla escribiese en gallego sus populares canciones, asegura sin suficiente fundamento, como cosa demostrada, que D. Alfonso el Sabio fué criado en Galicia (2).

(1) La aceptación que dentro y fuera de Castilla llegó á adquirir la poesía galaico-portuguesa puede inferirse del engreimiento con que el juglar leonés Lorenzo declara que sus cantares son solicitados en todas las Cortes:

«..... hu meu cantar for
non acha Rey nem Emperador
que o non colha.....»

(*Canzoniere portoghese della Bibliotheca Vaticana*, cant. núm. MXXXII.)

(2) Así dice Velázquez:

«No es menos antigua la poesía gallega (que la portuguesa), si ha de creerse á los que dicen que la lengua gallega y la portuguesa son una misma..... El rey D. Alonso el Sabio, *que se crió en Galicia*, compuso en lengua gallega las *Canticas* para el uso de la Iglesia.» (*Origenes de la poesia castellana*.)

De lo que con tanta vaguedad dice Velázquez de la antigüedad de la poesía gallega, se deduce que era de muy corto alcance la competencia del ilustre académico de la Historia en materias de historia filológica comparada. Ni siquiera recuerda lo que casi dos siglos antes había escrito Duarte Nunes de Lião:

«As linguas de Galliza et de Portugal ambas erão antigamente quasi hũa mesma, nãs palavras et nos diphtongos et pronunciação, que as outras partes de Hespanha não tem. Da qual lingua gallega a portuguesa se aventajou tanto, quanto na copia et na elegancia della vemos. O que se causou por em Pórtugal haver Reis et corte, que he a officina onde os vocabulos se forjão et pulem....., o que nunqua houve em Galliza.» (*Origem da lingua portuguesa*. Lisboa, 1606.)

Sarmiento menciona la conjetura formada por Papebroquio, de haberse criado D. Alfonso en Galicia, y la juzga aceptable como tal conjetura, pero no como cosa averiguada. (*Memorias*, § VIII.)

Otros han repetido esta insegura noticia biográfica. Pero ya hemos visto que no hay necesidad de apelar á aventuradas afirmaciones para explicar la preferencia que dió el Monarca para sus cantares al lusitano idioma.

En las *Cantigas* mismas encontramos un testimonio de que el Rey sabía bien que la lengua que manejaba de tan pulida y artística manera no era ya el vulgar y sencillo idioma que hablaba el pueblo en tierra de Galicia. Hállase el testimonio en la cantiga CCCLIV, escrita para dar gracias á la Virgen por haber salvado milagrosamente de las pisadas de un caballo á una comadreja predilecta de Alfonso. Así dice:

«Este pesar foi por hũa
bestiola que muit' amaua
el Rei, que sigo tragía,
et a que mui ben criaua,
a que chaman *donezynna* (1)
os galegos.....»

Indudable parece que, á haber escrito en el dialecto popular de la región gallega, no hubiera tenido el Rey necesidad de expresar que aquel vocablo era el que usaban los habitantes de Galicia.—El citar D. Alfonso el nombre del donoso cuadrúpedo, no como vocablo idiomático y privativo de un pueblo determinado ó de una comarca limitada, sino de la región entera de Galicia, da á nuestra observación, según creemos, considerable fuerza é importancia.

El habla gallega y la portuguesa eran *casi una misma* en los antiguos tiempos, según con razón afirma Duarte

(1) Hoy se dice en gallego *donosiña* y *donisela* (Cuveiro), y en portugués *doninha*.

Nunes de Lião. Pero ya en la época de Alfonso X, después de un siglo de existencia de la Monarquía portuguesa, el cultivo poético y palaciano, bajo la influencia lírica de los provenzales, hubo de dar á aquella lengua, hablada y escrita en las Cortes de Portugal y de Castilla, mayor pulidez, soltura y abundancia. El gallego popular quedó en la tierra donde había nacido en el estado de eufónico dialecto: el gallego erudito, que con tan firme desembarazo manejaron el rey Alfonso y los innumerables poetas portugueses y españoles del Cancionero portugués del Vaticano, adquirió (sin perder la esencia del dialecto popular primitivo) el carácter de verdadero idioma literario. Esa es la lengua madre del portugués de los siglos de oro.

Así lo han entendido Theóphilo Braga, en su luminosa Introducción al *Cancioneiro Portuguez da Vaticana* (1) y el ilustre profesor romano Ernesto Mónaci. Al dar éste á la estampa los preciosos manuscritos galaico-portugueses 3.217 y 4.803 de la Biblioteca del Vaticano, no ha titubeado en llamar *autori portoghesi* á todos los poetas portugueses, gallegos y castellanos (incluso el rey Alfonso) que habían escrito en tan seguro y flexible lenguaje las cantigas que componen los Cancioneros *Vaticano* y *Colocci-Brancuti*.

(1) Dice hablando de Alfonso X como trovador:

«A linguagem usada então na côrte de Castella era o puro portuguez em que as formas gallegas são ainda naturaes..... Hoje no *Cancioneiro da Vaticana* nos apparecem monarchas de Castella como Affonso X, jograes leonezes, catalães, aragonezes e gallegos escrevendo em uma unica linguagem, o portuguez dionisiaco..... A collecção de Vaticana se deve considerar como um Cancioneiro geral da península com que se demonstra a extensão da lingua portugueza.»

- La poesía del *Cancionero de Santa María* es artística; pero la lengua, aunque de cierto más culta que la usada por la plebe de Galicia, no podía menos de ser conocida y corriente cuando el Rey trovador la empleaba en poéticas narraciones que habían de cantarse en iglesias castellanas para instrucción moral del pueblo. Es, por lo demás, el mismo idioma empleado en la prosa portuguesa de aquellos tiempos, como puede verse en la *Poética* portuguesa (incompleta) del siglo XIV, publicada en 1880 por Enrico Molteni en el *Canzoniere Portoghese Colocci-Brancuti*.

El Conde de Puymaigre, para probar que, á pesar del favor otorgado en Castilla á la lengua de *oc*, no dejó de ejercer allí visible influencia la lengua de *oil*, recuerda con oportunidad que durante siglos la Francia del Norte mantuvo relaciones con España. Las órdenes religiosas de ambas naciones se hallaban en continua comunicación científica; ilustres personajes del clero francés obtenían en España las más altas dignidades eclesiásticas; y en tan crecido número acudían á Castilla en el siglo XII los caballeros franceses, que en muchas poblaciones había una calle ó un barrio designado con el nombre de su nación. A estos caballeros acompañaba, como séquito imprescindible, una multitud de juglares y troveros. Los innumerables viajeros que iban á Santiago de Compostela llegaban por un camino llamado el *camino francés* (1).

(1) Le C.^{te} de Puymaigre: *La cour littéraire de Don Juan II*. Paris, 1873.

Con especiales y curiosos datos explica también Damas Hinard la eficaz participación que tuvo el clero francés en la civilización religiosa, científica y moral de España en la Edad-media.—(Véase *Poème du Cid*, etc. Introduction, pág. LXIII y siguientes.)

A esta circunstancia atribuyen, con razón, Ernesto Mónaci y Theóphilo Braga notable significación histórica.

Añadiendo á esta influencia francesa la que ejercían los trovadores de Aquitania con sus fervorosas exhortaciones para llevar gente guerrera á las Cruzadas, y con sus frecuentes romerías á Santiago, fácilmente se comprende que se formase en Galicia un centro de unificación poética, como le llama Theóphilo Braga, y una escuela de lirismo nacional, en idioma galaico-portugués; en la cual, á vueltas del elemento étnico, siempre muy poderoso, se reflejan las influencias francesa y provenzal. Esta escuela pasó á León y á Castilla, resplandeció en la corte de Alfonso X, y cundió de tal manera que hasta el pueblo comprendía aquel dialecto septentrional que tan maravillosamente se adaptaba al canto. Todo aparece ahora claro á nuestros ojos porque lo vemos demostrado en los importantes Cancioneros de la Biblioteca Vaticana y de Angelo Colocci. Antes de su descubrimiento, los historiadores críticos perdían el tino al querer explicar la razón que hubo de mover á D. Alfonso el Sabio (como á otros trovadores castellanos) á preferir la lengua galaico-portuguesa para unos cantos populares destinados á las iglesias de Castilla.

Ahora habrían podido comprender Sánchez, Ticknor y el mismo Sarmiento lo que antes no acertaban á explicarse, á saber: la exactitud de aquellas tan comentadas palabras de la famosa carta del Marqués de Santillana al Condestable de Portugal:

«Non es de dubdar, que en los reynos de Galliça é Portugal el exerçio destas sçiençias (la métrica) mas que en ningunas otras regiones é provinçias de España se acostumbró; en tanto grado, que no ha mucho tiempo

qualesquier deçidores é trovadores destas partes, agora fuesen *castellanos*, *andaluces* ó de la *Extremadura*, todas sus obras componian en lengua gallega ó portuguesa.»

En cuanto se familiariza el lector con el lenguaje y el estilo de las *Cantigas*, advierte que el habla portuguesa no es para el Rey Sabio un idioma puramente literario, que se maneja y cultiva por alarde y gallardía de erudito, como Dante y otros escribieron alguna vez en provenzal. El habla de las *Cantigas* es una lengua tan completamente avasallada por el ingenio del poeta como si fuera su nativo idioma. En vez de encontrar Alfonso X un instrumento indócil y premioso en un idioma que no era el suyo, no halló en el portugués sino flexibilidad, gala, y riqueza de expresión, de giros ó de matices de sentido. No es pequeña gloria para el talento poético y filológico del regio trovador.

CAPÍTULO VII

Versificación de las *Cantigas*.—No entra en la poesía de las lenguas romances la *cantidad* prosódica de griegos y romanos.—No cabía este artificio métrico en idiomas dominados por el principio *ritmico*.—Los orígenes de la versificación de las *Cantigas* son las poesías populares y religiosas de la decadencia latina, y más inmediatamente las de los *trovadores* y *troveros*.—Primitivos cantares rítmicos de la plebe romana.—La música de los himnos latinos de la Iglesia ayudó á la tendencia rítmica.—Elementos esenciales de la versificación románica.—Asonancia, primordial armonía poética de los pueblos: adagios.—Primores métricos de los himnos litúrgicos.—Metros castellanos anticipados en la poesía latina: hexasílabos, heptasílabos, octosílabos, endecasílabos.—Monotonía del alejandrino, cultivado especialmente por los *troveros*.—Alfonso X imita las galas de la versificación francesa y provenzal, pero les da carácter indígena.—Extrema las combinaciones y las licencias métricas.—Coplas populares en las *Cantigas* —Ejemplos de gallardía métrica.

Las bases esenciales de la versificación de las lenguas románicas son: el número de sílabas, el acento dominante dentro del verso (cesura) y al terminar el verso, la homofonía de las sílabas acentuadas al final de los versos (asonancia ó rima). No entra en esta versificación la cantidad prosódica de los griegos y de los romanos (1). Con el desarrollo natural del bajo latín coinci-

(1) Así lo entendió desde luego Friedrich Diez, el príncipe de los romanistas alemanes:

«Der provenzalische, so wie überhaupt der Vers der romanischen Sprachen unterscheidet sich wesentlich von dem lateinischen der höhern Poesie. Wenn der lateinische Versbau sich auf das Gesetz der Quantität oder Syl-

día el abandono del sistema de la cantidad, que no fué en Roma espontánea creación del idioma, sino artificial importación de las letras griegas, con la cual no se identificaron nunca las clases inferiores del Lacio y de las provincias de Roma.

De ello son irrefragable testimonio los versos populares de los romanos. Ocioso sería citar aquí los escasos vestigios que se conservan de los primitivos cantos de Roma, como el *Himno de los Arvales*, en el cual no hay huella de cantidad silábica (1). Baste recordar, como ejemplo, la canción que los soldados de César entonaban en honor de su egregio caudillo cuando volvían victoriosos de los galos:

«Ecce Cæsar nunc triumphat, qui subegit Gallias», etc.

Esta versificación, cuya esencia consiste en la numeración silábica y en la acentuación, no asoma, durante la época imperial, en las obras de la alta literatura latina, que nada tiene de popular; pero se conservaba en

benmessung gründet, so bestimmt dagegen den romanischen der Accent, der an der romanischen Sprachbildung einen merkwürdigen Antheil nimmt; von einer Messung der Sylben und von Versfüßen kann die Rede nicht mehr seyn. Die Grunlage des Verses bildet das Schema der Sylbenzahl, der Accent bezeichnet die Hebungen der Sylben, und giebt dem Schema seinen rhythmischen Charakter.» (*Die Poesie der Troubadours*, Zweiter Abschnitt.)

(1) Este *Himno de los hermanos Arvales* (doce sacerdotes de Ceres y Baco) pertenece á las más antiguas instituciones religiosas de Roma. Se conserva en el Vaticano, grabado en una lámina de mármol. Consta de una sola estrofa de cinco versos y una exclamación final ¡*Triumpe!* (Triumphe). El latín es tan primitivo y tan mezclado de vocablos exóticos, que apenas puede comprenderse. Tenemos á la vista tres versiones ó refundiciones de insignes filólogos (Hermann, Klausen, Galvani). Cada uno entiende y arregla el texto de diferente modo.

la poesía del pueblo. Más adelante, quebrantada y moribunda la espléndida dominación romana, aquella versificación, instintiva en el vulgo, toma vuelo, se amalgama con el latín á despecho de la métrica acompasada y sabia de los grandes poetas de Roma, y llega á constituir en las naciones románicas, como órgano de la poesía vulgar, una versificación nueva, flexible y armoniosa, con el triple carácter de *silábica*, *rítmica* y *asonantada* en un principio, y después *rimada*.

6. Han sido indispensables los profundos estudios modernos de filología comparada para hacer desistir á los gramáticos de su tradicional y estéril empeño de aunar la prosodia latina con la prosodia de las lenguas romances. Sus leyes fonéticas son diferentes, y por ello las tentativas hechas por insignes literatos para escribir *exámetros* en los idiomas neolatinos han resultado siempre temerarias y verdaderamente absurdas. Era intentar un imposible.

7. Bien al contrario de estos trastornadores de la prosodia de las lenguas neolatinas, Lope de Vega, cuando por antojo le ocurre escribir en latín octavas reales, prescinde de la métrica de la antigüedad, y aplica á la sabia lengua de Roma la acentuación rítmica del habla castellana (1).

(1) He aquí un ejemplo:

«Hoc jacet in sarcophago Rex ille
penultimus Gothorum in Hispania
infelix Rodericus, viator sile,
ne fortè pereat tota Lusitania:
provocatus Cupidinis missile
telo, tam magna affectus fuit insania,
quam tota Hiberia vinculis astricta,
testatur mœsta, lachrimatur victa.»

(*Jerusalén conquistada*, epopeya trágica, lib. vi.)

No era dable, en verdad, emplear como elementos de armonía poética, en lenguas dominadas por el principio *rítmico*, la cantidad de los romanos, esto es, las sílabas *largas* y *breves*, cuya inflexible relación matemática comprendemos, sin alcanzar á percibir su cadencia armónica (1).

Los orígenes primitivos de la versificación de las *Cantigas* son indudablemente las poesías populares y religiosas de la decadencia latina, cuando llegó á reinar en ellas el elemento rítmico. Pero como en el mundo intelectual preponderaban las letras de Francia y de Provenza, en ellas, sobre todo en las obras de los trovadores, maestros de la poesía lírica europea en los siglos XI y XII, hay que buscar principalmente los modelos inmediatos que inspiraban á Alfonso X las gallardas combinaciones métricas, el primoroso enlace de versos de diferente índole y medida, y las elegantes estrofas, ya majestuosas, ya de corte ligero y popular, que dan

(1) Don Juan María Maury, uno de los pocos literatos españoles que en su tiempo veían claro en esta materia, solía decir que la prosodia poética castellana consistía en *acentos dominantes* y *acentos dominados*.

Don Juan Nicasio Gallego declaraba que la armonía de los versos clásicos latinos, fundada en la cantidad, es un enigma para los modernos. «Acaso sería (palabras suyas) una canturía especial en la recitación de los versos, de la que no tenemos ahora idea alguna.»

Citaba Gallego como ejemplo el verso de Virgilio

«Inde toro pater Æneas sic orsus ab alto.»

Si se sustituyera *pā'ēr* con *mātēr*, nuestros oídos no advertirían diferencia eufónica alguna. Para los romanos desaparecería el exámetro, porque *pater* tiene dos sílabas breves, y *mater* una larga y otra breve. ¡Misterios de la rígida versificación *métrica* de la antigua Roma!

particular interés al Cancionero piadoso del sabio Monarca como estudio de la versificación románica del siglo XIII.

Pero esta versificación, que en aquella era se presentaba con tanto movimiento y arte, habíase formado lentamente, siguiendo los pasos de la poesía rítmica latina.

El origen, vicisitudes y triunfante predominio de esta poesía *rítmica* espontánea sobre la poesía *métrica* de la encumbrada y docta literatura de los autores clásicos, ha sido objeto de profundo estudio y de sabias investigaciones. Hoy, merced á los progresos de la moderna crítica filológica, no hay sombra alguna en esta ardua materia.

Había dos versificaciones latinas, que correspondían á los dos idiomas, el *sermo plebeius* (el habla del pueblo) y el *sermo patricius* (el habla aristocrática y literaria). La versificación *plebeia*, esto es, popular, existía desde los primeros tiempos de Roma, y es silábica y acentuada, ó lo que es lo mismo, *rítmica* (1), como lo es la poesía primitiva y sencilla de casi todos los pueblos antiguos.

De esta poesía y de esta versificación hablan muchos historiadores y poetas de la antigüedad (2).

De los primitivos cantares de la plebe romana quedan muy escasos vestigios (3). La mayor parte de es-

(1) El gramático Mauro Servio, autor de una *Arte métrica* (s. V.), dice de estos versos del vulgo, como teniéndolos en poco, que estaban compuestos únicamente *ad rhythmum*.

(2) Tito Livio, Valerio Flacco, Dionisio de Halicarnasò, Cicerón, Virgilio, Horacio, etc.

(3) Algunos pueden verse en el estudio del abate Van Drival, *Formes primitives de la poésie chez les peuples anciens*. (*Annales de philosophie chrétienne*, 1868, t. I.)

tos antiguos versos populares, que Dionisio de Halicarnaso llama himnos patrios (ἕμνοι πατριοί), había ya desaparecido en el siglo de Augusto. Los pocos que aun se conservaban, y los que las clases ínfimas seguían componiendo en el *sermo plebeius*, eran mirados como vil producción intelectual, indigna de las letras, por los ilustres poetas que cultivaban una lengua noble y purísima, y una versificación primorosa y acicalada. A Horacio, orgulloso de su elegancia helénica, daban grima los tales antiguos versos populares, llamados *saturnios*, y los calificaba de ásperos y rudos (*horridi*) (1). Cicerón, con más amplio sentido crítico, se lamenta de la pérdida de aquellos primitivos cantares, expresión ingenua y fiel del espíritu de la patria. «¡Ojalá existiesen (exclama) aquellos versos que, según los *Orígenes* de Catón, muchos siglos antes se cantaban en los banquetes en loor de los claros varones!» (2).

Más de un siglo antes había entrado casi de repente

-
- (1) «Græcia capta ferum victorem cepit, et artes
Intulit agresti Latio: sic *horridus* ille
Defluxit numerus *Saturnius*, et grave virus
Munditiæ pepulere: sed in longum tamen ævum
Manserunt, hodieque manent vestigia ruris:
Serus enim Græcis admovit acumina chartis.»

(Horacio: *Epistola*, lib. II, ep. I, v. 163, etc.)

- (2) «Utinam extarent illa carmina, quæ multis seculis ante suam ætatem in epulis esse cantitata a singulis convivis de clarorum virorum laudibus, in *Originibus* scriptum reliquit Cato!» (Cicerón: *Brunus*, XIX.)

la métrica griega en la poesía erudita de los romanos; pero jamás llegó á hacerse popular (1).

En los primeros siglos de la decadencia latina las clases bajas de las ciudades, y singularmente de los pueblos rurales, continúan entonando cantares rítmicos. Pero desde el siglo iv el Cristianismo, victorioso, emplea en las iglesias cánticos populares para gloria de Dios y propagación de la fe. En la versificación de estos primitivos himnos litúrgicos van confusamente mezclados el principio *métrico* y el principio *rítmico* (2).

Andando el tiempo, la tendencia irresistible de la nueva prosodia, que se abría paso con el latín corrompido del vulgo, y, por otra parte, las necesidades rítmicas de la música cristiana, que no podía amoldarse al apremio de la cantidad métrica de los romanos, acabaron por hacer predominar el ritmo en la versificación latina de la Edad-media.

De esta versificación latina rítmica nació indudable-

(1) Con elegancia explica León Gautier la persistencia en Roma de la poesía popular rítmica:

«Ces vers saturniens s'obstinaient à ne pas mourir.... C'est en vain que de grands poètes s'emparèrent de la métrique grecque et la firent servir à exprimer les pensées les plus délicates et les plus nobles. C'est en vain que les mètres trochaïque et iambique conquièrent une célébrité de bon aloi dans la société raffinée du temps d'Auguste. C'est en vain que Virgile porta l'examètre à sa perfection, qu'Ovide troussa lestement ses ravissants distiques et qu'Horace mania avec une incomparable dextérité tant de mètres empruntés à la Grèce. Malgré tout, la vieille poésie rythmique demeura la seule poésie à l'usage du peuple, et la *plebs* chantait toujours les vieux vers syllabiques et accentués dont, par malheur, un trop petit nombre est parvenu jusqu'à nous.» (*Les Épopées Françaises*, t. 1, chap. vii.)

(2) Los primeros himnos populares de esta especie fueron compuestos por San Ambrosio y cantados en la Iglesia de Milán en el año 386.

mente la versificación románica (1), cuyos elementos constitutivos fueron, desde luego, el número silábico, el acento, la asonancia, y desde mediado el siglo XI la rima. La asonancia se encuentra ya en la versificación

(1) Nada hay que pueda servir de más completo esclarecimiento en estas investigaciones de historia literaria que la profunda y luminosa polémica sostenida por los dos ilustres romanistas Gaston Paris y Léon Gautier, acerca de la fuente primordial de la versificación francesa ó románica: ¿Es ya poesía popular de los romanos, ó la poesía sabia, fundada en la cantidad, adulterada y transformada en los siglos de la decadencia latina?

Como no es dable reproducir aquí los argumentos y teorías expuestos por ambas partes con tanta habilidad como ingenio, nos limitaremos á consignar sintéticamente las conclusiones de ambos escritores.

Opini6n de Mr. Gaston Paris:

«La poésie latine rythmique du Moyen-âge vient *directement* de la poésie populaire des Romains, laquelle était fondée sur l'accent.

»La versification française est la suite naturelle de la versification populaire des Romains, qui s'est perpétuée à travers les bas siècles et n'a jamais péri.»

Opini6n de Mr. Léon Gautier:

«La poésie latine rythmique du Moyen-âge dérive de la poésie liturgique, de cette poésie qui fût métrique à l'origine, mais qui se modifia peu à peu sous l'influence de la poésie populaire, de l'accent, du syllabisme et de l'assonance.

»La versification française a été créée, *par analogie*, sur ces vers *chantés* de la poésie liturgique auxquels l'Église avait communiqué une popularité véritablement universelle....

»C'est sous la double influence de l'antique poésie populaire et de la poésie liturgique que les Romains ont créé leur versification rythmique.»

Como se advierte en esta última declaración de L. Gautier, no son profundas ni inconciliables las divergencias de doctrina entre los dos eminentes críticos.

latina del siglo IV (1): reina durante más de seis siglos, así en la poesía latina como en la poesía románica, y sólo es destronada por la rima cuando sustituye á la poética natural y sencilla, de índole popular, una poética más atildada y más artificial (2).

(1) Puede formarse idea de lo fácilmente que se adapta al asonante la eufonia del habla latina, por la siguiente estrofa de un himno de la Iglesia en las Visperas de la Purificación:

«Sumens illud Ave
Gabrielis ore,
funda nos in pace,
mutans Evæ nomen.»

(2) El docto Léon Gautier, prendado de la sencillez popular de los más antiguos monumentos poéticos de la Edad-media, no oculta la poca afición que le inspira el artificio de la rima. Es curiosa la forma desdeñosa en que manifiesta su opinión:

«Dans la poésie savante, l'assonance triomphe, presque sans rivale, de l'an 950 à l'an 1050. Et les hexamètres, comme les pentamètres, sont, à cette époque, assonancés intérieurement..... Il en est de même, soit à la fin des vers, soit intérieurement, pour la poésie chantée, pour la poésie des hymnes. Et cela jusque vers le milieu du XI^e siècle.

»Alors, mais alors seulement, se produit ce raffinement étrange et bizarre, qui s'appelle la rime..... Ce n'est plus la vieille, la simple, la sage assonance. C'est la rime, laquelle, en latin, atteint toute la dernière syllabe du mot et la voyelle de l'avant-dernière syllabe. Procédé de rhéteur, amusaille d'école.

»Eh bien! je crois être parvenu à prouver ailleurs que cette jolie invention nous est sans doute venue d'Allemagne, que sa date originelle n'y est pas antérieure à 1020, et qu'elle prit en France ses premiers développements vers 1060-1080, tant dans la poésie métrique et savante que dans la poésie rythmique et populaire.

»Mais, dans la versification française, les choses ne s'étaient pas passées tout à fait de la même façon.

»Dans les premiers monuments de la langue d'oïl, l'assonance atteint uni-

En los refranes, que es acaso donde se manifiestan en forma absolutamente espontánea los primeros acentos poéticos de los pueblos, domina el asonante. Basta á

quemement la *dernière voyelle accentuée*..... Notre *Cantilène de Sainte Eulalie*, notre *Passion*, notre *Vie de Saint-Léger*, notre *Chanson de Saint Alexis* sont assonancées de la sorte. Et il en est de même de la *Chanson de Roland* et de toutes les chansons de geste primitives.

»C'est plus tard, c'est au XIII^e siècle, c'est le jour où nos Romans cessèrent d'être uniquement chantés et écoutés, pour être désormais écrits et lus....., c'est ce jour-là qu'il fut décrété que tous les vers et tous les couplets épiques seraient désormais liés ensemble par des rimes et non par des assonances.....

»Mais le peuple, le vrai peuple, ne se convertit pas à la rime. Durant tout le Moyen-âge, pendant toute la Renaissance, à travers les splendeurs classiques des XVII^e et XVIII^e siècles, au milieu des extravagances et des débauches de la rime romantique, le peuple a gardé son vieil amour pour la bonne assonance du bon vieux temps. Elle lui suffit: il l'aime.

»Suivez ce montreur de reliques..... qui se met à chanter, sur un mode populaire, la vie, le supplice et la mort de son saint;

»Écoutez ce paysan dans son champ, répétant d'une voix traînante je ne sais quel refrain mélancolique derrière sa charrue et ses bœufs;

»Écoutez encore ce descendant des jongleurs, entouré d'un cercle de blouses bleues, entonnant une chanson au milieu d'un de nos faubourgs de Paris;

»Que disent-ils, que chantent-ils?

»Ce sont, bien souvent encore, des chants qui sont *assonancés* et non *rimés*.»

Gautier pone algunos ejemplos. Copiaremos aquí el más breve de ellos:

«L'automne glace les raisins,

L'hiver gèle les arbres,

Le laboureur souffre la faim,

On ne voit que désastres.»

(*Les Épopées Françaises*, t. I, chap. VIII.)

«On sait que l'assonance est la rime primitive, populaire.» (A. Loiseau: *Histoire de la langue française*, cap. II.)

las gentes sencillas é indoctas, para el halago del oído y la facilidad mnemónica que de ella resulta, la canturía producida por la semejanza de sonido entre las desinencias de los vocablos finales de cada uno de los dos períodos del refrán ó adagio. Con respecto á las lenguas de Portugal y de Castilla no hay que probarlo, porque sus Romanceros, fruto de la inspiración popular, demuestran por sí mismos que el asonante es armonía ingénita en aquellos idiomas. Pero lo propio acontece en el francés, lengua románica por excelencia. En sus refranes antiguos, siempre que toman forma métrica asoma el asonante. Sirvan de comprobación los siguientes ejemplos de proverbios franceses que, por ser verdaderamente antiguos, tomamos de los *Refranes del Comendador Hernando Núñez Pinciano*:

—Le vin répandre est bon signe,
le sel verser mauvaise mine.

—Musser (*esconder*) son trésor
devant les larrons.

—Par trop grande familiarité
on devient vil comme fumier.

—Petite étincelle
luit en ténèbres.

—Tu vas à Rome querir
ce que tu as à ton huis (*puerta*).

—Ouvre ta bourse,
j'ouvrirai ma bouche.

—Je battrai le buisson,
tu prendras les oiseaux.

—En vain l'anguille
a de l'aigle envie. Etc., etc.

Cuando se leen las poesías latinas litúrgicas y populares de los siglos medios, prescindiendo del insensato

empeño (no ha mucho tiempo abandonado) de encontrar en ellas la artificiosa y rígida combinación métrica de sílabas *largas y breves*, se siente verdadero deleite con la cadencia rítmica que resalta en ellas.

La armonía de sus versos era la nueva armonía que, indocta pero dichosamente, imponían las naturales leyes prosódicas (cuya esencia era el acento) de los nacientes idiomas románicos.

La Iglesia en sus himnos y secuencias hizo gala de juegos métricos que hubieron de servir de modelo á los poetas de las lenguas vulgares. Versos de diferente medida gallardamente combinados, mezcla de llanos y esdrújulos en los vocablos finales, todas las gentiles audacias de forma y de ritmo en que sobresalieron troveros y trovadores, se encontraban ya en los cantos sagrados. No cabe mayor movimiento métrico que el empleado en las estrofas de algunas secuencias. Puede citarse, entre otros innumerables ejemplos de soltura métrica, el cántico á Santa Inés, de Adam de Saint-Victor. He aquí algunas estrofas verdaderamente poéticas:

«Contrectantes sacrum florem,
respiremus ad odorem
respersæ dulcedinis.

Pulchra, prudens et illustris,
jam duobus Agnes lustris
addebat triennium.

Proles amat hanc præfecti;
sed ad ejus virgo flecti
respuit arbitrium.

Mira vis fidei!
mira virginitas!
mira virginei
cordis integritas!

(Al tocar la sagrada flor, respiremos el suave aroma que exhala.

Hermosa, cuerda é ilustre, ya había añadido Inés tres años á los dos primeros lustros.

La ama el hijo del Prefecto; pero la doncella resiste animosa á sus deseos.

¡Maravillosa fuerza de la fe! ¡Pureza admirable! ¡Prodigiosa entereza de un alma virginal!

Sic Dei Filius,
nutu mirabili,
se mirabilis
predit in fragili.»

.....

Así el Hijo de Dios, con admirable designio, se muestra más admirable en instrumento frágil.)

Merece recordarse asimismo, como notable por la lozania de su versificación rítmica, el himno que el mismo Adam de Saint-Victor dedicó á la Asunción de Nuestra Señora, uno de los más bellos cantares del parnaso católico (1). Comienza así:

«Salve, Mater Salvatoris,
Vas electum, vas honoris,
Vas coelestis gratiæ;
Ab æterno vas provisum.
Vas insigne, vas excisum
Manu Sapientiæ.
Salve, Verbi sacra Parens,
Flos de spinis, spina carens
Flos spineti gloria.»

.....

(Salve, Madre del Salvador,
Vaso de elección, vaso de honra,
Vaso de gracia celestial,
Vaso prevenido desde la eternidad.
Vaso insigne, vaso formado por
mano de la Sabiduría.
Salve, sagrada Madre del Verbo,
Flor de espino sin espinas,
Flor gloria del espinar.....)

Secuencia tomada de antiguos misales de las Iglesias de Occidente:

«Stella prodit Puerum
conditorem siderum,
et ultorem scelerum,
Deum fortem.

(La estrella anuncia al niño creador de los astros, vengador de las maldades, Dios poderoso.)

(1) Adam de Saint-Victor, natural de Bretaña; sabio comentador de la Biblia y excelente poeta. Murió en el año 1177.—La colección de sus himnos ó *secuencias* puede verse en la *Patrología latina* de Migne, t. cxcvii, página 1423 á 1534.

Quem mystico munere
monstrat cuncta regere
et tandem redimere
nos per mortem.»

Al cual místicas obras proclaman
árbitro del mundo, y nuestro re-
dentor por su muerte.)

*Estrofa de un himno á San Pedro, de la Iglesia gó-
tica de España (Breviario mozárabe):*

«Et clave illa coelica
solvens catenas criminum,
illic reos inducito,
quo clarus exstas janitor.»

(Desata con la llave del cielo las
cadenas de nuestras culpas, y con-
ducenos al alcázar de que eres egre-
gio portero.)

Citemos, por último, algunos versos del hermoso
cántico de la Epifanía, del poeta Cayo Sedulio (s. V),
el cual, aunque escribió un poema, *Carmen Paschale*,
en exámetros, emplea el ritmo libre del pueblo en los
cantares de la Iglesia. Después de exclamar,

«Crudelis Herodes, Deum
Regem venire quid times!»

(¿Qué temes, cruel Herodes, del
advenimiento de un Dios Rey?....)

escribe estas cadenciosas estrofas:

«Non eripit mortalia,
qui regna dat coelestia.
Ibant Magi, quam viderant
stellam sequentes præviam;
lumen requirunt lumine;
Deum fatentur munere.

Lavacra puri gurgitis
coelestis Agnus attingit:
peccata quæ non detulit,
nos abluendo sustulit.»

(No arrebatara reinos mortales
quien los da en el cielo. Camina-
ban los Magos siguiendo á la estre-
lla que habían visto y que los pre-
cedía. La luz los condujo á la luz.
Sus presentes proclaman á un Dios.
El celeste Cordero tocó la onda
del lavadero de pureza. En un baño
místico lava en nosotros pecados
que no había cometido....)

Pero, ¿á qué citar, al azar, estos versos silábicos latinos, cuando son innumerables los que pueden encontrarse en los libros litúrgicos de la Iglesia católica y en colecciones de monumentos literarios latinos de la Edad-media (1)?

La historia ofrece interesantes testimonios de la confusión é incertidumbre que, en materia de prosodia poética, reinaba en aquellas apartadas edades.

Gregorio de Tours, en el riguroso juicio que forma de Chilperico, su contemporáneo, después de compararlo con Nerón y de referir su desastrosa muerte, dice estas palabras:

«Como discípulo de Sedulio, escribió dos libros, cuyos versos claudican....., pues por ignorancia puso sílabas breves por largas, y largas por breves (2).»

Refiriéndose á estos mismos versos, ya había dicho que «no corresponden á ningún sistema métrico» (3). El santo Obispo é historiador, del siglo VI, que no había aprendido gramática, y, según él mismo confiesa, hablaba un idioma áspero y tosco (*crudæ rusticitatis*), no debía de ser muy competente en materia de métrica. El prescindir Chilpérico de sílabas largas y breves no era acaso ignorancia, como afirma Gregorio de Tours. Habría tal vez iniciado su maestro Sedulio (que en el *Carmen Paschale* intentó imitar á Virgilio) en las prescripciones doctrinales de la versificación de los grandes poetas ro-

(1) *Patrologia* de Migne.—Edélestand du Ménil: *Poésies populaires latines du Moyen-âge*. Paris, 1843-1847. *Hymnorum Ecclesiasticorum. Collectio antiqua*, en el libro de A. F. Ozanam: *Documents inédits pour servir à l'histoire littéraire de l'Italie depuis le VIII^e siècle jusqu'au XIII^e*, etc.

(2) *Historia Francorum*, lib. VI, § XLVI.

(3) *Idem id.*, lib. V, § XLV.

manos; pero es verosímil que el monarca merovingio,preciado de literato, se dejase arrastrar, sin caer en ello, por el creciente impulso de la armonía rítmica (y no métrica) que imperiosamente avasallaba la prosodia de las lenguas románicas y del mismo idioma latino decadente.

En los versos latinos de aquellos remotos siglos se hallan los tipos de la versificación de las modernas lenguas romances. Con respecto á la castellana, es visible la métrica progenie cuando se comparan la medida, la acentuación y la armonía de aquellos versos populares con los que han prevalecido en la versificación moderna.

En aquella estrofa de seis versos, tan fluida y cadenciosa que llegó á hacerse clásica en la poesía litúrgica, de la cual es ejemplo la siguiente:

«Mira floris pulcritudo
Quem commendat plenitudo
Septiformis gratiæ!
Recreemur in hoc flore
Qui nos gustu, nos odore,
Nos invitat specie»,

ya está formado nuestro popular octosílabo, y además el verso hexasílabo.

Las mismas coincidencias métricas hallamos en varios himnos eclesiásticos, y entre ellos en el

«Pange lingua gloriosi
Corporis mysterium»
.....

y en la prosa rimada

«Stabat Mater dolorosa
Juxta crucem lacrymosa
Dum pendebat Filius.»
.....

La terrible prosa ó secuencia

«Dies iræ, dies illa
Solvat sæclum in favilla,
Teste David cum Sibylla.

.....
Tuba mirum spargens sonum
Per sepulcra regiõnum,
Coget omnes ante thronum.
Mors stupebit et natura
Cum resurget creatura.....

está toda, como se ve, escrita en octosilabos (1).

En el himno

«Jesu dulcis memoria,
Dans vera cordi gaudia:
Sed super mel, et omnia,
Ejus dulcis præsentia.
Nil canitur suavius,
Nil auditur jucundius,
Nil cogitatur dulcius
Quam Jesus Dei Filius»

y en otros semejantes, se encuentra la cadencia de los heptasílabos castellanos (2).

Los endecasílabos, que tan noble y glorioso empleo

(1) «Cette prose rimée dans laquelle saint Thomas d'Aquin ne dédaignera pas de composer ses hymnes, cette prose du *Dies iræ* et du *Stabat Mater*, n'est-elle pas destinée à devenir le type de la versification dans toutes les langues modernes?» (Ozanam: *Documents inédits, etc. Des écoles en Italie aux temps barbares.*)

(2) Debe advertirse que estos tres himnos son del siglo XIII, en el cual la poesía vulgar estaba formada, y que ésta y la latina de los himnos podían ejercer entre sí, en cuanto á las formas rítmicas, reciproca influencia.

habían de tener en las literaturas de Italia, Portugal y España, se encontraban ya muchos siglos antes (especialmente los sáficos) en idioma latino. Véanse de ellos muchos ejemplos en himnos de autores que, creyendo imitar á Horacio, componían versos silábicos. Pero uno de los más palpables y curiosos testimonios de esta tendencia rítmica vulgar nos lo ofrecen las *Antigüedades* de Muratori (1), en la canción popular que entonaban en 994 para animarse á la defensa de sus hogares los habitantes de Módena, amenazados por las correrías de los feroces guerreros de Hungría:

«O tu qui servas armis ista moenia,
Noli dormire, quæso, sed vigila!
Dum Hector vigil extitit in Troia,
Non eam cepit fraudulenta Græcia.»

En estos versos vive todavía el idioma latino, y no carecen de elegancia. Lo que ya asoma poco en ellos es la prosodia clásica de los romanos. Verosímilmente, habrían parecido insonoros á Horacio y á Tibulo, mientras que á nuestros oídos suenan gratos y armónicos como los endecasílabos castellanos (2).

Ocioso parece entrar aquí en consideraciones relativas á las hipótesis de algunos eruditos acerca de la formación indígena del endecasílabo castellano, nacido de la contraposición de acentos en los versos de arte ma-

(1) *Antiquit.*, III, 709.

(2) Tales resultan fácilmente haciendo de ellos una traducción literal:

Tú que guardas con armas estos muros,
No te entregues al sueño, sino vela!
Mientras Héctor alerta vivió en Troya,
No la pudo vencer la astuta Grecia.

yor, cuyo movimiento rítmico les daba cierta semejanza con los endecasílabos italianos.

En las *Trescientas*, de Juan de Mena, se hallan á cada paso estos endecasílabos anapésticos; *dodecasílabos mutilados*, cuya acentuación defectuosa produce versos de infima laya y de vulgarísimo ritmo.

¿Cómo comprender que un versificador tan firme y ejercitado como Juan de Mena mezclase deliberadamente versos de diferente medida, sin relación armónica entre ellos, produciendo desapacible impresión al oído, en vez de grata y cadenciosa eufonia?

Para explicar esta métrica anomalía han apelado algunos críticos á paradójicas invenciones. Unos han imaginado que se pronunciaba la primera sílaba del *dodecasílabo mutilado* con la lentitud necesaria para compensar la sílaba que falta. Alguno ha pretendido, sin verdadero fundamento, que la compensación se halla en el segundo hemistiquio, dándole siete sílabas. El Sr. Morrel Fatio, el más ingenioso de todos ellos, admite, como explicación de tan fenomenal versificación, la introducción de una cesura puramente lírica sobre la quinta sílaba atónica; cesura incomprensible, que suponen indispensable para que pudiesen ser cantadas las populares coplas del famoso poeta.

Ninguna de estas explicaciones puede ser convincente, y nada en verdad basta á justificar extrañas irregularidades de versificación, que producen tal desabrimiento fonético (1).

· Aquí debemos prescindir de aquellos endecasílabos bastardos que sólo el número de sílabas tienen de tales,

(1) Con razón las llama el Sr. Menéndez y Pelayo *monstruosidades métricas*.

y al azar se encuentran aislados en las cantigas galaico-portuguesas. Nunca constituyeron en España un tipo determinado de verso, como lo fué el alejandrino y el de doce sílabas.

Nos referimos únicamente á los nobles y armoniosos endecasílabos que, inspirados por Dante y Petrarca, asomaron ya claramente, si bien con graves imperfecciones, en las poesías de Imperial y de Santillana. No mucho después, perfectamente comprendidos y con gala y gallardía formados por Boscan, Garcilaso, Ercilla, Camoens y otros insignes vates, fueron, por su noble y majestuosa eufonía, gloria y encanto de la poesía épica y lírica de Portugal y de Castilla.

Fué Italia la creadora de este elegante metro, y parece evidente que la poesía latina *rítmicamente* pronunciada, tuvo parte esencial en esta noble forma métrica.

Esta opinión la vemos ya indicada en los escritos de un escritor insigne del siglo xvi. En un comentario de Castelvetro, relativo á un curioso pasaje del tratado del cardenal Bembo *Della Volgar Lingua*, en el cual raciocina éste acerca de la influencia del idioma y de la poesía provenzal en la lengua y la métrica de los italianos, aquel sabio y perspicaz filólogo modenés hace notar que los versos de Italia proceden principalmente, no de la poesía provenzal, sino de la poesía latina.

Así se expresa, atribuyendo progenie latina al *endecasílabo*, que fué la sonora y triunfante forma métrica que emplearon Dante, Petrarca, Ariosto, Tasso, Alfieri, Monti, Leopardi y tantos otros ilustres poetas de Italia:

«Ora non mi si dimostra che i versi rotti sieno trovamento della Provenza, o che l' Italia gli abbia presi da lei; perchè molte maniere ne abbiano usate i più anti-

chi Toscani, e meno i meno antichi. Anzi crederei che il verso volgare, o intero o roto, sia stato trovato dagli Italiani per questa pruova che l' uno e l' altro sono tratti da' versi latini antichi, come apertamente mostremo, ed è da stimare che gl' Italiani gli abbiano presi e meglio e prima, si come più intendenti della lingua latina e de' versi latini che i Provenzali.....

»Quando adunque il verso volgar è di undici sillabe, ed ha accento aguto in su la sesta, è preso dal Falecio, chiamato comunemente *endecasillabo*; il quale ha di necessità la sesta sillaba lunga, e la decima; in luogo della quale lunghezza latina sottentra l' agutezza volgare così:

Cui dono lepidūm novum libellum
Che per cosa mirabile s' addita.

»Ma quando è di undici sillabe, ed ha l' accento aguto in su la quarta sillaba, è preso dal verso chiamato Saffico: che ha di necessità la quarta, e la decima sillaba lunga, si come il volgare ha l' accento aguto in su quarta ed in su la decima, così:

Jam satis terris nivi, atque dīra.
Voi ch' ascoltate in rime sparse il suono.

Ibis liburnis inter alta navium.
Vinca il cuor vostro in tanta sua vittoria.

»Ora i Volgari usarono l' uno e l' altro verso indifferentemente (il *Falecio* e il *Saffico*.)»

Castelvetro asimila á las latinas otras formas de la versificación italiana (1).

(1) *Opere del Cardinale Pietro Bembo*, ora per la prima volta tutte in un corpo unite. In Venezia, MDCCXXIX.—Tomo II, *Della volgar lingua*, primo libro.

Los poetas franceses (trovadores y troveros) adoptaron para la versificación todas las formas que campeaban en los cantos religiosos ó profanos de la latinidad popular, aumentando sin escrúpulo las combinaciones métricas y la extensión y disposición silábica de los versos. El alejandrino, por ejemplo, aunque León Gautier lo juzga nacido del asclepiadeo latino (1), más bien parece formado por los mismos poetas románicos de la unión de dos versos rítmicos menores.

Gautier manifiesta aversión al verso alejandrino, que llegó á lograr grande aceptación en la Edad-media, y reina en cuarenta y cuatro *Canciones de Gesta* (2). También los poetas provenzales, portugueses y castellanos cultivaron con afición este verso, á pesar de su indudable monotonía, por juzgarlo adecuado á asuntos narrativos, y propio, además, de las inspiraciones líricas que requerían cierta majestad en la forma.

En el idioma provenzal abundan menos que en el francés los versos alejandrinos; pero también los componían los trovadores con naturalidad y sin esfuerzo. He aquí una breve muestra, todavía ruda en el lenguaje, pero muy poética, tomada de uno de los primitivos monu-

(1) «L'*Alexandrin* dérive, suivant nous, de l'asclépiade latin, de l'asclépiade liturgique, de l'asclépiade chanté, et nous avons déjà fait voir combien peu il importait, à raison de ce chant, que l'accent tonique, en latin et en français, fût ou ne fût point placé sur la même syllabe.» (*Les Épopées Françaises.*)

(2) «L'invention de l'*Alexandrin* nous paraît avoir été désastreuse pour nos chansons de geste et, en générale, pour notre poésie nationale. L'*Alexandrin*, au Moyen-âge, est généralement lourd, monotone, fatigant.... Aux XII^e et XIII^e siècles, l'*ennxi* sort trop souvent de ce grand vers: il endort.» (*Les Épopées Françaises.*)

mentos de la poesía occitánica, *Lo novel Confort*, escrita para inculcar la idea de que el ejercicio de la virtud es el mayor consuelo:

«Tota la vostra vida es un petit dormir;
dormént vos soyma un soyme de plazer;
pár-vos que vostre soyme non poisa deffalhir,
mout sbay seré e trist al resperir» (1).

La poesía del *Cancionero de Santa Maria*, hija y sucesora, como toda la poesía galaico-portuguesa de los siglos XIII y XIV, de la poesía provenzal y francesa, no sólo imita sus primores métricos, sino que los aumenta, y á veces adopta con preferencia en la versificación formas de carácter indígena. Esto acontece con el verso octosílabo; metro que, desde el siglo XI, usaron ya los provenzales (2), pero que llegó á hacerse genial de las razas de Castilla y de Portugal, como lo patentizan los romanceros de ambas naciones.

La metrificaci6n de las *Cantigas* es tan varia y abun-

(1) Traducci6n libre:

¡S6lo es un breve sueño vuestra vida!
Os brinda ese dormir dicha falaz;
Juzgáis sin fin el deleitoso sueño;
Mas qué triste sorpresa al despertar!

(2) Encontramos versos octosílabos en las poesías del Conde de Poitiers, el más antiguo de los trovadores conocidos, y en las de Giraut le Roux, Bernart de Ventadorn, Peire Raimon de Tolosa, Bertran de Born, Arnaut de Maroill, Peire Vidal, Peire d'Alvernhe, Hugues de la Bachélerie, Guiraut Riquier y otros varios.—Muestras: la canción del Conde de Poitiers, que empieza:

«Farai chansoneta nueva
ans que vent, ni gel, ni plueva»; (siglo XI.)

.....

dante, que abarca desde los versos de cuatro hasta los de diez y siete sílabas. Pérez Bayer, en sus notas á la *Biblioteca* de Nicolás Antonio (t. II, pág. 80), pone muestras de la opulenta versificación de Alfonso X; pero, por no tener presente que la vocal última de los versos, cuando es aguda, cuenta por dos sílabas, cometió graves yerros en el cálculo de las sílabas de los metros que cita (1).

En el mismo siglo XI se escribían también, en octosílabos de rudo lenguaje, canciones piadosas como se ve en la publicada por Paúl Meyer:

.....
Ancela soí damrideu (*Señor Dios*)
si cum tu dit o cre eu:
maire serai damrideu,
e pois *virgo Maria*, etc., etc.
(*Anciennes poésies religieuses en langue d'oc*. Paris, 1860.)

En el siglo siguiente continuaban los provenzales empleando el octosílabo en sus poesías. Sirva de muestra una aguda canción de Bertran de Born:

.....
«Tant es d' amorosa mena (*semblante*)
qu'ieu morrai si no m' estrena
d' un dous bais (*dulce beso*);
mas ab trop d' erguelb m' eslais
de tota beutat terrena» (siglo XII).

(1) Pone Pérez Bayer estos versos como de seis y siete sílabas alternados:

«Macar poucos cantares
acabei e con son,
Virgen, dos teus miragres,
peço-ch' ora por don
que rogues, á teu Fillo
Deus que él me perdon.....»

(Cant. CXL)

Son todos heptasílabos.

Empieza la lista de ellos por los de seis sílabas, sin haber advertido que en el Cancionero no faltan los de cuatro y de cinco (1). Dice también con inexactitud que no

(1) De cuatro sílabas, y el último verso de siete:

«Con seu ben
sempre uen
en aiuda
connoçuda
de nós Santa María.»

(Cant. cxv.)

De cinco sílabas:

«Marauillosos
et piadosos
et muy fremosos
miragres faz
Santa María,
a que nos guía
ben noit' e dia
et nos da paz.»

(Cant. cxxxix.)

Los poetas latinos de aquella edad nos ofrecen asimismo ejemplos del fácil desembarazo con que empleaban los metros más cortos hasta en asuntos graves. El P. Fidel Fita nos ha proporcionado uno de estos ejemplos.

El docto académico ha examinado últimamente (Abril, 1890) en la Biblioteca de El Escorial un códice (sig. 2.—iij—9), en el cual un autor desconocido, pero indudablemente anterior á la segunda mitad del siglo XIII, ha escrito en verso rápido latino los milagros de las *Cantigas LXVI* y *CXXV* de Alfonso X, que corresponden á las leyendas *Mariales 33* y *42* de Gil de Zamora, publicadas en el tomo VII del *Boletín de la Real Academia de la Historia*.

—Gil de Zamora, 33.—Códice fol. 100 vuelto, 101 recto y vuelto. Su título es en el códice: *De quodam Episcopo nomine Bonus.....*

hay en las *Cantigas* versos de quince sílabas. Son, en verdad, desabridos é insonoros, pero existen en aquellos sagrados cantares (1). Señala, por último, como de

Octavas de versos tetrasílabos, rimados los pares. Ejemplos:

«Presul erat Deo gratus, de Francorum gente natus. Bonus erat ei nomen, quod designat bonum omen.»	«Qui non credis istam vere rem, ut dico, se habere. Vade, et fac tibi fidem, vestem videns hanc ibidem.»
---	---

—Gil de Zamora, 42.—Códice fol. 101 vuelto, 103 recto. Su título en el códice: *De bono Episcopo*.

Estrofas de pie troqueo, como en el himno *Tantum ergo*:

«Hunc venite,—et audite Omnes servi Domini; volo nanque—rem narrare, quam a quodam didici.»	«Immo illam—novam nuptam, quam accepi, linguere, et te meam—primam sponsam si placet suscipere.»
--	---

«Una tecum—et cum Nato,
qui vivos et mortuos
judicabit—ad extremum,
et per ignem seculum.»

Este hallazgo del P. Fita, de milagros poéticos latinos, nos hace recordar que también hay uno escrito en verso, entre las leyendas Mariales latinas de Pothon.

(1) Versos de quince sílabas:

«Pois ulron o perigo tal, gemendo et chorando
os santos todos a rogar se fillaron, chamando
por seus nomes cada uun d' eles, muito,lles rogando
que os uëssen acorrer polas ssas pïedades.»

(Cant. xxxvi.)

diez y seis sílabas versos que en realidad tienen diez y siete. Estos versos, poco dignos de este nombre, son inconcebibles, dada la particular eufonía del sistema métrico de los idiomas neolatinos; y Alfonso X, en su afán de dar toda la amplitud posible á la versificación, cometió una verdadera temeridad literaria. Para que no parezca exorbitante este juicio, copiaremos aquí algunos de estos versos que censuramos:

Dizend' aquesto a Emperadriz muit' amiga de Deus,
uyú uijr hũa naue preto de sí chũa de romeus
de bũa gente, que non aulá y mourôs nen judeus.
Pois chegaron, rogou-lles, muito chorando dos ollos seus.....»

En versos de tanta longitud, con un movimiento ortológico inseguro por falta de cesuras rítmicas en sílabas determinadas, es imposible hallar la verdadera cadencia métrica, y hasta la lectura es difícil. Es asombroso que el rey Alfonso tuviese habilidad bastante para sujetar tales versos al ritmo musical. Debe de ser una especie de recitado.

Los endecasílabos de las *Cantigas*, cuya acentuación es la del endecasílabo provenzal, no pueden satisfacer á oídos modernos, acostumbrados á una acentuación más regular y más armoniosa.

«Ca pero auemos enfermidades
que merecemos pernossas maldades,
atan muitas son as sas piedades
que sa uertude nos acorr' agynna.»

(Cant. LIV.)

¡Cuán pobre cadencia, comparada con la hermosa de las fluidas y sonoras octavas portuguesas del inmor-

tal poema *Os Lusíadas!* Don Alfonso quiso probablemente adaptar á este metro la acentuación métrica francesa, y no acertó con la noble armonía rítmica, que, como hemos visto, habían sabido encontrar en los endecasílabos latinos los poetas de los tiempos bárbaros.

A veces daba el rey Alfonso con endecasílabos, tales como los entendían y formaban ya poetas italianos de su época:

«Aqueste non falaua nen oya....
.....
e chorand' e mugíndo lle rogaua.»

(Cant. LXIX.)

Pero los escribía como al azar, sin darse cuenta de su peculiar cadencia armónica, mezclándolos con otros de tan perversa estructura como desagradable sonido.

En general, en los metros de *gran maestría* es algún tanto premiosa la versificación de las *Cantigas*; pero, en cambio, en los versos cortos la metrificacón es siempre armónica y lozana, y el que llega á familiarizarse con la pronunciación del idioma galaico-portugués, tan dulce y melodioso como flexible y abundante, siente verdadero deleite con la recitación de metros tan atildados y cadenciosos.

Era el regio poeta tan diestro como atrevido rimador; pero á par del esmero y acicalamiento que empleaba en la disposición de los versos y de las estrofas, incurría á sabiendas en inadmisibles audacias. No sólo hace cabalgar en el siguiente la frase con que termina un verso (cosa frecuente y admitida en todas las literaturas), sino que lleva su desembarazo hasta dividir las palabras,

haciendo rimar los fragmentos de ellas con los versos inmediatos (1).

Ejemplos:

«et logo cras *manaman*
di a meu fillo que ponna
esta omagen de *San-*
ta María»

(Cant. ccxcii.)

«que non *desuia*
da boa *via*
que *leuaría-*
nos ú *deuia*.....»

(Cant. xi das Festas de Santa María.)

«Aqueste mour' *era*
d' aquel ome seu
catiuo, et *fera-*
ment era encreu.»

(Cant. cxcii.)

Podríamos añadir innumerables casos semejantes. Baste decir que sólo en la cantiga cxcv se parten cinco adverbios en *mente*.

Alguna vez paga excesivo tributo á la imitación provenzal haciendo juegos acrósticos, como en la cantiga de loor LXX, cuyas cinco estrofas empiezan con sendas letras del nombre de MARÍA. Pueriles combinaciones semejantes hizo también Petrarca, imitando de igual modo la poesía de los trovadores.

(1) Verdad es que esto de partir las palabras finales de los versos es cosa usada por los líricos de la antigüedad (Píndaro, Horacio), y todavía lo hicieron algunos poetas del Renacimiento (Ariosto, Fr. Luis de León, etc.).

Las exigencias del canto eclesiástico obligaban al poeta en ciertos casos á dar forma particular á sus cantares. Así, por ejemplo, en las cantigas CCCVIII y CCCXVII se repite monótonamente el estribillo cada dos ó cada cuatro versos. Puede conjeturarse que hubieron de ser cantadas en la iglesia como una especie de letanía.

Por lo demás, cuando Alfonso prescinde de la imitación docta y artificial, y se entrega á las ingenuas expansiones de la inspiración popular, sus cantares toman cierto carácter de *dórica* sencillez, según la expresión de Ticknor, y la versificación corre espontánea y tersa, en metros no usados todavía en la poesía castellana escrita, pero que, por lo eufónicos y cantables, habían de ser gratos al vulgo, que instintivamente se paga siempre de lo más natural, llano y perceptible.

El verso octosilabo, que sin presunción literaria cultivaban las gentes indoctas en romances que, en su primitiva y genuina forma, no han llegado hasta nosotros (1),

(1) El Arcipreste de Hita habla de las poesías recitadas por los ciegos en su tiempo (primera mitad del siglo XIV).

«Cantares fis algunos de los que disen los ciegos.»

(Copla 1.488.)

Algunos de estos cantares populares del Arcipreste, los cuales, según él mismo dice, «non cabrian en dies priegos», fueron escritos en versos octosílabos. Que sabía hacerlos fácilmente lo prueba su canción á Santa María, que empieza así:

«Santa Virgen escogida,
de Dios Madre muy amada
en los çielos ensalzada,
del mundo salud è vida, etc.»

Las estrofas de esta canción están enlazadas entre sí por el ridículo sis-

es uno de los metros que el Monarca trovador ha manejado con mayor desembarazo y gala. Se deja llevar de tal modo del estro intuitivo de las clases inferiores, que hay á cada paso en las *Cantigas* coplas y trozos narrativos, y aun destellos poéticos de índole primitiva, que parece que han brotado del pueblo mismo. Copiemos en prueba algunas coplas:

«Omildade con pobreza
quer a Virgen coròada,
mais d' orgullo con riqueza
e ela mui despagada.»

(Cant. LXXV.)

tema provenzal que Guiraut Riquier llama *Canson redonda*, según el cual el verso final de cada estrofa se repite al principio de la siguiente.

También demuestra cuán familiarizado estaba el Arcipreste con el octosílabo su *Cantiga de los Escolares*, de la cual copiamos la siguiente estrofa como prueba de su artificio métrico:

«De los bienes deste siglo
non tenemos nos pesar,
vivimos en grant periglo
en vida mucho penada,
ciegos, bien como vestiglo,
del mundo no vemos nada.»

Aquellos versos de los ciegos, sencillos é iliterarios cantares del vulgo castellano (que el ingenioso Juan Ruiz, con su libre espíritu, no se desdénaba de imitar), son los que desearíamos especialmente conocer ahora. Pertenecen sin duda al siglo XIII, y debieron ser expresión fiel y sincera de los sentimientos y de las tradiciones nacionales.

Lamentable es en alto grado la pérdida de aquellos primitivos cantares del nacimiento y proezas de Bernardo del Carpio y otras obras poéticas, inspiradas por el hazañoso espíritu del pueblo castellano; *cantares de gesta*, de cuya existencia dan irrefragable testimonio la *Estoria de Espanna*, la *Crónica General* y la *Historia Gothica* (*De Rebus Hisp.*, lib. IV).

«Con dereit a Virgen santa
a nome *Strela do día*;
ca assí pelo mar grande
come pela terra guía.»

(Con razón la Virgen santa
se llama *Estrella del día*;
que así por el mar inmenso
como por la tierra guía.)

(Cant. cccxxv.)

«Sobe los fondos do mar,
et nas alturas da terra
a poder Santa María,
Madre do que tod' enserra.»

(En los abismos del mar,
de la tierra en las montañas,
imperio tiene la Virgen,
Madre del que al mundo abarca.)

(Cant. cxchl.)

De índole tan popular es la entonación de estas coplas, que parecen seguidillas españolas.

Veamos ahora una muestra de octosílabos narrativos:

«Hũa moller ouu' un fillo
que mui máis ca sí amaua,
boýnno d' uuns doz' anos,
et sempre ss' en él cataua
en cóm' era fremosynno,
et mil uezes lo beijaua
como madr' a fillo beija,
con que muit' afan padece.....», etc., etc.

(Cant. cccxxxI.)

(Una mujer tuvo un hijo
que más que á sí misma amaba.
No ha cumplido doce años;

y siempre en él se miraba,
porque era gentil y hermoso;
y mil veces lo besaba,
cual besa una madre á un hijo
que de afán le llena el alma.)

Aquí están ya el tono y el lenguaje del romance popular narrativo, que, en los idiomas de Castilla y de Portugal, había de ser tesoro inestimable de los sentimientos, de las creencias y de las fantásticas y caballerescas ilusiones de aquellos dos nobles y vigorosos pueblos.

Terminaremos este somero examen de la versificación de las *Cantigas* presentando breves muestras de los primores métricos que ha reunido en esta singular colección de leyendas milagrosas la caudalosa fantasía de D. Alfonso el Sabio.

He aquí algunas estrofas de la linda cantiga simbólica de *Musa*, muchacha frívola y atolondrada que tuvo en sueños la deleitable visión de la Santa Virgen, y quiso irse con ella, desdeñando desde aquel punto las alegrías mundanas:

«E esto facendo, a mui Groriosa
pareceu-lle en sonnos sobeio fremosa,
con muitas meninnas de marauillosa
beldad; e porén
quiséra-se Musa ir con elas logo;
mas Santa Maria lle dis: Eu te rogo
que sse mig' ir queres, leixes ris' e iogo
orgull' e desden.

.....
A uint' e seis dias tal féuer aguda
fillou log' a Musa, que iouue tenduda,
e Santa Maria ll'ouu' apareçuda,
que lle disse:—Ven.
.....

¡Ay, Santa María!
quem se per vos guía
quit' é de folía
e senpre faz ben.» (1)

(Cant. LXXIX.)

Como muestra de desembarazo, y al propio tiempo del abuso que se hacía de la repetición de la rima para dar mayor realce á la canturía musical, citaremos una estrofa de la cantiga CXCII:

«O om' entendudo
foi et de bon sen,
et apercebudo
de guardar mui ben

(1) He aquí la traducción de algunos de estos versos, si no literal en las palabras, absolutamente fiel en el metro, á fin de que los no versados en la lengua de las *Cantigas* puedan formar idea de la soltura, variedad y gala con que manejaban la versificación los poetas galaico-portugueses:

Y en su santo anhelo la Virgen gloriosa
le aparece en sueños por extremo hermosa,
con muchas doncellas de maravillosa
beldad; y también

Musa quiere, al verlas, ir con ellas luego;
mas Santa María le dice: Te ruego,
si quieres seguirme, dejes risa y juego,
orgullo y desdén.....

Á poco, de fiebre mortal abrasada,
y en doliente lecho la niña postrada,
de nuevo aparece la Virgen sagrada,
y le dice:—Ven.

.....
¡Ay, Santa María!
quien por Ti se guía,
sigue cuerda y pia
la senda del bien.

o mouro baruudo
falss' e descreudo;
et come sisudo
o mandou meter
en logar sabudo
d'aliub' ascondudo,
et dentr' estendudo
o fezo iazer.»

Conveniente juzgamos recordar también, para encarecer cual merece la soltura del metrificador, las tres últimas estrofas de la cantiga ccc. Es el curioso cantar en que el Sabio Rey revela que había gentes perversas que hasta le censuraban que compusiera la letra y la música de las *Cantigas* en honor de la Madre de Dios. Causábale esto pesar harto profundo, y es de presumir que si la complicada combinación métrica de este cantar le hubiese causado el menor embarazo, no la habría escogido para desahogar con tan viva y natural efusión las amarguras de su alma:

«E por esto lle demando (*á la Virgen*)
que lle non uenna emente
do que diz a mãã gente
porque soon de seu bando,
et que ando
a loando
et por ela uou trobar,
et cuidando
et buscando
cômo a possa onrrar.

Mas que lles dé galardões
ben quaes eles merecen
porque me tan mal gradocen
meus cantares et meus sões,

et razões
et tenções
que por ela vou fillar;
ca felões
corações
me uan porende mostrar.

E ar aia piadade
de cómo perdi meus dias,
carreiras buscand' e uias
por dar auer et herdade
ú uerdad' e
lealdade
per ren nunca pud' achar,
mais maldad' e
falsidade
con que me cuidan matar.▶

(Cant. ccc.)

Estas *filigranas* métricas de la Edad-media, que extremaron hasta la ridiculez los trovadores castellanos de los siglos XIV y XV (Cancionero de Baena), fueron reproducidas en la época del romanticismo, no sin primor y gala, por Víctor Hugo y otros poetas franceses y españoles secuaces de su escuela. Alguna extravagancia había ciertamente en estos juegos mecánicos de la forma poética; pero no llegaron ni con mucho á la absurda violencia métrica con que algunos desdichados rimadores combinaron los versos largos y cortos, no para producir contrastes eufónicos, sino meramente para formar con los versos una imagen plástica de objetos materiales: un jarrón, una pirámide, un túmulo, etc. Este frívolo empleo de la poesía fué ya conocido en las letras de Grecia y de Roma. Aun se conservan de Simias de Rodas poesías *figurativas*, que representan alas,

un huevo y un hacha. Entre las obras de esta especie pertenecientes á los idiomas modernos, una de las más conocidas es la botella de Rabelais, formada de detestables versos desiguales, que Panurgo dirige *à la dive bouteille* (1).

Don Alfonso el Sabio no cayó nunca en estas puerilidades de perverso gusto, que son degradación del arte.

Imitando las poesías provenzales, y principalmente los himnos litúrgicos latinos, escribió Alfonso X muchas composiciones, en las cuales combinó, á veces con desmedida audacia, versos de diferente medida, y repitiendo con sobrada abundancia un mismo consonante; pero esto, que resulta grato y armonioso, lo hacía no sólo como gala y gentileza de la versificación, sino también como medio de hallar facilidades y analogías para adaptar al ritmo poético el ritmo musical (2).

(1) En antiguas ediciones de Rabelais, esta poesía en honor del vino está cercada de una línea que reproduce exactamente la forma de una botella.

(2) Para dar idea de las combinaciones métricas de los provenzales, nos parece oportuno copiar aquí, como ejemplo, una estrofa de una canción amorosa del trovador Peirols:

«Mos cors salh e trembla
soven,
m' amia lo m' embla
si qu' ieu non o sen;
qu' ilh m' aima, so m' sembla
quomen
lo sieus digz ressembla
lo mieu pessamen;
don dirai,
que mout mi plai
suffrir aïtal turmen
don ieu tan ric joi aten.»

CAPÍTULO VIII

Carácter de Alfonso X.—Injusticias de la historia y de la poesía.—Calumnia contra la piedad del Rey Sabio.—Testimonios de su acrisolada piedad.—Defensa del Rey contra el Dante.—Perseverante entereza de Alfonso para sostener su derecho al Imperio.—Su ánimo sincero.—Su espíritu tolerante y caritativo.—Su índole caballerosa y bizarra.—Periodo de desventura y decadencia.—Fervientes alabanzas de Brunetto Latini.

Una de las circunstancias importantes que dan valor á las *Cantigas de Santa María* es el luminoso reflejo que hay en ellas del carácter del Sabio Monarca, y del estado de la cultura de Castilla en aquella remota edad; reflejo que apenas se vislumbra en los antiguos escritos históricos.

¡Cuán engañado y mal satisfecho queda el ánimo cuando busca en las crónicas de la Edad-media la imagen, el bosquejo siquiera, de la vida intelectual de esplendorosos y célebres reinados como el de Alfonso X, en los cuales las artes y las letras daban vigor y lustre á aquellas generaciones animosas, que iban sacudiendo rápida y afanosamente las cadenas de la barbarie de siglos anteriores! Mudos están los anales de los historiógrafos castellanos acerca del contento y de la noble largueza con que el preclaro Monarca acogía en su corte á los sabios y á los poetas de todas las naciones. A rompimientos y alianzas con monarcas árabes y cristianos, á intrigas, ingraticudes y rebeliones de los príncipes y de los magnates, á tratos, documentos y enfadosos dis-

cursos de autenticidad muy dudosa, se reduce casi por completo la crónica de Alfonso X. Por cosa baladí debían tener estos deventurados historiadores el cultivo literario y artístico del entendimiento, cuando tan poca atención y diligencia consagran en sus áridas narraciones á esta parte esencial de la vida de los pueblos.

En las *Cantigas*, como obra de índole ingenua y popular, se pintan con llaneza y verdad las costumbres de la época y las geniales tendencias del entendimiento y del carácter de Alfonso X.

Su peregrino Cancionero de Santa María, nacido del espíritu peculiar de los últimos siglos de la Edad-media, da claro testimonio de la fervorosa piedad que, como cualidad preponderante, resplandecía siempre en el alma del regio trovador.

Esta piedad ha sido alguna vez puesta en duda, porque no hay virtud ni noble impulso del alma cuyo lustre no intenten empañar la insustancialidad ó la envidia.

Don Pedro IV, rey de Aragón, apellidado *el Ceremonioso*, por etiquetero y altivo, y tachado además de «envidioso de glorias y virtudes ajenas» (1), propagó y autorizó la idea, arbitraria y malignamente concebida por los enemigos de Alfonso X, de que había dado éste muestras de audacia impía y de herética arrogancia, declarando imperfectas muchas de las cosas por Dios creadas para el ordenamiento y régimen del mundo. Esta acusación, que hoy habría causado á los más indiferencia ó risa, causó grima y escándalo en aquellos

(1) Marqués de Mondéjar: *Memorias históricas del rey D. Alonso el Sabio*. —Zurita dice: «Fué la condición del rey D. Pedro IV y su naturaleza per-versa é inclinada á mal.»

siglos de fe recelosa y austera. El rumor tomaba cada día mayor vuelo y autoridad; á porfía lo repetían en sus libros historiadores y analistas; todos motejaban al piadoso Rey de *temerario* y de *sacrilego* por haberse arrojado á censurar los inescrutables designios del Supremo Hacedor, y en la segunda mitad del siglo xv había crecido tanto la necia calumnia, rutinariamente repetida, que el grave escritor D. Rodrigo Sánchez de Arévalo, obispo de Palencia, la consigna, como hecho histórico indudable, en su *Historia de España* (1) con esta candorosa lisura y credulidad:

«Este Alfonso, según escriben los anales de España, se atrevió á examinar y querer enmendar las obras divinas, que son perfectísimas y criadas con suma sabiduría, peso, número y medida; porque decía públicamente, con blasfemia, que si al principio de la creación humana hubiese sido del Consejo de Dios altísimo, se hubieran criado mejor y más bien ordenadas algunas cosas.»

No paró aquí la trascendencia de la calumnia. La importancia tradicional del hecho exaltó la imaginación popular. Aun no había pasado del todo el *ciclo de las visiones*, y se formó una leyenda fantástica que refiere con minuciosos pormenores el mismo Sánchez de Arévalo.

En forma de hermosísimo mancebo, vestido de blanco, se apareció un ángel al caballero Pedro Martínez de Pampliega, ayo del infante D. Manuel, y le dijo «que se había pronunciado sentencia en el consis-

(1) Murió en Roma este ilustre Prelado el año de 1470, siendo gobernador del castillo de Santángelo.

torio divino contra el rey D. Alfonso de que hubiese de morir desheredado, y aun de cruel muerte, si no se arrepintiese de su blasfemia y vana temeridad». Corrió anheloso el caballero á Burgos, donde se hallaba el Rey, y le refirió la visión, suplicándole que se retractase y arrepintiese para aplacar las iras del cielo. Recibióle D. Alfonso con desabrimiento, se burló de sus exhortaciones, y repitió con mayor soberbia las nefandas palabras. Algunos días después, estando el Rey en Segovia, se le presentó un santo ermitaño, que había tenido la misma revelación, y le amenazó con el castigo divino si no hacía penitencia por sus pecados, y especialmente por sus afirmaciones impías. Don Alfonso le despidió con enojo y con menosprecio. Aquella misma noche se desencadenó una tempestad tan furiosa y tremenda «que parecía hundirse el cielo». En la cámara del Rey cayó una centella que abrasó sus vestidos y los de la Reina. Arreciaba por momentos la tormenta, y atemorizado D. Alfonso, mandó venir sin dilación al ermitaño. Humilde y contrito se retractó y confesó sus culpas, y ¡oh prodigio consolador! á medida que la mansedumbre entraba en su ánimo, y brotaban de sus ojos lágrimas de arrepentimiento, se iba apaciguando la tempestad. Terminada la confesión, quedó el cielo raso y sereno.

Esta leyenda es, como los milagros de las *Cantigas*, una lección religiosa y moral. Corrió con tal fortuna, que la reprodujeron de allí á poco insignes escritores como el capellán de D. Juan el Segundo, Diego Rodríguez de Almela, cuyo famoso libro, el *Valerio de las Historias*, es, en este punto, visible reflejo de la *Historia de España* del Obispo Sánchez de Arévalo, y fray Alfonso de Espina en su *Fortalicio*, ó *Fortaleza de la*

Fe. Pero los tres escritores, si bien contemporáneos, difieren en varias circunstancias esenciales del suceso. El padre Espina, por ejemplo, dice que el ángel se apareció al mismo rey D. Alfonso, y «de parte de Dios le reveló la sentencia de su muerte, que había de suceder dentro de trescientos días, como le aconteció».

Esta divergencia da á conocer sobradamente que la tal leyenda es mera ficción de fantasía mística, que cada cual arreglaba á su antojo. Sin embargo, tanto cunden las calumnias históricas, y de tal manera se transmiten de generación en generación sin discernimiento ni examen, que, ya entrado el siglo xvii, siglo de investigación y duda, el sesudo y verídico Colmenares refiere como cosa averiguada la misma fábula tradicional (1), añadiendo un nuevo eslabón á la cadena de errores que á veces forja inocentemente la historia. El hecho es que aquella patraña, sombra con que pretendían anublar la gloria del esclarecido Príncipe castellano, una de las más resplandecientes lumbreras de la Edad-media, permaneció en la historia, hasta que fué desvanecida por completo á la luz de la cultura y de la crítica moderna.

Es curioso ver afanarse al sabio y grave Marqués de Mondéjar en acopiar testimonios históricos, y entre ellos solemnes declaraciones de los Pontífices Romanos (2), para demostrar el ortodoxo espíritu que inspiró siempre

(1) Colmenares: *Historia de Segovia*. Segovia, 1627.

(2) Merecen citarse las siguientes palabras de un Breve despachado en Orvieto al rey Alfonso por el papa Alejandro IV el 21 de Agosto de 1263:

«Dios ha hecho grande tu nombre, más que el de los demás grandes que están en la tierra, echándole á ti y á tu reino abundantísima bendición en el rocío del cielo y fertilidad de la tierra. Por lo cual se goza y alegra sobre ti, hijo bendito y cristianísimo Príncipe, tu madre la Iglesia romana.»

los actos y los pensamientos del cristiano rey Alfonso X, y los deleznable fundamentos de la aventurada y malévola suposición del monarca aragonés D. Pedro IV.

Los sentimientos religiosos de Alfonso X resaltan sin tregua en todos los actos de su vida. Siempre se manifestó espléndidamente generoso para con el estado eclesiástico de sus reinos, ansioso de fomentar por este medio el culto divino. Erigió con magnificencia las Sedes catedrales de Murcia, de Cartagena, de Badajoz, de Silves y de Cádiz; recompensó con «amplísimas donaciones» á las Órdenes militares de Santiago, de Calatrava, de Alcántara, de los Templarios y de San Juan, por los señalados servicios que habían prestado en la conquista de Sevilla (1). Á pesar de estar en perpetua cruzada contra la morisma en los confines de sus propios Estados, D. Alfonso no olvida los grandes intereses del cristianismo en Palestina, y allí envía, según se cree con auxilios de guerra, á su primo hermano Fernán Pérez Ponce, y nombra á su Mayordomo mayor y ricohombre, D. Juan García de Villamayor, *Adelantado mayor de la mar*, por el «gran sabor (gusto) de levar adelante el fecho de la Cruzada de allende el mar, á servicio de Dios é exaltamiento de la Cristiandad» (2).

Donde más claramente resplandece el religioso espíritu del rey Alfonso es en su fervorosa devoción á la Madre de Dios. En honra de la Virgen fundó una nueva Orden militar con el título de *Santa María de España*, la cual fué probablemente incorporada á la de Santiago después de la funesta batalla de Moclin (1280), en la

(1) Ortiz de Zúñiga; Mondéjar; Crónicas.

(2) D. José Pellicer; Ortiz de Zúñiga.

cual perecieron á manos de los moros el maestre Gonzalo Ruiz Girón y casi todos los heroicos caballeros de esta última Orden (1).

Es verosímil que la *Orden de Santa María*, creada por D. Alfonso el Sabio, fuese imitación de la que con el mismo título había fundado algunos años antes en Italia su primer maestré Bartholomeo Vicentino (2).

Dos siglos más adelante, el rey Cristiano I de Dinamarca fundó, con igual título, otra Orden para honra y culto de la Santa Virgen. Así describe en sus *Sélsas Dánicas* el Conde de Rebolledo el principal distintivo de que usaban los caballeros:

Es tradición que instituyó la *Orden*
(imitando las otras militantes),
de la Virgen Maria,
en que de una cadena de elefantes,
que de la castidad símbolo hacia,
el simulacro virginal pendía (la imagen de la Virgen).

Pero ¿á qué detenerse en buscar en historiadores y en cronistas testimonios de la piedad del sabio Monarca? Ociosa taræa cuando se tienen á la vista las CANTIGAS DE SANTA MARÍA. Rebosan en ellas el humilde acatamiento á la incomprendible majestad del poder divino, la sencilla efusión mística de quien cree y adora, y no analiza ni discute.

(1) Opinión muy fundada de D. Luis de Salazar y Castro, que fué quien encontró noticia auténtica de esta *Orden de Santa María* en el archivo del convento de Uclés.

(2) Según Juan Villani, podían contraer matrimonio los caballeros de la Orden italiana de *Santa María*.

Habla impersonalmente en muchas cantigas; y en algunas de aquéllas, en las cuales dice cosas que en alabanza suya redundan, procura como hacer olvidar por modestia al autor, con disimulación transparente. Uno de los más claros ejemplos de ello se encuentra en la cantiga ccxcv, donde, después de hablar de un Rey (el mismo Alfonso) que para honrar á Santa María mandaba hacer hermosas efigies de la celestial Señora y vestir las y adornarlas con ropas, coronas y preseas suntuosas, añade que, «según oyó contar», el mismo Rey escribía también trovas para glorificarla (1). Es verdaderamente curioso y simpático el piadoso engreimiento con que Alfonso refiere en esta cantiga sus afanes para realzar el culto de María.

Con respecto á la pureza de la fe, Alfonso X es digno hijo del heroico rey San Fernando, que no acometía empresa alguna sin implorar el favor del cielo por la mediación de la Santa Virgen (2). Para D. Alfonso era la Madre de Dios, cual lo había sido para su esclarecido padre, guía, consuelo y esperanza; era, como se ve patente en las *Cantigas*, la confidente de sus pesares, el sostén de sus guerreras ilusiones, la sublime y sobrenatural señora de sus pensamientos de trovador caballero.

«De hoy más, exclama rindiendo tributo á las tendencias caballerescas de la época, tú serás el sagrado objeto

(1) «Demais trobava per ela, segund' oy departir.»

(2) Ejemplo glorioso, la capilla del *Valme* erigida por el santo conquistador.

de mis trovas, la única mujer que ensalcen mis cantares.»

«Rosa das rosas et Fror das frores,
Dona das donas, Sennor das sennores,
Esta Donna que tenno por Sennor
et de que quero seer trobador,
se eu per ren poss'auer seu amor,
dou aõ demõ os outros amores.»

Quien da á su inspiración tan fervoroso impulso; quien cifra su mayor anhelo, haciendo sin tregua costosos sacrificios, en erigir altares á la Madre de Dios (1); quien, gravemente enfermo y desahuciado de los médicos, se hace colocar sobre el pecho el libro de las *Cantigas* y atribuye su curación á la milagrosa influencia de este acto de veneración á la Virgen (2), no necesita otras pruebas para convencer á la posteridad de su fe acrisolada, de su puro y cordial cristianismo.

Pero ¡cómo extrañar que Alfonso X fuese mirado

(1) Edificación del templo de Santa María del Puerto. Este es uno de los homenajes al culto á que consagró el Rey mayores afanes, sacrificios y privilegios.

Con igual piadoso espíritu procedió respecto de la capilla de Jerez, de la iglesia de Murcia, etc. De todo esto ofrecen las *Cantigas* irrefragable testimonio.

(2) Ocurrió esto en Vitoria.

El hecho de colocar libros sagrados sobre los enfermos para obtener curaciones milagrosas, debió de ser bastante común en la Edad-media. Paulin Paris, al hablar del famoso libro *Historia Britonum* (primera mitad del siglo XII), tenido por una de las principales fuentes del *Ciclo de Artus*, menciona la conseja de un embaucador del país de Gales, hacedor de conjuros, el cual curó á un vecino suyo, que se hallaba poseído de los espíritus malignos, colocándole sobre el pecho el Evangelio de San Juan. (*Les Romans de la Table ronde*. Introduction.)

como filósofo escéptico por gente superficial ó preocupada, si Dante, arquetipo de ortodoxos católicos, ha sido considerado en nuestra edad, que de justiciera y crítica blasona, como un reformador impío, precursor de Lutero (1)!

Y ya que el famoso nombre del Dante sale al paso, forzoso es recordar que el sublime poeta, el tremendo acusador de los papas, de los reyes y de los pueblos, es quien ha dado el más injusto y recio de los ataques á la gloria de D. Alfonso el Sabio. Le coloca entre los soberanos indignos de reinar, y le consagra sólo estas denigrativas palabras:

Vedrassi la lussuria e il viver molle
di quel di Spagna e di quel di Buemme,
che mai valor non conobbe, ne volle.

(*Paradiso*, canto XIX, v. 124.)

○ Los expositores encarecen por lo común las afirmaciones de los autores, y el florentín Cristóbal Landino comenta así este pasaje:

«Vitupera la lussuria e il vivere otioso d' Alfonso Ré d' Hispagna, e di Latislao, Ré di Boemia. Alfonso nel mille dugento sessanta, fu eletto Imperadore, e per viltá e mollitia non seguitó l' ampresa (2).»

Lógico y natural es que en una obra como la *Divina Comedia*, en la cual se avaloran y reciamente se castigan las culpas y los extravíos de la humanidad, sea aus-

(1) Rossetti, Aroux, etc.

(2) *Comedia di Danthe Alighieri, poeta divino: cõl'espositione di Christophoro Landino, nuovamente impressa.... Stampato in Venetia..... nell'anno del nostro Signor 1529, a di XXIII di Genaro.*

teramente condenado el vicio de la liviandad, germen de tantos males (1).

No es dable negar que Alfonso X, á vueltas de la elevación de sus miras y de sus actos, pagaba tributo á los desvaríos humanos y á las liviandades de la juventud, dejando indicios de ello en las poesías profanas que con harta razón se le atribuyen en los manuscritos portugueses de Italia, algunas de ellas de carácter muy familiar, escritas en momentos de alegría y desenvoltura, y, según puede inferirse de lo que en otro lugar hemos expresado (cap. v), no menos licenciosas que los versos *fesceninos* de la antigua Roma. No es difícil de explicar tanta descompostura en aquellos tiempos en que el refinamiento de la cultura no imponía al estilo los velos que el pudor y el decoro requieren. En las mismas *Cantigas de Santa María*, con ser narraciones de piedad y de virtud, las ideas y los asuntos más escabrosos suelen estar presentados con desnudez griega y latina; no el estilo que en asuntos impúdicos guarda el trovador, miramientos de forma que no son comunes en los escritos populares de la Edad-media. ¿Cómo extrañar aquella libertad que ofende nuestra delicadeza moderna, al recordar que, siglos después, en plena civilización literaria, Rabelais, Quevedo y tantos otros no se asustaban de emplear en su lenguaje la más desenvuelta procacidad?

(1)

«Eran dannati i peccator carnali
che la ragion sommettono al talento (*deseo sensual*).

(*Inferno*, canto v.)

Dante los condena á sufrir sin tregua el suplicio de un horrible torbellino (*bufera infernal*) que los azota y los mantiene en interminable volteo.

Cierto es, asimismo, que el Padre Flórez, al recordar los hijos naturales y las concubinas de Alfonso X, no deja bien parada la castidad del egregio Monarca (1). No pudo en verdad aplicársele lo que de su ejemplarísimo padre escribió el Tudense: «*Thorum conjugalem unquam minime violavit.*» Pero aquella mancha moral, que recaía igualmente sobre tantos príncipes de aquel y de anteriores tiempos, no es bastante motivo para que el gran poeta florentín saque implacable á la vergüenza ante las edades futuras al gran civilizador castellano, cual si la lúbrica intemperancia fuese su cualidad característica y preponderante. Tanto resaltan las admirables prendas de todo linaje que hicieron su nombre inmortal, que puede afirmarse que su grandeza de ánimo y sus excelencias intelectuales pesan mucho más que sus amorosas flaquezas en la balanza de la historia. Acaso habría podido él decir lo que tres siglos después dijo Shakspeare de sí propio: «el amor es mi único pecado.»

Y si aun en esta parte, en que tan vulnerable le halla Dante, se le compara con otros príncipes de su tiempo, no tratados con tan ofensivo desdén en la *Divina Comedia*, tampoco hay desventaja en el castellano Monarca. Compárese á Alfonso con su contemporáneo el valeroso y magnánimo Emperador y Rey de Sicilia Federico II, de la casa de los Hohenstaufen. Si aquél hizo llegar al trono de Portugal á su hija bastarda Brites (Beatriz), esposa del rey D. Dionís, Federico levantó

(1) Flórez (*Reinas Católicas*, t. II) cita tres amigas del rey Alfonso: D.^a Dalanda, D.^a María Alfonso y D.^a María Guillén de Guzmán, de las cuales tuvo varios hijos, entre ellos á D.^a Beatriz, que llegó á ser Reina de Portugal.

también hasta la púrpura real á sus hijos bastardos Federico, rey de Antioquía, Hencio (*Enzo Re*), rey de la Isla de Cerdeña, y á Manfredo primero, príncipe de Tarento, y después Rey de Nápoles; y por cierto que, á juzgar por lo que dice el cronista Villani, bien puede adjudicarse al famoso Emperador y poeta la triste palma de la liviandad y del escándalo (1).

Hencio fué también trovador, como su ilustre padre. Bembo y el Trissino recuerdan con aplauso su nombre, como el de uno de los primitivos creadores de la poesía italiana.

(1) Á pesar de su gran poder, los terribles y justos anatemas de los Pontífices hicieron odioso á la cristiandad el nombre del emperador Federico II. Así dice Villani: «Non si volle declinare à obediencia di Santa Chiesa: anzi fu pertinace, vivendo dissolutamente in tutti i dilette corporali, per laqual cosa dal Papa Honorio fu scomunicato li anni di Christo 1220.»

.....

«Il Papa Innocenzo IV fece citare Federigo Imperadore che personalmente dovesse venire al concilio (*general de Lyon, 1241*), si come in luogo commune à scusarsi di XIII articoli provati contra à lui di cose fatte contra alla fede di Christo et incontro à Santa Chiesa; il quale Imperadore non volle comparire..... Il Papa in pieno concilio, et presenti i ambasciadori, abominò Federigo di tutti i XIII articoli sopraditti colpevole, et per cio confermare, disse: Vedete, fideli christiani, se Federigo tradisce Santa Chiesa et tutta la christianitate..... Detto suo sermone, il Papa incontanente fece publicare il suo processo contra il detto Imperadore, et condannollo et scomunicollo si come heretico, aggravandolo di più crimini dishonesti contra lui provati, et privollo della signoria dello Imperio, et del reame di Cicilia et di Puglia et di Ierusalem.»

«Fu spergiuro et comisse tradimento, et villanamente et à torto infamò Papa Gregorio IX et suoi cardinali per sue lettere mandate per l'universo mondo..... Egli fu trovato congiurato in più articoli di heresia. Di certo egli non fu catolico christiano, vivendo sempre più à suo diletto et piacere, che con ragione ò giusta legge.» (Giovanni Villani: *Historie universali de suoi tempi*, lib. VI, cap. XV y XXV.)

Las culpas del pecador no han debido obscurecer á los ojos del poeta florentín, en grado tan exorbitante, las elevadas prendas y conspicuos merecimientos del grande hombre.

¡Cómo!.... Al Dante, contemporáneo de Alfonso (tenía diez y nueve años á la muerte del Monarca), y en cuyos oídos debió resonar todavía el eco, difundido por toda Europa, del poder, de la ciencia y de la grandeza del castellano Monarca elegido para el Imperio, no le ocurre decir otra cosa de aquel hombre sabio, generoso y temido, sino que era dado á la lascivia y á la vida regalada!

¡Miserable condición humana! Ni el Dante mismo, con su moral grandeza, se exime de la ligereza y de la injusticia del vulgo de los hombres. El poeta florentín, que en su mocedad fué objeto de escándalo por sus relajadas costumbres, no debiera, cual si hubiese sido austero-asceta, arrojar así á la ligera al ludibrio de las generaciones venideras el nombre de un Rey tan insigne; y todo por pecados en los cuales no fué Alfonso en verdad tan extremado como otros famosos monarcas, que ni la historia ni el mismo Dante juzgaron indignos del trono.

¿Qué más patente ejemplo que el del citado emperador Federico II, que estuvo tantas veces en guerra con la Santa Sede y escribió versos contra los papas, y fué excomulgado por Gregorio IX é Inocencio IV? Dante le coloca entre los herejes. (*Inferno*, canto x.) Pero ni su impiedad rebelde ni su escandalosa intemperancia (1)

(1) Los modernos comentadores italianos dicen unánimes acerca de las prendas del nieto del Emperador *Barbarroja*: «Fu principe magnanimo, protettore munifico dei letterati, e letterato egli stesso; ma di *sfrenati costumi* e poco curante in fatto di religione.» (Bianchi, Fraticelli, etc.)

impidieron al gran poeta reconocer su ilustración, que, si bien notable, no aventajaba ciertamente á la de Alfonso el Sabio. *Cherico grande* (gran docto) llama el Dante al Emperador en el *Convito* (trat. iv, cap. x).

La voz más acusadora del Dante en esta parte, y la más significativa por lo cercana á la época del poeta, es la de Bocaccio, que pertenece á la generación inmediata (tenía ocho años á la muerte del Dante).

Dice Bocaccio en su desenfadado estilo: «In questo mirifico poeta trovò amplissimo luogo la lussuria.»

Muchos biógrafos y críticos han señalado la época entre la muerte de Beatriz y el casamiento del Dante con Gemma Donati, como el período frívolo y licencioso de la vida del poeta. Un escritor moderno así lo expresa con toda claridad:

«Dante avait alors 25 ans. Jusque-là sa jeunesse avait été pure et recueillie dans une passion timide et toute chevaleresque..... Vers ce temps se placent des écarts de jeunesse qu'il est impossible de révoquer en doute. Pour un homme de cette trempe, recherché des dames dans une ville de luxe et de plaisirs, les séductions étaient irrésistibles. A l'amour platonique succéda l'amour sensuel avec toute sa fougue. Le torrent de l'exemple, les mœurs relâchées des dames florentines, dont il a fait la peinture, l'entraînèrent sans doute. Il est certain que Dante a payé un large tribut à la volupté. Lui-même s'en est confessé dans la *Divine Comédie*.» (Henry Dauphin: *Vie du Dante*.)

No falta quien, entusiasmado con la creación divina del Dante, pretenda sostener la inculpabilidad amorosa del autor. El crítico que más en este camino se adelanta es el distinguido filólogo Federico Bergmann, á quien

parece profanación la crudeza de la acusadora afirmación de Bocaccio (1).

Según él, los nombres de todas las mujeres, incluso la *Pargoletta* (*Purg.*, xxxi), que los biógrafos juzgan amantes positivas del Dante, no representan sino amores imaginarios ó emblemáticos, que los comentadores no han comprendido. (*Dante, sa vie et ses œuvres*. Strasbourg, 1881.) (2)

(1) No intentamos, por vía de represalia histórica, echar sobre la memoria del inmortal poeta el peso de humanas flaquezas. Pero no nos parece inoportuno, para que más resalte su rigor inaudito, hacer notar que, en materia de amorosos devaneos, la posteridad no ha colocado al Dante al abrigo de toda inculpación.

En el curioso libro del insigne literato italiano Giovanni Papanti, *Dante secondo la tradizione e i novellatori*, se refiere una escena tan ingeniosa como obscena entre el Dante y una meretriz. Esta escena, copiada de un libro (*L'Arcadia in Brenta*, publicado en Bolonia, 1673), puede no ser auténtica; pero denota claramente que la posteridad, á pesar de la respetuosa admiración que inspira *l'altissimo poeta*, no le ha considerado como tipo de santidad de costumbres.

Mr. Fauriel y Mr. J. J. Ampère, de la Academia Francesa, recuerdan, como cosa sabida, los amores del Dante en 1306 con una señora de Padua llamada Madona Pietra di Scrovigni. Ampère dice, hablando en general de los extravíos amorosos del gran poeta: «Il en coûte de trouver de telles faiblesses chez l'amant de Béatrice; elles dérangent cependant moins l'imagination que les bâtarde de Pétrarque. Dante avait donc bien lieu de rougir devant son amie transfigurée, quand du sein de sa gloire elle lui adressait de si vifs reproches.» (*Voyage Dantesque*.)

(2) Á la *Gentucca*, donde han visto todos los comentadores desde el siglo xiv una de las queridas del Dante, atribuye Bergmann una significación muy diferente: la de *vulgo*, en un sentido no distante del que tiene en castellano la voz *gentuza*. La interpretación que da Bergmann al pasaje de la *Divina Comedia* donde se halla *gentucca*, parece fundada en sólidas razones; y tiene en su favor la opinión, ya anteriormente emitida, acerca de la significación de aquella palabra, por L. G. Blanc, expositor de la *Divina Comedia* en la Universidad de Halle. (Véase el *Vocabulario Dantesco*.)

Cualquiera que sea el valor de los racionios y conjeturas de Federico Bergmann, que aquí no hemos de discutir, nos parece imposible demostrar la absoluta inocencia amorosa del sublime Alighieri. En todo el poema asoman la memoria y el arrepentimiento de sus pasados extravíos. Baste recordar la confesión de sus culpas en los cantos xxx y xxxi del *Purgatorio*, y el rigor con que Beatriz le reconviene:

«Tan pronto como llegué al umbral (confin) de mi segunda edad (la segunda vida) y cambió mi existencia, él se apartó de mí y se entregó á otras. Cuando subí de la carne al espíritu, y crecí en belleza y en virtud, le fui menos grata y menos querida. Llevó sus pasos por errado camino, siguiendo las falaces imágenes que jamás cumplen del todo promesa alguna.... Cayó tan bajo (en la vida mundana) que todos los medios fueran ineficaces para su salvación, á no mostrarle las razas condenadas. (Canto xxx.)

El Dante: «Llorando dije: Las cosas presentes (los halagos del mundo) con sus engañosos deleites extraviaron mis pasos luego que se ocultó vuestro semblante....»

Beatriz: «Sin embargo, para que sufras mejor la vergüenza de tus yerros, y para que otra vez tengas mayor entereza al oír á las sirenas, aparta la semilla (la causa) de las lágrimas, y escucha....»

.....
»No debías poner peso (estorbo) á tus alas para esperar nuevos golpes, ó alguna jovencilla, ó cualquiera otra vanidad efímera.» (Canto xxxi.) (1)

La índole apasionada del Dante le hacía incurrir en violentas descomposturas contra personajes gloriosos,

(1)

Beatriz.

«Si tosto come in su la soglia fui
di mia seconda etade e mutai vita,
questi si tolse a me, e diessi altrui.
Quando di carne a spirto era salita,
e bellezza e virtù cresciuta m'era
fu'io a lui men cara e men gradita;

cuyo renombre debía dejar á la posteridad respetado é incólume. Era inexorable en sus animadversiones y en sus censuras. ¿Qué mucho que tratase á Alfonso X con tan injusto olvido de sus glorias, quien bárbaramente vilipendia ante los siglos venideros á su egregio maestro Brunetto Latini, orador, poeta, historiador, filósofo y teólogo, mancillando su ilustre nombre (canto xv del *Infierno*) con el odioso estigma del repugnante vicio de sodomía?

e volse i passi suoi per via non vera,
immagini di ben seguendo false,
che nulla promission rendono intera.

.....
Tanto giù cadde, che tutti argomenti
alla salute sua era già corti,
fuor che mostrargli le perdute genti.....

(Canto xxx.)

Dante.

Piangendo dissi: Le presenti cose
col falso lor piacer volser miei passi,
tosto che'l vostro viso si nascose.....

Beatriz.

Tuttavia, perchè me' vergogna porte
del tuo errore, e perchè altra volta
udendo le sirene sie più forte,
pon giù il seme del piangere, ed ascolta.....

.....
Non ti dovea gravar le pene in giuso
ad aspettar più colpi, o pargoletta,
o altra vanità con sì brev'uso.»

(Canto xxxi.)

El mismo Dante dice que debe á Brunetto Latini la inmortalidad:

M'insegnavate come l'uom s'eterna.»

¡Buen pago da el sublime poeta al esclarecido autor del *Tresor*, que con la doctrina y el ejemplo (*Il Tesoretto*) había preparado su entendimiento y su fantasía para la creación de la *Divina Comedia*! De él recibe la inmortalidad de la gloria; él le da en cambio la inmortalidad de la ignominia.

La tradición ha conservado la memoria de algunos lances ocurridos al Dante, que demuestran el idiosincrático ardor de su carácter y su acerbo espíritu acusador.

Un escritor latino del siglo XVI, recordado en un notable opúsculo de Emmanuele Celesia, *Dante in Liguria* (Génova, 1886), refiere un atropello público hecho al Dante por amigos y criados de la ilustre casa de Doria, á la cual había ofendido con mordaces censuras (1).

Probablemente, esta venganza de los Dorias, que refiere también Oberto Foglietta en su libro latino

(1) Así pinta la arrogante y agresiva indole del poeta:

«Dantes enim, in quod incorruptis vetustatis documentis constat, vir ceteroqui egregius, vitio ingenij vehemens et impotens, ad hoc factionum studijs et indomitis animi permotionibus sæpe usque ad insaniam rapi solitus, haud secum reputans, quanto cum periculo magni viri lædantur, projectæ linguæ libertate abutentes, quo perpetuo morbo laboravit, de Brancæ Doria nomine ac fama, quem nescio qua de causa oderat, detrudere non desistebat, cumque sæpe monitus nullum maledicendi modum faceret. Brancæ clientes tantam verborum petulantiam re tandem coercendam censentes hominem in publico deprehensum male mulctarunt. Quam ille iniuriam cum factis nom posset, opibus tanto inferior, verbis et stilo ulcisci studuit.»

sobre los *Claros varones de la Liguria*, impreso en Roma en 1573, se verificó después de publicado *L'Inferno* (1308), en el cual ataca Dante duramente (y no sin justicia) al poderoso Branca Doria, al cual encuentra en el infierno, aunque todavía no había muerto. El poeta finge que el alma de Doria estaba en el infierno, y que en su cuerpo, aún vivo en el mundo, había introducido un demonio para reemplazarle:

«Che questi (Doria) lasciò un diavolo in sua vece
nel corpo suo, e d'un suo prossimano,
che'l tradimento insieme con lui fece.»

Cualquiera que haya sido la verdadera forma de este tradicional episodio, lo indudable es que el Dante ataca con su genial violencia á Doria y á los genoveses, y que es tan vivo el encono que á éstos profesa que desea nada menos que verlos desaparecer de la tierra:

«Ahi Genovesi, uomini diversi
d'ogni costume, e pien d'ogni magagna,
¿perchè non siete voi del mondo spersi?»

(*Inferno*, canto xxxi.)

Creemos que se nos dispensará fácilmente esta breve digresión. Es tan fascinadora la gloria del Dante, son tan resplandecientes su autoridad y su prestigio, que no nos es dable admitir, impasibles, sin protesta alguna, el terrible estigma con que intenta el poeta florentino vilipendiar el nombre del preclaro Monarca. La cruda ingenuidad con que Bocaccio trata la memoria del Dante en punto á incontinencia (admirando, por otra parte, sus maravillosas prendas), no llega ni con mucho al punzante desdén con que el Dante habla de Alfonso X, en

quien no descubre más que lascivia y molicie. Si la acusación de Bocaccio en desdoro del Dante mortifica grandemente al docto Bergmann, ¿cuán triste impresión no ha de producir en nuestro ánimo el apasionado é injusto agravio hecho por todo un Dante, en una obra inmortal, al sabio Alfonso, verdadera gloria de la patria y de la monarquía?

Todos estos recuerdos no quitan al Dante su grandeza. El arrepentimiento y la ulterior austeridad lavan las manchas de la debilidad humana. También Alfonso X, así como el amante ideal de Beatriz, declara en las *Cantigas* el arrepentimiento de sus mundanos extravíos.

Desde muy antiguo la opinión europea desagrávió la memoria del Rey Sabio del infundado menosprecio del Dante, que no levanta el glorioso nombre de Alfonso X á más alto nivel que el de Venceslao II, rey de Bohemia y de Polonia, que por falta de marcial esfuerzo cedió al emperador Rodolfo el Austria y la Estiria, y á quien la historia acusa de crueldad y de tiranía (1).

Sin embargo, todavía en el siglo pasado, á pesar del copioso caudal de irrecusables testimonios que en favor de D. Alfonso el Sabio ofrece en las *Memorias históricas* el Marqués de Mondéjar, notables escritores continúan la antigua rutina de hablar con poco respeto del Monarca eminente que fué historiador, astrónomo, legislador, poeta y valiente caudillo. Hasta el grave y sesudo

(1) Es el héroe de la tragedia *Venceslas*, la obra maestra de Rotrou, que causaba admiración al severo La Harpe; imitación de la comedia de Rojas *No hay ser padre siendo Rey*. Con rigor excesivo calificó esta comedia de *absurda* el ilustre académico D. Eugenio de Ochoa. De ella sacó el famoso predecesor de Corneille las más conmovedoras escenas de su tragedia.

D. Juan de Iriarte cae en la pueril tentación de emplear contra él las armas de la burla epigramática, como asimismo lo hizo el Padre Isla en su pobre resumen poético de la historia de España (1).

La grandeza de la figura del rey Alfonso triunfa por sí sola de ataques trascendentales y de burlas mezquinas. Las *Cantigas* son para él un padrón de gloria, donde asoma á cada paso el reflejo de su noble carácter y de la elevación de su alma.

El mencionado comentador Landino, al agravar con una acusación concreta la vaga censura del Dante, muestra hasta donde puede llegar la avilantez de la ignorancia. Dice que el Rey, elegido Emperador, no alcanzó la cesárea corona por cobardía y abandono (*viltà e mollitia*). ¡Qué liviana afirmación! ¡Qué injusto olvido de los testimonios históricos! Cabalmente, para sostener su derecho al Imperio, desplegó el Rey castellano una resolución y una perseverancia que en grado igual no había manifestado en ninguna otra empresa. Sus controversias con la corte pontificia; sus continuos mensajes á Italia y Alemania, encaminados á mantener viva la adhesión de los que le habían elegido para la púrpura imperial; las exorbitantes pensiones que otorgaba á sus partidarios y confederados para granjearse su vo-

(1)

«Un Rey Sabio contradice,
oh gran Platón, tu sentencia;
pues, á pesar de su ciencia,
hizo á su pueblo infelice.»

(D. Juan de Iriarte: *Obras sueltas*, epigr. CLXXXII.)

Juzgando la historia de Alfonso X con severa imparcialidad y sin preven- ciones rutinarias, bien puede imaginarse que más infortunio acarreó la na- ción al Rey que el Rey á la nación.

luntad y auxilio en el asunto del Imperio (1); su envío á Roma de cuatro embajadores (1263) y de otros cuatro más adelante al Concilio general de León de Francia (1274), para sostener en forma solemne su derecho; los socorros de gente armada que, previo el consentimiento de las Cortes á este fin convocadas en Burgos, envió en 1275 á los príncipes y repúblicas que seguían su partido en Italia (2); y, por último, su desacertado viaje á Belcaire para celebrar vistas con su enérgico adversario, el papa Gregorio X, de quien tras porfiadas conferencias no pudo recabar cosa alguna (3), prueban sobradamente

(1) Asignó 10.000 libras tornesas al Duque de Lorena y de Brabante, y otro tanto al Duque de Borgoña, al Conde de Flandes y á los Vizcondes de Bearne y de Limoges. Su liberalidad y magnificencia para con los extranjeros hace decir á Jerónimo Zurita: «El Rey Alfonso expendía sus tesoros y rentas con grandes príncipes y señores que le fueron aliados y confederados.»

(2) Menciónanse estas Cortes, «sobre el fecho de embiar cavalleros al Imperio de Roma», en un privilegio de D. Alfonso el Sabio publicado por Pedro Fernández del Pulgar en su *Historia de Palencia*.

El socorro militar, que constaba de trescientos jinetes y novecientos infantes, desembarcó en Génova, y pasando el Po, se acuarteló en Pavia. Esta muestra de entereza de parte del Monarca de Castilla alentó grandemente á sus parciales, pero causó tal enojo á Gregorio X que acabó por excomulgar al poderoso Marqués de Monferrato, yerno del rey Alfonso, y á las repúblicas de Génova y Pavia.

(3) Dice Jerónimo Zurita:

«En Belcaire estuvo el Rey de Castilla todo el verano y parte del estío. Como no pudo tomar buena conclusión en el hecho del Imperio, propuso ante el Papa algunas otras pretensiones. Era la principal pedir el Ducado de Suevia..... Pero no se hizo en ninguna de estas demandas cosa que pidiese, y húbose de volver muy descontento.»

«Finalmente, mal enojado se partió de Francia», dice Mariana. Declarado era el desafecto que desde su exaltación manifestó Gregorio X á D. Alfonso.» (Mondéjar.)

la sinrazón del comentador italiano. Lejos de manifestar desmayo y flaqueza en la empresa del Imperio, en que juzgaba empeñados su dignidad y su derecho, el Rey Sabio lleva hasta la vehemencia su afanoso conato de colocar en sus augustas sienes la cesárea corona. Si de algo puede tachársele, no es por cierto de laxitud y de apatía, sino de arranque y de imprudencia. Testimonio son de ello la concordia celebrada en Segovia, el año de 1258, con los procuradores de su primo hermano Enrique III, duque de Brabante, en la cual promete pagar todos los gastos de la guerra que había de hacerse á su competidor Ricardo, conde de Cornualla, hermano del Rey de Inglaterra. El tono arrogante que emplea denota ánimo firme y brioso para llevar á cabo una empresa que hicieron imposible las turbulencias y guerras de la península española (1) y la oposición constante de la Sede Apostólica.

Irreflexiva temeridad fué igualmente enviar á Italia, después de la muerte de Ricardo, gente de guerra española en favor de los gibelinos, perseverantes partidarios de los emperadores de la Casa de Suevia, vigorosos rivales del poder pontificio, á pesar de que los güelfos de Florencia, defensores de la Iglesia, volvieron los ojos al Rey de Castilla, ofreciéndole apoyar su causa, y rogándole, por medio de una embajada de que formaba

(1) He aquí las palabras del Rey:

«Si el mismo Duque (de Lorena y Brabante) hiciese gastos en oponerse y hacer guerra al Conde Ricardo....., además de las sobredichas diez mil libras tornesas le pagaremos enteramente los gastos que hiciere, según conviene á nuestra majestad..... No desistiremos en nuestra vida del derecho y prosecución del Imperio.» (Mondéjar: *Memorias históricas*, etc., etc., libro III.)

parte el famoso sabio enciclopédico Brunetto Latini, que fuese á Italia con sus soldados «á abatir la soberbia del rey Manfredo (de Nápoles y de Sicilia)» (1).

Descaminado anduvo verosímelmente el rey Alfonso al declararse por la parcialidad gibelina, enviando socorros militares contra Martín Turriano, partidario de la Iglesia. Acaso este acto impremeditado, que, según la cuerda observación del Marqués de Mondéjar, «le hizo sospechoso al pontifice Alejandro IV, que entonces gobernaba la Iglesia», fué una de las verdaderas causas de los insuperables obstáculos que de allí en adelante suscitó sin tregua la Santa Sede á la exaltación del Monarca castellano al trono germánico.

Era grave tacha en Alfonso la causa misma que había motivado su elección, esto es, el mantenerse en él por su madre doña Beatriz, hija mayor de Felipe, duque de Suevia y emperador de Alemania «la sangre inmediata y la representación de la Casa de Suevia, con el derecho constante á los Estados que poseía en Alemania» (2). La Sede pontificia miraba con recelo y hasta con aversión á la Casa de Suevia, la cual, desde el advenimiento al Imperio de Federico I (Barbarroja), no había cesado de mostrarse inobediente á la Sede apostólica, y de causar hondos disturbios á la Iglesia y á la Italia entera, atacando la jurisdicción espiritual y los dominios temporales de los Pontífices Romanos. Para desvanecer las arraigadas y fundadísimas prevenciones de Roma, habría sido indispensable una conducta menos impaciente y arriesgada que la seguida por el Rey de Castilla. Alu-

(1) J. Villani: *Istorie Fiorentine*.

(2) Mondéjar: *Memorias históricas*, lib. III.

cinado éste por la fuerza de su derecho y por la grandeza de sus ambiciosas y nobles miras, olvidó que todavía reinaba en el mundo europeo una potestad reguladora de los derechos de los pueblos y de los reyes, y que no había entonces fuerza humana que pudiese sustraerse á los fallos del Pontificado, árbitro supremo de los intereses morales de la cristiandad.

Alfonso el Sabio fué vencido al cabo en su obstinada pretensión. Solamente dos años después de haber sido elegido *Rey de romanos* Rodolfo, conde de Habsburg, renunciaba el Rey castellano á usar del título y de los sellos imperiales, cediendo á las instancias y amenazas canónicas del austero Gregorio X, que, para decidir á Alfonso, invocaba su propio ejemplo, recordando las grandes conveniencias que había sacrificado y los grandes trabajos que había pasado por dar al orbe pacífico estado.

Pero de esta obediencia laboriosa y tardía á la previosora política del Jefe supremo de la Iglesia, al amilantamiento y mengua que suponen los detractores del rey Alfonso, hay inmensa distancia. Diez y ocho años duraron las activas pretensiones del Monarca, y sólo un alma de recio y alto temple era capaz de sostener en aquel tiempo tan porfiada y estéril pugna con cuatro Pontífices Romanos (1).

(1) Alejandro IV, Urbano IV, Clemente IV, Gregorio X.

Así explica el hecho el docto Marqués de Mondéjar:

«Los escritores de Italia ofrecen diversas noticias de que persistió siempre en solicitar confirmasen los Pontífices su elección de *Rey de romanos*, por espacio de diez y ocho años, desde el de 1257, en que fué electo, hasta el de 1275, que á instancias y censuras de Gregorio X, no sólo se abstuvo de aquella pretensión, sino dejó de poner en sus títulos el de *electo Rey de romanos*, que había mantenido hasta entonces, desengañado de no poder

No asoma en las *Cantigas* rastro alguno de esta amarga historia, eludida asimismo en la *Crónica* del Rey. Pero en las alusiones relativas al trascendental interés, español y cristiano, de la guerra con la morisma, se ve siempre en Alfonso el monarca de grande aliento y de encumbrado espíritu.

Animo franco y sincero.—El carácter noble, franco y abierto de Alfonso X se muestra asimismo bien á las claras en las *Cantigas*, cuando encarece su acrisolada y ferviente devoción á la Santa Virgen. Lejos de presentarse con infulas de impecable y de santo, da á entender sin rebozo sus desvaríos pasados. Parece que se halla en un período de arrepentimiento y de moral cordura, y no contento con declarar-se caballerescamente trovador de Santa María, piensa ganar para su conciencia,

lograr su intento por el invariable dictamen que mantuvieron todos (los Pontífices) de apartarle de ella, por conservarse en él la sangre y los derechos de la Casa de Suevia, aborrecida tanto de la Sede Apostólica por su inobediencia á ella.» (Mondéjar: *Memorias históricas de Alfonso el Sabio*, libro III, cap. IX.)

En cuanto á la poco prudente entrevista de Alfonso con el Papa en Belcaire, los historiadores españoles (Zurita, Mariana, etc.) no disculpan la desabrida y hostil actitud del Pontífice. Mondéjar la censura con enérgicas frases: «Salió de Francia D. Alonso con el justo sentimiento que corresponde á la sinrazón con que había atropellado su justicia el Pontífice, y continuó en llamarse *electo Rey de romanos*, usando como hasta entonces el sello y armas Imperiales.» (*Memorias históricas.*)

Disgustado de ello el Pontífice, escribió al Arzobispo de Sevilla, D. Ramón de Losana, que amonestase al Rey y procurase reducirle á que desistiese de aquel empeño, contrario al pacífico estado en que él procuraba mantener al orbe cristiano. Al fin del Breve, con tono amenazador, dice el Papa: «De otra manera, ni podremos, como ni tampoco deberemos, dejar de oponernos á ello con aquellos remedios que pide la calidad del hecho.»

en la adoración poética de la Madre de Dios, lo que perdió en el profano culto de las demás mujeres:

«Querrei-me leixar de trobar des i
por outra dona; e cuid'a cobrar
per esta quant' en as outras perdi». (1)

(Prólogo de las *Cantigas*.)

Se siente acaso tan mortificado por el recuerdo de sus antiguas culpas de amor, que en la segunda *Cantiga de loor*, esto es, en campo lírico, más propio para las expansiones del ánimo, no se limita á expresar los sanos propósitos de su devoción apasionada, sino que se confiesa delincuente, y con frase desenfadada é iracunda condena, *dándolos al diablo*, sus antiguos amores:

«.....dos erros nos faz repentir
que nós fazemos come pecadores.

.....
se eu per ren poss'auer seu amor,
dou ao demo os outros amores.»

(Cantiga x.)

Aunque orgulloso, en el noble sentido que puede darse á esta palabra con relación á las cosas grandes, era Alfonso llano y modesto en las cosas comunes de la vida, y no juzgaba amenguado su elevado carácter refiriendo

(1) Aunque no con el mismo espíritu de arrepentimiento, ya el trovero Gautier de Coincy había dicho una cosa semejante en una de sus canciones á la Virgen, escrita en endecasílabos:

«Je ne weill mes chanter se deli nom:
d'autre dame ne d'autre damoisele
ne ferai mes, se dieu plest, dit ne son.»

con lisura é ingenuidad ciertos hechos que podían parecer deslucidos para su autoridad soberana. En sus piadosos cantares hay algunos ejemplos. He aquí uno de ellos:

Muy pagado el Rey de la habilidad singular del pintor Pedro Lorenzo, toma empeño en recompensar su mérito artístico concediéndole la mitad de una escribanía en Villa-Real, que había solicitado y era el blanco de todos sus deseos. Pero ¡oh desdicha! no atienden en las oficinas ni respetan bastante la voluntad del Soberano. Confiesa humildemente el rey Alfonso que ni sus órdenes, ni sus amenazas, ni su ira, logran alcanzar que se ponga en posesión al insigne artista de la merced otorgada. El Guarda-sellos, que desea favorecer á un amigo suyo, dilata indefinidamente el despacho de la Carta Real de la concesión. El Rey expresa llanamente la desairada situación en que le coloca en este asunto la premeditada inercia de las oficinas:

«Sobr'esto muitas uegadas
mandó el Rey que ll'a dessen
e que por nulla maneyra
de dar non ll'a deteuessen,
e se non, que a sa ira
auerian se fezessen,
contra esto; mais aqueles
alongauan cada dia.»

Ante estas rémoras oficinescas (que parecen achaque tradicional en España), ocurre á Pedro Lorenzo pedir en fervorosas plegarias á Santa María del Puerto la merced que no podía obtener, á pesar del empeño y buena voluntad del Monarca. La influencia sobrenatural de la Virgen allana todos los obstáculos, y la ansiada Carta Real es despachada sin tardanza.

Lo que resalta principalmente en esta cantiga con respecto á la índole de Alfonso, es que el regio poeta, en vez de ocultar el desaire hecho á su autoridad, saca de él partido para levantar el hecho á la categoría de milagro. No cabe, en verdad, espíritu más natural y más sincero.

Otro testimonio de la modesta ingenuidad del Rey Sabio se halla en la cantiga CCCLXXXII. El Rey debe restituir algunos bienes á un ricohombre que los reclama. Se niega á hacerlo por compromisos que ha contraído, aunque no desconoce la ineludible obligación. Dilatábase su cumplimiento en tal manera, que el ricohombre se estaba arruinando. Según dice la cantiga,

era Sevilla mui cara
de tod'a essa sazon.

Declaró al Rey el ricohombre que su situación era insostenible, y que si continuaba desatendiendo su derecho dejaría á Castilla y se pasaría al reino de Aragón. Conmovió á Alfonso este propósito, pero quedó todavía irresoluto. Entonces el ricohombre pidió fervorosamente á Santa María que infundiese en el ánimo del Monarca la voluntad que le faltaba. Alfonso no resistió al celestial influjo, y ya no vaciló un instante en arreglar el asunto á satisfacción del ricohombre. Es verdaderamente curioso, y además característico, que el Rey declare con humildad cristiana, en un cantar dedicado al pueblo, que fué necesario un milagro para poner remedio á su falta de energía moral.

Alfonso se vale de este hecho para confirmar la enseñanza bíblica de que no hay voluntad humana, por

potente que sea, que se sobreponga á la voluntad divina:

«Verdade est a parauoa
que disse Rey Salamon
que dos Reys as uontades
en as mãos de Deus son.»

Espíritu de tolerancia y caridad.— No cabe religión sincera que no se halle hermanada en la fantasía humana con lo sobrenatural y lo misterioso. Quitad lo incomprendible y lo maravilloso, y despojáis á todo culto del soberano prestigio y del respeto, mezclado de terror, que avasallan al hombre ante el imponente concepto de la divinidad.

Alfonso X era creyente fervoroso. Tal vez entraba en su mente algo de la fascinación supersticiosa que, así en religión como en política, acompaña siempre á las creencias ardorosas; pero la noble y generosa condición de su alma y su extraordinaria ilustración lo preservaban de aquel aborrecible fanatismo que cegaba á la plebe de todas las naciones de la cristiandad, y no pocas veces convertía en persecución bárbara y sangrienta el encono con que los cristianos miraban á los mahometanos, y especialmente á los judíos.

Alfonso el Sabio demuestra en varios de sus cantares que el sentimiento de la fraternidad humana se sobreponía en su sano cristianismo á las recias y apasionadas animadversiones de la inhumanidad y de la ignorancia.

La Virgen María, emblema de todas las virtudes, y constantemente inspirada por la piedad, la clemencia, la caridad y la justicia, se muestra siempre en las *Cantigas* inclinada al perdón y á la tolerancia con respecto á todos

los que padecen y rinden culto al bien moral, aunque sean enemigos de la fe.

Dan de ello incontestable testimonio diversas cantigas. Merecen citarse especialmente:

—La del judío herido, robado, mantenido en duro *se-cuestro* á pan y agua por unos salteadores. Misericordiosa siempre la Virgen, lo cura, le quita las cadenas, y llevándole de la mano á una montaña, le enseña, en una visión de carácter dantesco, primero el valle del tormento y del fuego; y después, en otra montaña, á Cristo cercado de ángeles y de santos, que entonan dulcísimos cantares. Antes de esta lección fantástica había dicho la Madre de Dios al judío: «aunque perteneces á una raza que crucificó á mi Hijo, quiero demostrarte lo que habéis perdido». (Cant. LXXXV.)

—La preciosa leyenda de la Virgen mendiga, que con traje de indigente se presenta en casa de un siciliano acaudalado, y pide limosna para dar sustento al niño que llevaba en los brazos. Era idólatra el siciliano y no creía en Dios; pero abrigaba sentimientos muy caritativos, y contestó á la mendiga que, aunque de veras le pesaba, no podía socorrerla, porque ya lo había dado todo á los pobres. Insistió la Virgen pidiendo siquiera un poco de harina para hacer unas papillas y que el niño no se le muriese de hambre. Conmovido el gentil, buscó y halló en el fondo de un arca un resto de harina é hizo las papillas por su propia mano. Al regresar con ellas, ya había desaparecido la pordiosera. Después advirtió con asombro que los arcones estaban llenos de harina y las trojes de trigo y de cebada. Atónito de tal prodigio, preguntó á los gentiles si había alguna diosa que llevase un niño en los brazos. Esa diosa benéfica, le

contestaron, hay que buscarla en otra parte. (Cantiga CCCXXV.)

—La conseja de la judía que no creía en la Santa Virgen, pero que, hallándose de parto y en grave peligro de muerte, vió su aposento iluminado por luz celestial, invocó el nombre de *María* (que ahuyentó á las hebreas que la asistían), y volvió pronto á la salud con el divino auxilio. (Cant. LXXXIX.)

Pero ¿qué mayor prueba de tolerancia que la que dió el religioso Monarca admitiendo, honrando y auxiliando en su reino á los trovadores provenzales, que, si no tomaban parte directa é inmediata en las controversias dogmáticas de la herejía albigense, no podían menos de estar contagiados del espíritu impío que hubo de nacer inevitablemente de aquella herejía, aun antes de que la terrible guerra (que tanto tenía de política como de religiosa) desencadenase por ambas partes los más implacables sentimientos de odio y de intolerancia? Demuestran sobradamente sus tendencias heterodoxas los airados insultos que dirigían á la Santa Sede y al clero católico muchos trovadores, entre los cuales hay algunos á quienes otorgó D. Alfonso generosa hospitalidad. El noble Monarca no quería, sin duda, ver en ellos sino malaventurados proscritos é ingeniosos poetas propagadores de la cultura literaria (1). En las épocas llamadas

(1) César Cantú no juzga exentos de culpa á los poetas provenzales en la propagación de las malas doctrinas. He aquí sus palabras, fielmente traducidas:

«En el Languedoc, entre el Ródano, el Garona y el Mediterráneo, se habían extendido los *albigenses*, merced á su imaginación, y á su afición á las bellas artes y á los placeres delicados. También allí fueron compuestos los primeros versos que cantaba el gentil trovador, que vagaba de castillo en

de libertad no se hallan muchos hombres que hayan dado ejemplos semejantes de respeto al pensamiento ajeno.

Espíritu piadoso.—Esta cualidad, heredada de su padre el santo rey Fernando III, es tan visible y manifiesta en Alfonso X, que sería ocioso detenerse á encarecerla. Se muestra palpable en sus esfuerzos para dar grandeza y esplendor al culto en varios templos, singularmente en las catedrales de Sevilla y de Murcia, y en la iglesia de Santa María del Puerto, por él fundada. Pero resalta en las *Cantigas* con mayor claridad todavía.

Para las cosas de la fe tiene siempre el Rey Sabio sencillas y oportunas reflexiones, como de hombre que cree de veras. Algunas veces halla acentos de elocuencia cristiana para contrarrestar el espíritu escéptico,

castillo, celebrando el amor y las hazañas, y componiendo sátiras contra los grandes y contra los sacerdotes. Con esta poesía se habían propagado ciertos errores; y como éstos fueron por primera vez condenados en la ciudad de Albi, los herejes que los profesaban fueron llamados *albigenses*.» (*Gli Eretici d'Italia*, t. I, discurso IV.)

Ideas análogas á las de Cantú expresa el sabio abate C. Douais, sin imaginar por ello que los poetas de la Provenza tomasen parte en las enredadas polémicas teológicas de aquel neomaniqueísmo, que se dividió en tantas sectas que Cantú, sólo con referencia á los *patarinos*, cita diez y seis, y se declara desorientado ante semejante variedad. El abate Douais reconoce que aquellos cantores contribuyeron á la civilización literaria, pero no á la civilización moral. Así expresa su juicio:

«La Provence et le Languedoc entendirent sans doute des vers d'une grâce exquise. Sous leur influence, les mœurs se radoucirent peut-être.... Mais chacun au milieu de ces fêtes de troubaours apprit à écarter de sa vie la réserve, la modération, la sagesse. La liberté du cœur amena la liberté de l'esprit. On devisa ouvertement surtout: du clergé, de l'Église, de la foi; on formula même des négations et de reproches amers. On avait porté une

que, como precursor de la Reforma, cundía ya en las naciones occidentales y tomaba fuerza é impulso en las doctrinas heterodoxas de los albigenses y de los patarinos.

Así exclama en la cantiga del hereje romano que se niega á creer en la virginidad de la Madre de Dios:

«Insensato y temerario es querer saber la razón por la cual hace Dios las cosas que antes no existían. Las obras de Dios no son todas para comprendidas, ni esto cabe en la humanidad.» (Cantiga cccvi.)

Con apremiante dialéctica, algo ruda, como de la Edad-media, pero elocuente á su manera, expresa el Rey no ya vaga y consoladora esperanza de la felicidad eterna, propia de un católico timorato, sino la convicción absoluta de que el sublime acto de redención de

main sacrilège sur le sanctuaire sacré du cœur, du même coup on ébranla l'homme tout entier. Nous n'en voulons pour preuve que le mouvement anti-chrétien et anti-social qui agita si profondément le XII^e siècle. Les albigéois étaient loin de représenter la civilisation et le progrès.... Sous le souffle divin de l'Église, le siècle qui suivra cette ère troublée sera le siècle de la grande architecture religieuse, l'âge des saints, l'époque de la sublime Théologie, le siècle de saint Dominique, de saint François d'Assise, de saint Thomas.» (*Les Albigeois, leurs origines*, etc. Paris, 1879.)

Fauriel hace notar el carácter histórico de la hostilidad que, con rarisimas excepciones, demostraron siempre los poetas provenzales á la Iglesia católica:

«Cette grande catastrophe (*la guerra albigense*) ne fut à plusieurs égards, qu'une crise de l'ancienne lutte de la caste féodale et du c'ergé. Or, dans cette lutte, les troubadours, qui étaient aussi une des puissances de la société, durent prendre parti pour la féodalité, en d'autres termes, pour la chevalerie, pour la galanterie chevaleresque.....; et c'est un de phénomènes de la guerre des albigéois, que l'ardeur et l'unanimité avec laquelle les poètes provençaux s'efforcèrent de flétrir le pouvoir ecclésiastique.» (*Histoire de la Littérature Provençale*, chap. XII.)

Jesucristo y los ruegos de su santa Madre han de abrir á todos los creyentes las puertas del cielo.

«En el tremendo día del juicio, exclama, dirá Dios Padre á su Hijo cuando éste le enseñe la cruz y las heridas de su cuerpo: ¡Nunca hubo ni volverá haber jamás piedad tan grande!»

«Y además, ¿cómo no ha de aplacar Dios su ira contra nosotros cuando su Madre, enseñándole los pechos con que fué criado, le diga: Por ellos te pido que perdones á mi pueblo (la cristiandad) y que le admitas en tu compañía?» (Cantiga CCCLX.)

Su credulidad era extremada, y así afirma en la cantiga CXXII que presenció la resurrección de una niña («Un miragre que uí»). Pero esta credulidad era propia de las almas sanas de aquella era, en la cual todos creían descubrir la intervención divina hasta en los menores sucesos de la tierra, y especialmente en los fenómenos de la salud y de la naturaleza.

Esta credulidad sincera y arraigada no llegaba, sin embargo, en aquella elevada inteligencia á los abismos de la superstición, ni le hacía caer en los errores comunes de su tiempo. Bien claro lo patentizan las firmes palabras con que *Las Partidas* anatematizan la crisopeya, seductor engaño que ofuscaba entonces hasta á hombres de verdadera ciencia. La astrología no fué para él, como lo era para los más, vana y fantástica ciencia que servía para pronosticar felicidades ó infortunios, sino la verdadera ciencia astronómica que investiga y explica la índole de los astros y las leyes de sus movimientos.

La cantiga CCCXIX habla de una doncella enferma del mal de rabia, á la cual nadie podía sujetar, y para cuya

curación eran ineficaces çuantos mediós empleaba su familia:

«Döceu de rauia
et foi tan rauiosa,
que a non podían
têer en prijöes,
nen ualian eruas
nen *escantações*.
nen aynda santos
a que orações
fazian por ela.»

No porque se citan los *encantamientos* entre los medios curativos, vaya á imaginarse que Alfonso caía en semejante superstición vulgar. Lo ponen al abrigo de tal sospecha las *Partidas* mismas, donde las leyes severamente se declaran contra las agorerías y encantamientos. El Monarca no olvida que sus sencillos cantares están destinados al pueblo, y que para impresionar su ánimo es forzoso hablarle el lenguaje de sus preocupaciones y de sus creencias.

Espíritu caballero y bizarro.—El espíritu de la caballería de la Edad-media, y con él la noble tendencia á proteger á los menesterosos y á las mujeres, había penetrado de lleno en el alma de Alfonso X, y asoma á cada paso en sus piadosos cantares á la Virgen. Ya hemos visto con qué ahinco de galantería, profana en la forma, aunque no en la intención, se declara el Rey trovador y caballero de Santa María. El parangón que hace en la cantiga cxxx entre el amor de la Virgen María y el amor de las demás mujeres, es casi una profanación, pero profanación inocente, porque es indudable que al declararse el poeta *galán de la Virgen* (seu

entendedor), siguiendo el lenguaje caballeresco de su época (1), no lo hace sino en el más puro y místico sentido.

Espíritu nacional y cristiano.—No ha hecho la historia suficiente justicia á la elevación de alma del monarca de Castilla y de León D. Alfonso el Sabio. En tiempos menos turbados habría llevado á cabo nobles y gloriosas empresas, á más de aquellas que le fué dado realizar así en la guerra de la Reconquista como en la esfera de la civilización científica, jurídica y literaria. La perseverante lucha que sostuvo, durante tantos años, con la potestad pontificia para alcanzar la investidura del Imperio germánico á que tenía derecho, no supone en un alma como la suya mera ambición vanidosa y vulgar, sino el propósito de dar venturosa cima á altos designios, proporcionando mayor ensanche, lustre y vigor á la Corona de Castilla y á las grandezas del cristianismo.

(1) El idioma provenzal llamaba *entendedor*, como anteriormente hemos expresado, al amator ó galán de una dama. Puede citarse como ejemplo este pasaje del trovador Amanieu des Escas (S. XIII):

«E si us ven d' aggradatje,
per vivr' ab alegratje,
c' aiatz *entendedor*.»

(Y si os place, para vivir con alegría, que tengáis amator.)

Del provenzal pasó aquella dicción á otros idiomas neolatinos. En una canción amorosa, en lengua italiana, del poderoso Emperador y Rey de Sicilia Federico II (1194—1250), que empieza

«Poichè ti piace, Amore,
ch' eo deggia trovare»,

encontramos la palabra *intendimento* en el sentido de pasión amorosa ó relaciones de amor.

No en las crónicas, en íntimos cantares religiosos hay que descubrir, como expansión del ánimo, estos generosos y patrióticos impulsos.

En la primera de las cinco cantigas del Códice de Toledo, no incluidas en los códices escurialenses, la cual no refiere milagro alguno, y es simplemente una de las canciones llamadas *Mayas*, dirige el Monarca á la Santa Virgen preces fervorosas para alcanzar los mayores bienes en la vida terrestre y en la vida eterna. Es una de las principales demandas que Dios le otorgue fuerza bastante para arrojar de España á los moros. Era ésta la más viva y generosa ilusión que el rey Alfonso acariciaba. Bien claramente expresa sus deseos del triunfo absoluto de la cristiandad en España, y la aversión que le inspira la dominación mahometana.

«E nos roguemos á que nos tesouros
de Ieso-Cristo é, que ãos mouros
çedo cofonda.....

Ben uennas, Mayo, alegr'e sen sanna;
e nós roguemos a quen nos gaanna
ben de seu Fillo, que nos dé tamanna
força, que sañan os mouros d'España.»

La cantiga CCCXLVIII, en la cual refiere el hallazgo de un tesoro de oro, plata, piedras preciosas, suntuosos paños de seda y otras prendas y joyas extremadas (probablemente ocultas por judíos), da idea de la complacencia con que recuerda sus marciales agresiones contra el reino mulsumán de Granada. Había empleado todos sus recursos pecuniarios en aquella incesante guerra de reconquista, que era su más gloriosa aspira-

ción, y se hallaba á la sazón en verdadero apuro para mantener la numerosa hueste. Así lo expresa en estos versos:

«Aquel Rei (*Alfonso*) tesouros grandes
despendera, que auía,
pera conquerer a terra,
que chaman Andaluzía

.....
Onde foi hũa uegada
que sacara mui grand' oste,
et os que o seu guardauan
non ll' acorreron tan toste,
nen er achaua dynneiros
muitos e a sa reposte
per que mantêr podesse
muito a guerra dos mouros.»

El Rey atribuyó á la celestial influencia de la Virgen el venturoso hallazgo, y continuó gozoso aquella gloriosa y simpática empresa que la escasez de su erario le había obligado á suspender.

En la cantiga CLXIX, siempre la mira puesta en la conquista de territorios mahometanos, y entusiasmado con la posesión de Murcia, predice la conquista de Ceuta y de Arcilla y de toda la España árabe.

En la cantiga CCCLX asoma de nuevo la bella aspiración á cristianizar la España entera, aspiración que, según puede inferirse, no salía nunca del encumbrado pensamiento del Rey trovador. Así lo expresa con fervoroso espíritu al terminar esta cantiga:

«E por aquesto te rogo,
Uirgen santa coroãda,
pois que tú es de Deus filla
e madr' e noss auogada,

que esta merçee aia
de tí de Deus acabada:
que de Mafomet' a scita
possa eu deitar d'Espanna» (1).

Este mismo afán de poner término definitivo en España á la dominación musulmana aparece de nuevo en la plegaria (cantiga CDI). Entre las mercedes que implora de la Virgen como galardón por haber compuesto las *Cantigas*, se halla la siguiente:

«et que contra os mouros
que terra d'Ultramar
tëen, et en Espanna
gran part' a meu pesar,
me dé poder e força
para os én deitar (*echarlos de ella*).

No hay duda: mientras príncipes y magnates cristianos buscaban, para fines de interés personal, la amistad

(1) Esta cantiga *de loor* está escrita en versos octosílabos, que tienen el carácter y la popular entonación del romance castellano, que tanto había de prevalecer en España dos siglos después, y del cual apenas quedan vestigios en la poesía castellana del siglo XIII. Resalta completamente la índole popular española de estos versos en su traducción casi literal:

Por esta razón te ruego,
santa Virgen coronada,
que, pues eres de Dios hija
y madre, y nuestra abogada,
por tu celestial influjo
Dios me conceda esta gracia:
que de Mahoma la secta
logre yo arrojar de España.

y el arrimo del Rey moro de Granada (1), bullía en la mente del Rey castellano la idea de subyugar por completo á la morisma en la península española..... ¿Quién sabe? Sin la anárquica oligarquía que en desastrosas contiendas civiles devoraba las fuerzas de la nación y de la monarquía; sin los estorbos que á la acción del Soberano ponía continuamente la avilantez de una regia familia de desleales y traidores; sin los disturbios públicos que alteraban de continuo al país y enervaban el poder Real; y asimismo sin los costosos y tenaces esfuerzos que en balde hizo el Rey durante largos años para tomar posesión del Imperio contra la voluntad de los Pontífices, que contrarrestaron siempre su derecho, acaso habría alcanzado Alfonso la inmensa gloria de ver ondear en las torres de Granada el inclito pabellón de Castilla, gloria que con cetro más vigoroso y con nación más unida y disciplinada lograron, dos siglos después, los Reyes Católicos.

Esta poesía que levanta su mente á las esferas de la justicia y de la verdad, es á veces para el rey D. Alfonso desahogo involuntario de los amargos sinsabores con que laceraban su alma el rebelde y desmandado espíritu de los magnates y la ingratitude y deslealtad de su propia familia. Hasta en las *cantigas de loor*, esto es, en los himnos á Santa María, halla modo el Monarca de exhalar sus ayes de dolorosa indignación.

(1) Señalado ejemplo de este espíritu rebelde y anticristiano nos ofrece el infante D. Felipe, de condición inquieta y desmandada, aunque había pasado su primera juventud en el estado eclesiástico. Desavenido con su hermano el rey Alfonso, pasó, acaudillando á gran número de próceres rebelados, al servicio del rey moro de Granada.

Las cantigas relativas á su familia y las *de loor*, en que Alfonso X da rienda á sus impresiones personales, son de suma importancia para avalorar las verdaderas tendencias de su alma. Movido por la fe religiosa, y hablando con la Reina del cielo, que fué la pasión mística de su corazón, bien puede afirmarse que son aquellos espontáneos cantares espejo y cifra de sus sentimientos morales. La Virgen es su maternal confidente, y no ha de engañarla cuando le expresa sus íntimos dolores y sus gloriosas aspiraciones. Las cantigas de loor señaladas con los números cc, ccc y ccclx, ya citadas, son francas y nobles efusiones de su elevado espíritu. En la primera, que es un himno personal, se complace en dar gracias al Hacedor Supremo, con frase poética de trovador y de cristiano, por haberle hecho nacer Rey legítimo, de insigne y honrada progenie, y por haberle dado riquezas, así como favor y ayuda en las varias guerras en que estuvo empeñado. En la segunda, después de tributar á Santa María fervientes alabanzas, se lamenta, en el más acerbo estilo que usó jamás este generoso monarca, de la injusticia, desconocimiento é infiel conducta de las gentes que habían turbado su existencia.

«Y pido, además, á la Santa Virgen que se conduela de cómo perdí mi vida buscando sendas y caminos para dar dinero y bienes á aquellos en quienes nunca pude encontrar de modo alguno verdad y lealtad, sino, por el contrario, maldad y engaño con que intentaban acabar conmigo.»

En este cantar asoma un hecho extraño, que nadie imaginar pudiera si el mismo rey Alfonso no lo revelase, al recordar los sinsabores que le acarreaban los

hombres de aviesa y hostil voluntad. ¿Quién lo creyera? Hasta la sana y piadosa tarea de sus *Cantigas* y de su sagrada música le suscitaba detractores. ¡Triste condición humana! ¿Cuándo no reinan en el mundo la malevolencia y la envidia (1)?

Período de desventura y decadencia.—Cuando en las postrimerías del reinado llegó la época de completa anarquía política, á causa de la infidelidad de la familia del Monarca y de sus ricos-hombres, no se abatió su ánimo esforzado; antes bien se llenó de airada entereza y de dolor profundo, que rayaron en desesperación cuando en 8 de Noviembre de 1282, dos años antes de su fallecimiento, maldijo y desheredó en el Alcázar de Sevilla á su hijo el infante D. Sancho, en acto público á que asistieron D. Ramón, arzobispo de la misma ciudad, D. Suero, obispo de Cádiz, y demás prelados y dignidades que á la sazón se hallaban en la Corte (2).

Como expresión poética de la amargura que causaron á Alfonso la ingratitud y la perfidia de los revueltos próceres castellanos, se atribuyen al Rey el *Libro de las Querellas* (del cual sólo dos estancias han llegado á nosotros) y una composición en octosílabos castellanos, en la cual se reproducen las acerbas lamentaciones del Príncipe ofendido (3).

(1) Véanse algunas estrofas de esta íntima plegaria en el capítulo anterior, página 335.

(2) Zurita: *Anales*, lib. IV, cap. XXXIV.

(3) Varias veces se han impreso estos octosílabos incompletos. Por ser menos conocidos que las dos coplas del *Libro de las Querellas* los reproducimos aquí con leves enmiendas al texto incorrecto, tomando la ver-

Ya porque estos poéticos clamores se adaptan perfectamente á la triste situación de Alfonso X, ya por la simpatía que despiertan sus inmerecidos infortunios, así la Academia de la Historia como el insigne historiador D. José Amador de los Ríos y otros escritores ilustres, se decidieron á juzgar producción auténtica del sabio Monarca el desconocido *Libro de las Querellas*. Algunos lo han dudado. El más autorizado de éstos, D. Leandro Fernández de Moratín, en realidad no duda: cree firmemente que lo poco que se cita de la invocación del tal *Libro* (que verosimilmente no existió

sión íntegra de la *Crónica del Arzobispo Ximénez de Rada*, traducción del Obispo de Burgos D. G. de la Hinojosa, MS. de la Biblioteca Nacional:

«Yo sallí de la mi tierra
para ir á Dios servir,
e perdí cuanto auia
de Enero fasta Abril;
todo el reyno de Castilla
fasta el Guadalquivir.
Los obispos e perlados
cuydē que meterian paz;
mas ellos dexaron esto,
é metieron mal asaz
entre mí e los mis fijos,
como en derecho non yaz;
non á escuso, mas á voces,
como el añafil faz.
Fallescieronme amigos
e parientes que yo avía,
con averes e con cuerpos
e con su cauallería.
Ayúdeme Jhesu Cristo

e Vérgen Santa María,
que á ellos me encomiendo
de noche como de día.
Non he mas á quien lo diga,
nin á quien me querellar,
pues los amigos que avía
non me osan ayudar,
que con miedo de Don Sancho
desamparado me han.
Non me desampare Dios
quando por mí enviar.
Ya yo oý otras veces
de un antiguo rey contar
que, con desamparo, se ovo
de meter en alta mar,
para el moryr en las ondas
ó en aventuras buscar.
Apolonio fué aqueste,
e yo faré otro tal.»

nunca) no pertenece á la lengua ni al carácter de la poesía del rey Alfonso (1).

Nosotros no titubeamos en inclinarnos á la opinión de Moratin; y más aún si consideramos que hubo un tiempo en que el recuerdo de la gloria y de las desventuras del gran Monarca dió motivo á literarias supercherías, entre las cuales puede contarse la famosa y bellísima carta sentimental de D. Alfonso el Sabio á Alonso Pérez de Guzmán (publicada por Barrantes Maldonado), en cuya autenticidad han creído esclarecidos escritores, entre ellos Ortiz de Zúñiga, Mondéjar y el mismo Sr. Ríos, pero que la crítica moderna, con muy atendibles fundamentos, ha declarado apócrifa.

Difícil es imaginar que hombres de claro discernimiento crítico como Sánchez, Quintana (en forma dubitativa), Shubert, Ticknor, Amador de los Ríos, y muchos otros, y la misma Academia de la Historia (de tan alta autoridad) no echasen de ver desde luego las impropiedades históricas y filológicas de las *Querellas*.

Pocas supercherías literarias ó históricas (muchas de ellas emanadas de la audacia de los genealogistas) presentan caracteres más visibles de su falsedad que el imaginario *Libro de las Querellas*.

Al sesudo Fernando Wolf no inspira confianza alguna la autenticidad de las dos octavas de arte mayor, únicas

(1) He aquí las palabras de Moratin:

«Séame lícito exponer mi opinión acerca del *Libro de las Querellas* y el de *El Tesoro*. No creo que estas composiciones sean de Alfonso X. Cualquiera que tenga conocimiento de los progresos de la lengua y poesía castellana les dará dos siglos menos de antigüedad.....; y si reflexiona que se hallaron entre los manuscritos del Marqués de Villena, sospechará á cuál época pertenecen.» (*Orígenes del Teatro Español*, nota 3.^a)

que da á conocer, de un modo vago é inseguro, D. José Pellicer en su *Información de la Casa de los Sarmientos*, atribuyéndolas al Rey Sabio.

Rutinariamente muchos escritores repitieron la aventurada noticia. Wolf, con crítica más firme y reflexiva, hace notar que el lenguaje no es de aquella era (1), y que «los versos son con toda certeza de los que se desarrollaron en Castilla en época posterior». «La gran diferencia (añade) entre éste y otros poemas que provienen sin duda alguna de aquel tiempo, hacen muy sospechosa la suposición de que sea su autor Alfonso X, y nos obliga más bien á suponer que las dos estrofas son una fabricación del siglo xv (2).»

Pero no hay necesidad de formar conjeturas. No faltan razones positivas para demostrar el mal trabado artificio que, para embaucar á la posteridad, encierran las famosas estancias. Para facilitar la demostración conviene copiar algunos versos de ellas:

«Á ti, Diego Pérez Sarmiento, leal
cormano et amigo et firme vasallo,
lo que á míos omes de coita les callo,
entiendo decir plannendo mi mal.

.....
Como yaz solo el rey de Castiella,
Emperador de Alemanna que foé!.....
aquel que los reyes besaban el pié,
et reinas pedían limosna en Mansiella.....»

Prescindiendo de que es absolutamente impropia del

(1) Es *fabla* contrahecha, usada alguna vez en el teatro en siglos posteriores, y que nunca fué el verdadero idioma de Castilla.

(2) Fernando Wolf: *La Literatura castellana y portuguesa*.

Lícito es presumir que esta falsificación es más bien del siglo xvii.

carácter altivo y vigoroso de un monarca que en vez de abatirse maldice solemnemente á su ingrato hijo, la plañidera y apocada lamentación de las estrofas, ¿quién no columbra que son mera invención (acaso del mismo Pellicer) para engrandecer y levantar hasta la regia estirpe la progenie de los Sarmientos? ¿Y quién era ese egregio magnate, deudo del Soberano de Castilla, nunca mencionado (como tampoco el poema de *Las Querellas*) por ningún escritor conocido de la Edad-media (1)?

Otro indicio acusador, que no ocurrió al autor de la falsificación, es el modo de acentuar la palabra *reina*. En el siglo XIII, y aun mucho después, no se hacía diphongo con las dos primeras vocales, y no se decía *reína*, sino *reina*, siguiendo la acentuación latina, *regina*. La presencia de la acentuación moderna en un pasaje de *Las Querellas* es, por sí sola, testimonio irrefragable de su falsedad (2).

Pero la revelación más patente de la superchería consiste en el hecho de aplicarse á sí propio el rey Alfonso

(1) En este imaginario parentesco de la Casa de los Sarmientos con la Corona de Castilla no se queda corto el poeta de *Las Querellas*. Diego Pérez Sarmiento es nada menos que *cormano* de Alfonso X.

Cormano: el hermano que es hijo de diferente padre ó madre. (Academia Española.—*Diccionario de Autoridades*.)

Según el *Diccionario Castellano* del Padre Terreros, también significaba primo-hermano.

- (2) Quando vió el blago (*báculo*) la enferma mezquina,
por más rica se tovo que si fose *reína*.
Disso: agora veo de plan la medecina,
la cual me dará sana con la gracia divina.

(Berceo: *Estoria de Sennor Sant Millan*, copla 149-)

el dictado de *Emperador*. Jamás lo fué, y no cabía en su alma noble y elevada tan vanidosa y fantástica usurpación. En los suntuosos y costosísimos códices de las *Cantigas*, que se formaban á su vista, y en otros documentos, se llama siempre *Rey de romanos*, que era el título que tomaba el Príncipe electo para el Imperio. Este título se trocaba en el de *Emperador* después de la consagración pontificia. Pero, según ya hemos explicado, el rey Alfonso, para obtenerla, pugnó anhelosamente, durante muchos años, nada menos que con cuatro Papas. Todo en balde: jamás logró alcanzar la imperial investidura (1).

Igual creencia abrigamos con respecto á los octosílabos. El Sr. Ríos no solamente los tiene por auténtico

Venia apuesta-miente Caléctrix la *reýna*:
vestia pñciosos panos de bona seda fina.....

(*El Libro de Alexandre*, copla 1.710.)

Sennor, tú diste graçia á Éster la *reýna*:
Sennor, dame tu graçia e tu merçed aina.....

(El Arcipreste de Hita: *Oración á Jesús Nazareño*.)

En estos ejemplos, no sólo la cadencia métrica (como en otros innumerables), sino además la rima, exigen la pronunciación *reina*.

(1) El sabio crítico D. Marcelino Menéndez y Pelayo, sin duda al ver la persistencia con que hasta ilustrados escritores incurrían todavía en el error de atribuir á Alfonso X las dos estrofas de *Las Querellas*, confirma y determina con su incontestable autoridad el argumento métrico ya indicado por Wolf. Así dice:

«En las *Cantigas* aparecen por primera vez los versos de doce sílabas, pero no las *estancias de ocho versos*, circunstancia en que debieran haber parado mientes los que se han empeñado en defender la causa perdida de la autenticidad de *Las Querellas*.» (*Antología de Poetas líricos castellanos*, t. IV.)

fruto del ingenio de Alfonso X, sino que los cree además parte del *Libro de las Querellas*, á pesar de la visible diferencia de metro, de lenguaje y de entonación.

Estos octosilabos tienen traza en verdad de una poesía aislada, de un romance plañidero, de aquellos que la musa popular destinaba á lamentar las desventuras de los héroes y de los príncipes. Basta, en nuestro sentir, para no atribuirlos á D. Alfonso el Sabio, la especie de conato de suicidio romántico con que termina la composición; cosa que cuadra mal con los sentimientos y las ideas del autor de los cantares de Santa María.

Todos estos vestigios literarios de las doloridas quejas de Alfonso, parecen como reflejos de las que con su acostumbrada varonil franqueza dejó consignadas en las *Cantigas*.

La señalada con el número ccxxxv, muy interesante porque contiene datos biográficos de sus viajes y enfermedades, acusa sin rebozo alguno, no en son de poesía lamentosa, sino con narrativa é ingenua lisura, el malquerer y la ingratitud de sus enemigos. Dice Alfonso, entre otras cosas semejantes, hablando de sí propio en forma impersonal:

«Pois passou per muitas coitas,
et d'elas vos contarei:
Hũa vez dos ricos-omes
que, segundo que eu sei,
se iuraron contra ele
todos que no fosse Rey,
seend' os máis seus parentes
que diuid' (*deuda*) e natural.
E demáis, sen tod' aquesto,
fazéndo-lles muito ben,
o que lle pouco graçian (*agradecian*)

et non tiñan en ren (*y en nada lo estimaban*):
mais conortou-o a Uirgen
dizendo:—Non dés porén
nulla cousa; ca seu feito (*proceder*)
d'estes e mui desleal.

.....
.....
Nunca assý foi uendudo
rey Don Sanch' en Portugal;
.....
ca os máis dos ricos-homes
se juraron, per com'eu
sej, por deitaren do reyno
et que ficasse por seu,
que x'o entre ssi partissen;
.....
mas de facer lles foi greu (*difícil*);
ca Deus lo alçou na cima
et eles baixou nõ val'.

Tanta era la irritación que causaba á Alfonso la traidora conducta de sus enemigos, que, contra su espíritu cristiano y compasivo, declara sin escrúpulo que verá con indiferencia los males que Dios les envíe:

«et do mal que lles én uenna
á mí mui pouco m'incal (*muy poco me importa*).»

La plegaria pidiendo mercedes á la Santa Virgen por haber compuesto las *Cantigas* en alabanza de esta divina Señora, es fiel trasunto del alma noble, honrada y religiosa de aquel gran Monarca.

Con qué noble confianza dice á la Santa Virgen: «Alcánzame de tu Hijo que, pues me hizo Rey, me otorgue la cordura que necesito para librarme del mal que no supe evitar, para no errar como erré, y para no emplear mis riquezas tan mal como lo hice, perdiendo á la vez el tiempo, el dinero y los amigos á quienes lo di.»

Para que pueda formarse idea de esta singular composición, juzgamos oportuno transcribir algunos versos:

«Outros rogos sen estes
te quer ora fazer:
que rogues á teu Fillo
que me faça uiuer
per que seruil-o possa,
et que me dé poder
contra seus enemigos,
et lles faça perder
o que tēen forçado,
que non deuen auer.....;
et que de meus amigos
ueia senpre prazer,
et que possa mias gentes
en justiça tēer,
et que senpre ben sábia
empregar me : auer,
que os que mi o filláren
mi o sábian gradeçer.

E ainda te rogo,
Uirgen, bõa Sennor,
que rogues á teu Fillo
que mentr'eu aquí for
en este mundo, queira
que faça o mellor,
per que d'él et dos bõos
sempr' aia seu amor;
et, pois Rey me fez, queira
que reyn' a seu sabor,
et de mí et dos reynos
seia él guardador,
que me deu e dar pode
quando ll'en prazer for;

et que él me deffenda
de fals'e traëdor
et outrossí me guarde
de mal consellador
et d'ome que mal serue
et é mui pedidor;

.....
outrossí de quen busca
razon para fallir,
non auendo uergonna
d' errar nen de mentir.

.....
Outrossí por mi roga,
Uirgen de bon talan,
que me guard' o teu Fillo
d' aquel que adaman (1)
mostra sempr' en seus feitos,
et d' aqueles que dan
pouco con gran uileza,
et uergonna non an,
et pour pouco seruiço
mostran que grand' affan
prenden ú quer que uáam
pero longe non uan.
Outrossí que me guardes
d'ome torp' aluardan
et d' ome que assaca (*achaca, calumnia*),
que é peor que can;
et dos que læaldade
non preçan quant' un pan,
pero que sempr' en ela
muito faland' están.

(1) En el sentido de aspavientos, falaz ostentación.

.....	no erre com' errey,
Porén te rog' e peço,	nen meu auer enpregue
pois que teu Fillo rey	tam mal com' enpreguey
me fez, que d' él me ganes	en alguuns logares,
siso que mester ey	segundo que eu sey,
con que me guardar possa	perdend' él é meu tenpo
do que me non guardey,	et ãos que o dey (1)
per que d' oi adeante

Esta fervorosa demanda á las potestades del cielo es peregrino testimonio de la elevación moral de Alfonso X. Un monarca orgulloso que en un cantar sagrado que ha de entonarse en las iglesias entrega espontáneamente al concepto del pueblo la censura íntima y familiar de los defectos humanos que mayor aversión le inspiran, y al propio tiempo la confesión de sus pasados errores, es ejemplo de ingenuidad y llaneza de aquellos que rara vez se encuentran en la historia. Son triunfos del verdadero espíritu cristiano.

Palpitan, por decirlo así, en esta plegaria los sentimientos morales de aquel grande hombre. Con la sinceridad con que se habla al cielo, expresa Alfonso X, sin alambicamiento de frase ni de idea, su generoso espíritu, su solicitud por su pueblo, su amor á la verdad y á la justicia, su odio á la afectación y á la impostura. Detrás del trovador asoma claramente el Rey noble y cristiano en su situación verdadera. Nada semejante á esto se halla en los Cancioneros gallego-portugueses de aquellos tiempos.

No queremos poner término á este capítulo sin hacer

(1) Ya hemos visto que en esta misma cantiga pide Alfonso al cielo poder y fuerza para arrojar á los moros de España.

notar el singular contraste que resulta entre el desdén injusto con que deprime el Dante la memoria de Alfonso, y el entusiasmo con que le ensalzó Brunetto Latini, hasta el punto de decir que no hay, *bajo la luna*, hombre más digno ni más esclarecido.

Algunos han creído que Brunetto Latini residió, como otros sabios y trovadores, en la corte de Alfonso X. Estuvo en ella, pero muy breve tiempo, y no como sabio ó como poeta, sino como embajador ó emisario de los güelfos de Florencia, que le enviaron á Castilla para solicitar la protección y ayuda del rey Alfonso contra Manfredo, rey de Sicilia, que apoyaba con todo su poder é influencia la causa del bando gibelino, adversario del Papa y de la Iglesia. No había salido Brunetto todavía de la península española cuando recibió la infausta noticia de la derrota de los güelfos en Monte-Aperti el 4 de Septiembre de 1260. Se encaminó poco después á Paris, expatriado de Florencia, como él mismo lo manifiesta (1).

Ignórase el resultado de la embajada; pero hubo de quedar Brunetto muy pagado de la acogida del Monarca, á juzgar por las alabanzas que le tributa en el *Tesoretto*, cuando refiere que, al regresar de España por Navarra, encontró en el llano de Roncesvalles á un estudiante que venía de Bolonia, el cual le dijo que, ayudados del rey Manfredo, habían alcanzado los gibelinos una señalada victoria y que los güelfos estaban proscritos.

(1) «Brunetto Latino fu sbandito da Firenze quando la sua parte guelfa, che si tenea col Papa e con la Chiesa di Roma, fu cacciata e sbandita della terra l'anno MCCLX. Poi se n'andò in Francia per procacciare le sue vicende.» (*Commento del primo libro della Invenzione di Tullio. Introduzione.*)

Copiamos aquí esta narración del *Tesoretto*, como cosa curiosa y no muy conocida, y como muestra del ingenio y sencillo estilo que, comparándolo al de Pitágoras y Focílides, admiraba en esta obra el erudito y severo Castelvetro:

Lo Tesero comenza,
Al tempo che Fiorenza
fiorì e fece frutto,
si ch' ell' era del tutto
la donna di Toscana,
ancora che lontana
ne fosse l' una parte,
rimossa in altra parte,
quella de' Ghibellini,
per guerra de' vicini,
esso comune (1) saggio
mi fece suo messaggio
al alto Re di Spagna
ch'or è Re della Magna (2),
e la corona attende,
se Dio non gliel contende;
che già sotto la luna
non si trova persona
che per gentil legnagio (3),
nè per alto barnaggio (4)
tanto degno ne fosse
com' esto Re Nanfosse (5).

(1) Es decir, el común ó pueblo de Florencia.

(2) *Della Magna*, de Alemania. Había sido Alfonso proclamado Rey de los romanos en 1257, tres años antes de la misión de Brunetto Latini.

(3) Linaje.

(4) Baronía: Del provenzal *baronatge*, en el sentido genérico de señorío y nobleza.

(5) *Nanfosse*, Don Alfonso. Los provenzales solían escribir *Nanfós*, contracción de *En Anfos*. La *N* inicial de *Nanfós* es la aféresis de *En*, abreviación extremada del *Senior* latino, del cual los provenzales hicieron en un

E io presi compagna (1)
e andai in Ispagna,
e feci l' ambasciata
che mi fu comandata.
E poi senza soggiorno (2)
ripresi mio ritorno,
tanto che nel paese
di terra Navarese,
venendo per la calle
del pian di Roncisvalle,
incontrai un scolaio
sovr' un muletto baio,
che venia da Bologna;
e, senza dir menzogna,
molt' era savio e prode.
Ma lascio star le lode,
che sarebbero assai
Io lo pur dimandai
novelle di Toscana
in dolce lingua e piana.
Ed e' cortesemente
mi disse immantenente (3)

principio *Sen*, y más adelante *en*. Esta es la opinión común y más autorizada de los filólogos romanistas; pero no falta quien sostenga hoy día que *en* es voz germánica que significa *señor* ó *caudillo*. Así dice el docto arqueólogo y lingüista Federico Bergmann:

«Chez les peuples germaniques romanisés en Provence, en Espagne et en Italie, le mot gothique *ens* (bas-allemand *en*) eut à la fois la signification d'*unique* et de *seigneur*.... Ayant été christianisés par des missionnaires goths, ces peuples appelaient Dieu *En Dio* (le Dieu *unique*); mais le mot *en* avait aussi, dans leur idiome, la signification de chef ou de *seigneur*. Chez les Provençaux *en* était synonyme de *Seigneur*.» (*Dante. Sa vie et ses œuvres*. Strasbourg, 1881, pág. 213.)

- (1) Compañía, séquito.
- (2) Dilación, tardanza.
- (3) Adverbio provenzal: al punto.

ch' e (1) Guelfi di Fiorenza
per mala provedenza
e per forza di guerra
eran fuor della terra,
e'l dannaggio (2) era forte
di prigione e di morte.

(1) *e* por *è*.

(2) Del provenzal *damnatge*, daño.

1952
The Board of Directors
of the
Federal Reserve Bank
of New York
New York, N. Y.

1952 (1)
Federal Reserve Bank of New York (1)

CONCLUSIÓN.

Son las *Cantigas de Santa María* el más fiel y candoroso testimonio de las creencias arraigadas y sencillas de aquella edad remota. Hoy, que se buscan con ahinco los monumentos literarios de los tiempos pasados para desentrañar su espíritu y comprender su constitución íntima, política y moral, estos cantares son tesoro inapreciable para el estudio de aquel singular período, en que la edad moderna se anunciaba en lenguas, artes, legislación, filosofía y ciencias como un embrión confuso todavía, pero en el cual se columbran ya con claridad bastante los caracteres distintivos de la transformación profunda que removía hasta en sus cimientos la sociedad entera.

Estos cantares, cual la mayor parte de las narraciones hagiográficas de aquellos tiempos, no son, como algunos imaginan, consejas nacidas del fanatismo de gente milagrera: son en su esencia cuentos místicos y morales, en los que, la piedad por una parte y la virtud por otra, dan á la sociedad saludable y noble enseñanza.

¿Qué importa que apelliden milagros, y que por tales tengan á veces cosas que naturalmente acaecen por su propia virtud ó por contingencias del acaso? No miremos con el desdeñoso orgullo de nuestra escéptica indiferencia aquellas creaciones del entusiasmo religioso,

que eran el nudo de la patria y la fuente de la civilización moral.

En aquellos tiempos de guerras, de desmanes, de turbación incesante, la fantasía de las naciones cristianas volaba ansiosa al mundo invisible, donde únicamente veía el refugio de la justicia y el consuelo de las públicas desventuras. No se contentaba el pueblo con escuchar de los labios de fervorosos predicadores las conmovedoras imágenes de los premios y los castigos de la vida futura. Se complacía en verlas pintadas ó esculpidas en los templos ó referidas en piadosas leyendas. Distante estaba del concepto metafísico y espiritual que han formado de las cosas del cielo las generaciones modernas; mas por eso mismo se hallaba más ingenua y sinceramente como en comunicación intuitiva con el mundo sobrenatural. De este activo impulso de imaginaciones dominadas por la fe religiosa, nació el sinnúmero de visiones, risueñas ó aterradoras, y de viajes al infierno, al purgatorio y al cielo, cuyo simbólico y profundo sentido aprovechó el Dante, en tan sublime y terrible manera, para castigar con la vengadora espada de la moral justicia los desafueros y las perfidias de la perversidad humana.

Ese mundo sobrenatural de las leyendas de la Edad-media es un manantial, fecundo de poesía fantástica y pintoresca, que nos aparta de las prosaicas realidades del espíritu moderno, que todo lo estrecha y vulgariza, cuando, malamente encadenado á la materia y al orgullo, no halla más grandeza que aquella que se mide con el compás de la geometría ó se avalora con los números de la aritmética. Los que así piensan, aunque turban y entristecen el mundo, no llegarán nunca á suprimir la imaginación; y ésta, por más que intenten descaminarla

ó comprimirla, volará al cielo con sus divinas alas, y allí buscará el ideal misterioso, sublime, sobrehumano, que su noble sér necesita, y que no puede hallar en la tierra.

Desde el punto de vista de la historia intelectual de España en el renacimiento del siglo XIII, el Cancionero sagrado de Alfonso X tiene suma importancia por ser uno de los testimonios más autorizados de la estrecha conexión en que vivían en la Edad-media las letras de las naciones española y portuguesa con las letras y los idiomas de las demás naciones neolatinas.

Es, además, no obstante la artificial estructura de los cantares y su acendrada y primorosa métrica, un monumento de poesía popular, en el cual lo palaciano y lo erudito (corriente literaria venida de Provenza) se esconde ó disimula detrás de la limpia llaneza del estilo, del candor narrativo, y de la enseñanza cristiana adaptada á la comprensión y al fervoroso espíritu del pueblo.

La despreocupación orgullosa de que blasonan los escépticos, suele ser, antes que luz, preocupación y ofuscamiento, cuando se arrojan á juzgar la esencia histórica de los tiempos remotos con las ideas y las pasiones de la edad presente.

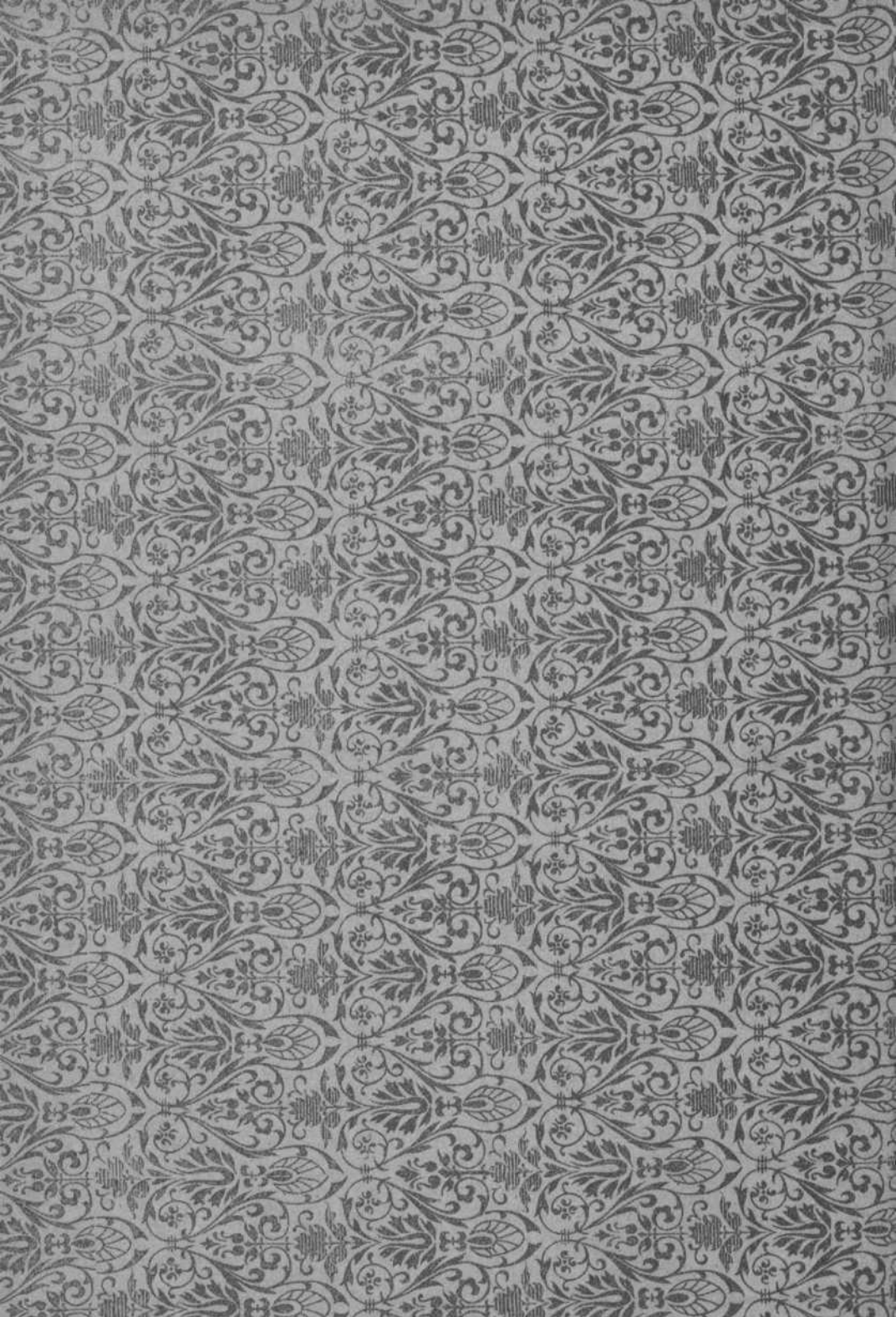
Quitad á los antiguos españoles la creencia profunda y poderosa que acrisolaba sus sentimientos y vigorizaba su alma, y no podréis explicar las gloriosas hazañas que tan grandes los hicieron en la historia del mundo. Con razón dice un ilustre historiador: «L'Espagne du Cid, si elle avait connu le doute, n'aurait ni tant chanté ni tant combattu (1).»

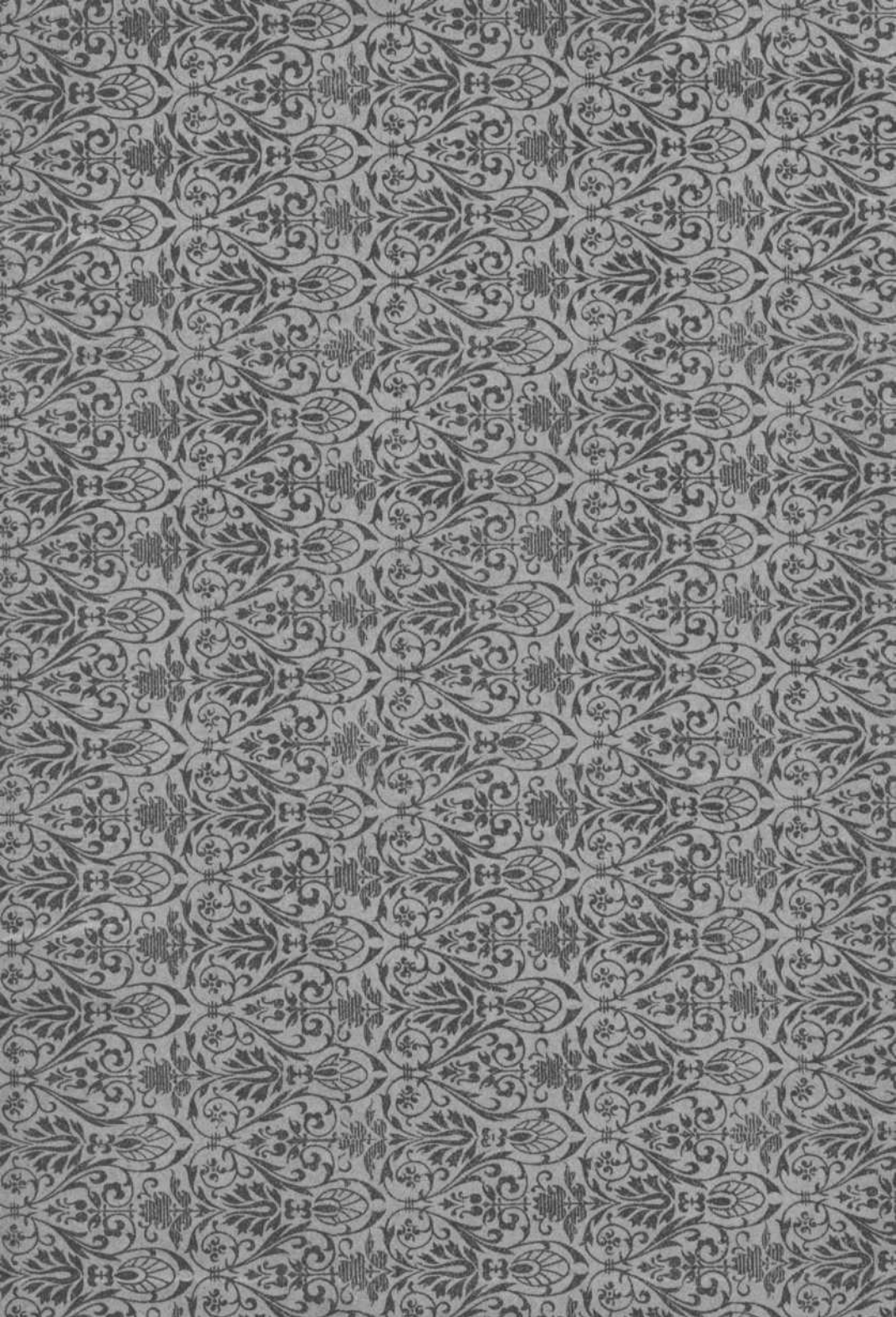
(1) Rosseeuw Saint-Hilaire: *Étude sur l'origine de la langue et des romances espagnoles*. Thèse pour le Doctorat. Paris, 1838.

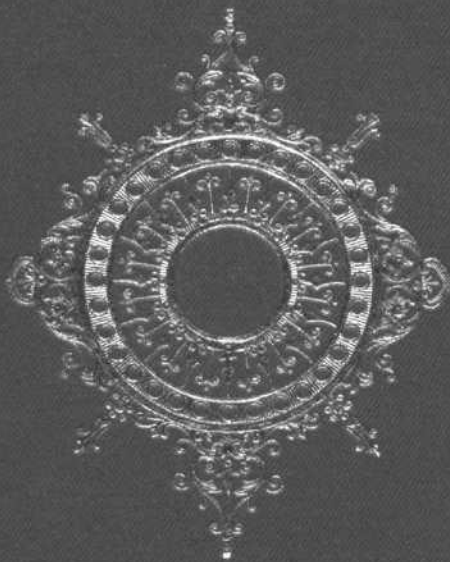
No intente leer estas piadosas, y por lo común sencillas y candorosas leyendas, aquel que espere encontrar en ellas dantesca fantasía ó arrebató pindárico. No debe tampoco abrir este libro quien no sea capaz de identificarse, mentalmente siquiera, con la intensa fe, con el sano patriotismo, con el místico arrobamiento que ha inspirado sus religiosas narraciones, quien no sienta bastante fuerza en su alma para comprender y admirar el hermoso espectáculo que ofrece un rey sabio y poderoso, que escribe cantares para el pueblo, con el fin de infundirle sentimientos de amor á Dios, á la humanidad, á la patria y á la virtud.

*Este libro se acabó de imprimir en Madrid,
en el Establecimiento tipográfico
«Sucesores de Rivadeneyra»,
el 27 de Febrero
de 1897.*









G. 22177



PAVINGAS

1875



1875

